Año XXVI—N.° 396—Tomo XXII ENERO 31 DE 1906 Serie 2ª—N.° 16

El Monitor de la Educación Común

Órgano del Consejo Nacional de Educación

Director: F. Guasch Leguizamón

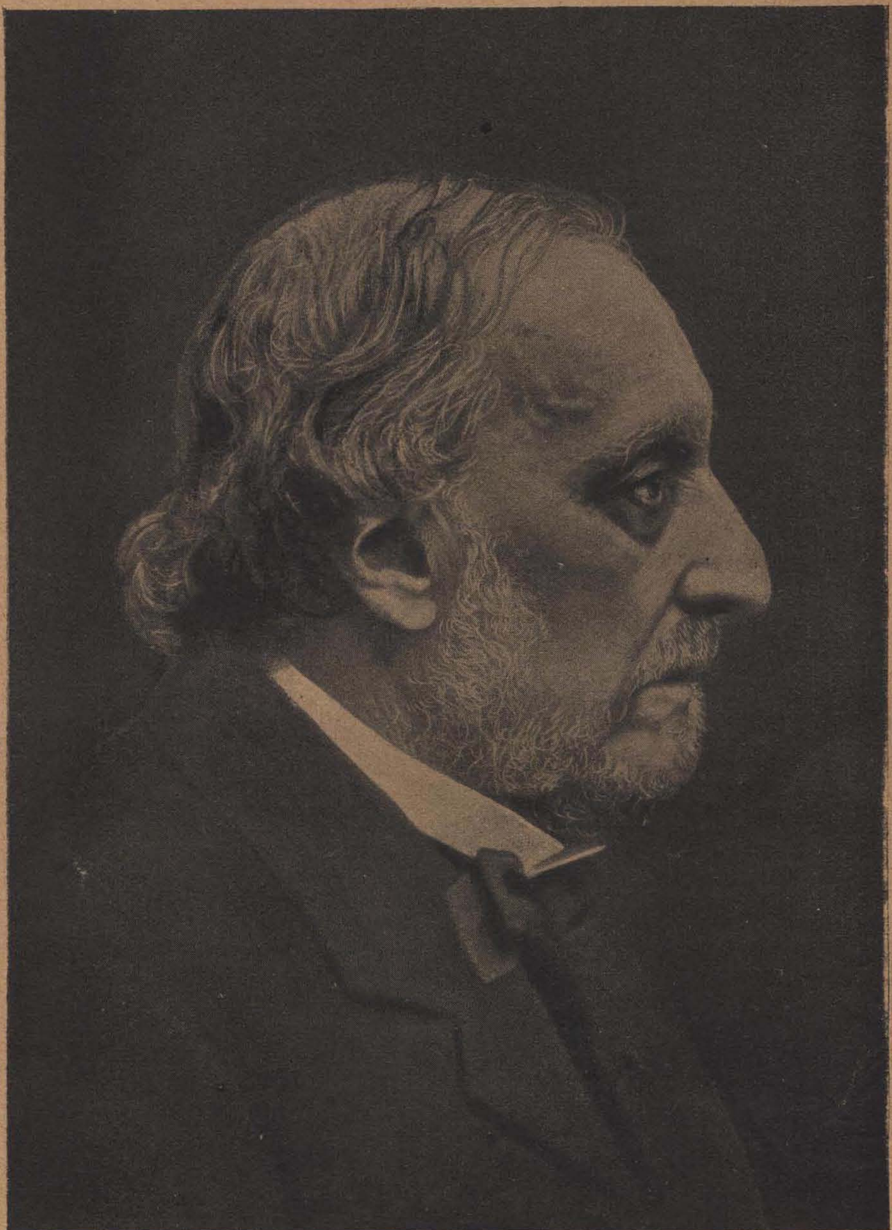
REDACCIÓN:

BUENOS AIRES

Administración: Rodríguez Peña 953

1906

MITRE



26 de Junio 1821 — 19 de Enero 1906

EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÚN

ÓRGANO DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

Año XXVI—N.° 396—Tomo XXII BUENOS AIRES, ENERO 31 DE 1906 Serie 2ª—Nº 16

MITRE

EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÚN se asocia al homenaje unánime del pueblo y el gobierno con este número especial, que contiene las oraciones fúnebres más elocuentes y la crónica de los honores tributados al ilustre fallecido.

No reciben mayor acatamiento los reyes con todo su poder y su riqueza que los hombres que obtuvieron por la elevación de su pensamiento y la calidad de sus obras la admiración y el amor de sus semejantes.

Vino al mundo en Mitre, un alma armoniosa y equilibrada que vió las cosas en su verdadera luz y en sus extensas relaciones. Capacitada para la creación intelectual y para la acción, como el río cava su propio lecho y construye sus riberas, abrió su pensamiento, sus propios conductos y se objetivó en realidades tangibles; y fué Mitre hombre representativo de ideas y representativo de cosas.

Su grandeza reside en su equilibrio y en su armonía. Vivió en una época en que las condiciones de la vida y de la mente encierran al hombre en la especialidad de las

aptitudes que lo hace incompleto y fragmentario, y fué sin embargo Mitre poeta y filósofo, guerrero, sabio y virtuoso, no sucesiva sino simultáneamente en virtud de una íntima compenetración que hacía de su personalidad moral, una síntesis abreviada de las tendencias más salientes de la humanidad. Para encontrarle el parangón, hay que retroceder hasta la antigüedad clásica, hasta aquellos filósofos que anidan todavía en nuestro cerebro y en nuestro corazón. Pitágoras, por ejemplo.

De Mitre puede decirse parafraseando la sentencia del Koram: «Quemad sus libros y encontraréis vivo su pensamiento en su conducta».

HONORES OFICIALES

Decreto del Poder Ejecutivo Nacional

Buenos Aires, Enero 19 de 1906

Habiendo fallecido el teniente general don Bartolomé Mitre, y considerando:

Que es deber del gobierno honrar la memoria de tan esclarecido ciudadano como un homenaje á sus virtudes cívicas y á los relevantes servicios que con tanta dignidad, consagración y patriotismo ha prestado al país desde los cargos públicos que ha desempeñado;

Que como ciudadano ha contribuido á cimentar el engrandecimiento de la nación, legando á la posteridad en el conjunto de sus obras y de su acción fecunda, el fruto de su vigoroso espíritu y el ejemplo de su noble conducta;

Que su múltiple actuación en la vida nacional ha dado días de honra y de gloria á la República, provocando manifestaciones de opinión que han consagrado ya su personalidad histórica;

El presidente de la República en acuerdo general de ministros, decreta:

Artículo 1º—La bandera nacional permanecerá á media asta durante diez días en todos los edificios públicos de la nación, buques de la armada y fortalezas, en señal de duelo por el fallecimiento del teniente general don Bartolomé Mitre.

Art. 2º—El cadáver del extinto será velado en la casa de gobierno y conducido para su inhumación al cementerio del Norte en el día domingo 21 del corriente, tributándosele en el acto

los honores militares correspondientes á presidente de la república.

Art. 3°—Invítese por los respectivos ministerios para concurrir á los funerales é inhumación del extinto á ambas cámaras del congreso, poder judicial, cuerpo diplomático extranjero y reparticiones civiles y militares.

Art. 4°—Invítese asimismo á los gobiernos de las provincias y de territorios para que se asocien al duelo público por el fallecimiento del teniente general Mitre.

Art. 5°—Por los ministerios de la guerra y de marina se impartirán las órdenes del caso para el cumplimiento de este decreto en lo que les concierne, disponiendo, además, que en los diversos campamentos del ejército y buques de la armada se tributen los honores correspondientes.

Art. 6°—Comuníquese, publíquese é insértese en el registro nacional.

QUINTANA.

RAFAEL CASTILLO.—CARLOS RODRÍGUES LARRETA.—JOSÉ A. TERRY.—JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.—ENRIQUE GODOY.—JUAN A. MARTÍN.—DAMIAN M. TORINO.—ADOLFO ORMA.

Acuerdo del Consejo Nacional de Educación

El Consejo Nacional de Educación, en sesión extraordinaria especialmente convocada con motivo del fallecimiento del ilustre teniente general don Bartolomé Mitre, á fin de acordar los medios tendientes á honrar su memoria, dictó el siguiente acuerdo:

Cumpliendo el deber que le impone el luctuoso acontecimiento de la muerte del esclarecido patricio reorganizador de la nacionalidad argentina, teniente general don Bartolomé Mitre, consecuente con las ideas que sirvieron de fundamento al acuerdo de 10 de junio de 1901, por el que se dió el nombre de «Presidente Mitre» á la escuela número 2 del Consejo Escolar 8°, convencido de que concurre eficazmente á la educación del pueblo todo lo que tiende á inspirarle respeto y veneración por sus grandes hombres; y en atención al vigoroso impulso que el general Mitre durante su presidencia dió á la instrucción pública fomentando la educación común, llevando á todas las provincias la benéfica institución de los colegios de enseñanza secundaria y edificando con su propio ejemplo.

El Consejo Nacional de Educación resuelve:

1. Asociarse al duelo nacional.
2. Rendir homenaje á su memoria dedicándole una placa artística de bronce, en que se grabará la siguiente leyenda:

«El Consejo Nacional de Educación al eminente ciudadano Bartolomé Mitre, historiador de Belgrano y San Martín, que secundó poderosamente á la magna obra de sus héroes, organizando y consolidando la integridad de la República de la que fué primer Presidente Constitucional (1862 á 1868).»

El día 26 de junio próximo, octogésimo quinto aniversario de su nacimiento, se efectuará la colocación de la mencionada placa, con asistencia del Consejo Nacional de Educación, del personal administrativo y docente de las escuelas primarias de la capital, así como de todos los alumnos de las mismas.

3. Invitar á los señores miembros de los consejos escolares y maestros que se encuentren actualmente en la capital, así como á todo el personal de la repartición, á concurrir al acto del sepelio, debiendo reunirse en la casa del Honorable Consejo, una hora antes de la indicada al efecto, para asistir en corporación.

4. Dirigir nota de pésame con transcripción de este acuerdo á los hijos del prócer.

Buenos Aires, Enero 19 de 1906.

PONCIANO VIVANCO,
Presidente.

Santiago López,
Prosecretario.



El general Mitre en 1898

APUNTES BIOGRAFICOS

Don Bartolomé Mitre, hijo de don Ambrosio Mitre y doña Josefa Martínez, nació en Buenos Aires el 26 de junio de 1821. Fué su padrino de bautismo el general Rondeau, guerrero de la independencia.

Pasó sus primeros años en Patagones (provincia de Buenos Aires) donde su propio padre le sirvió de maestro.

A los seis años presenció la invasión brasileña á dicho pueblo, el 7 de marzo de 1827, quedándole maravillosamente grabados en la memoria todos los detalles de aquella acción en que la población argentina quedó vencedora.

Vuelta su familia á Buenos Aires, poco tiempo después, el joven Mitre pasó á la estancia de don Gervasio Rozas, en el Rincón López, cerca de la ensenada de Samborombón, pues su padre quería que aprendiera las rudas faenas del campo. Pero, sabiendo que Rozas sometía al niño á los trabajos más arduos y penosos, don Ambrosio Mitre no tardó en llamarlo nuevamente á su lado.

A los quince años, según unos biógrafos, á los diez y siete, según otros (1836-1838), publicó en Buenos Aires su primera obra, una colección de poesías que hoy no existe. Según el señor Zynny, su primer trabajo fué publicado el año 1838, en el *Iniciador* de Montevideo, y era una composición poética titulada «No tengo un nombre». El *Iniciador*, fundado por don Andrés Lamas y don Miguel Cané (padre), tuvo su colaboración durante los años 38 y 39.

En 1837 fué alumno de la academia militar de Montevideo, donde estudió preferentemente matemáticas, sir-

viendo al propio tiempo como soldado distinguido, hasta que Oribe se retiró á Buenos Aires, á donde ni el joven Mitre y su señor padre quisieron seguirlo: ambos continuaron al servicio de Rivera.

En el ejército constitucional y bajo las órdenes de este jefe, el 20 de febrero de 1839, recibió en el cuartel general del Durazno los despachos de alférez de artillería de línea con antigüedad del 24 de febrero de 1838. El 23 de mayo de 1839, se le nombró ayudante mayor segundo del batallón 1º de infantería.

Desde ese año de 1839 y hasta 1846, colaboró en *El Nacional* de Rivera Indarte, con don Luis L. Domínguez y otros distinguidos ciudadanos. Entre sus trabajos de ambos periódicos se citan «Hombres felices», «No tengo un nombre», «El poeta», «Dos pensamientos», «María», «La oración», «El adiós del poeta», «Un moribundo», «Mi estrella», «En la tumba de un poeta», «La campana», «El inválido», «El Cómico», «Canto dedicado al general Castelli», «La revolución del sur», «Elegía á Lavalle», «Salva al almirante», «Discurso en la tumba de Rondeau», la «Biografía de Rivera Indarte» que le encomendó el gobierno oriental y que continuó y amplió después, etc., etc.

Por la misma época, 1840, colaboró también con otros brillantes escritores, en *El Talismán*, periódico fundado por don Juan María Gutiérrez y Rivera Indarte.

Cuando Echagüe, al frente de un ejército de don Juan Manuel de Rozas invadió la República Oriental, Mitre empuñó las armas para combatir al tirano y tomó lucida participación en la batalla de Cagancha el 29 de diciembre de 1839. Echagüe, derrotado, tuvo que evacuar el territorio.

El general Rivera invadió, en 1842—Mitre era capitán de artillería desde el 5 de agosto de 1840—la provincia de Entre Ríos, y dió la batalla del Arroyo Grande, el 6 de diciembre de dicho año, quedando su ejército diezmado y siendo degollados los prisioneros, de jefe á sargento inclusive. El capitán Mitre, que lo había acompañado, volvió inmediatamente á Montevideo y tomó puesto entre sus heroicos defensores. Mientras Oribe sitiaba la plaza, Mitre y sus hermanos corrieron á las trincheras. El primer choque

se produjo en los campos de Cristo, el 10 de febrero de 1843, y el primer cañonazo fué disparado por Mitre, desde el ángulo saliente de la batería 25 de Mayo.

Desde aquel día memorable siguió alternando sus tareas de escritor con sus deberes de militar, colaboró en *La Nueva Era*, *El Nacional*, *El Iniciador*, *El Corsario*; escribió el drama «Policarpa Salavarrieta», tradujo el «Ruy Blas» de Hugo, publicó el curioso libro «Instrucción práctica de artillería», reeditado en Buenos Aires en 1861 y publicado entonces por cuenta del erario nacional, recomendando el gobierno «al aprecio del ejército y celo patriótico que en ese trabajo revela el sargento mayor Mitre» Fué uno de los fundadores del instituto histórico nacional y formó parte de la Asociación nacional y de la asamblea de notables que hacía las veces de congreso, con un espíritu resueltamente liberal.

El 19 de febrero de 1846 fué ascendido á teniente coronel.

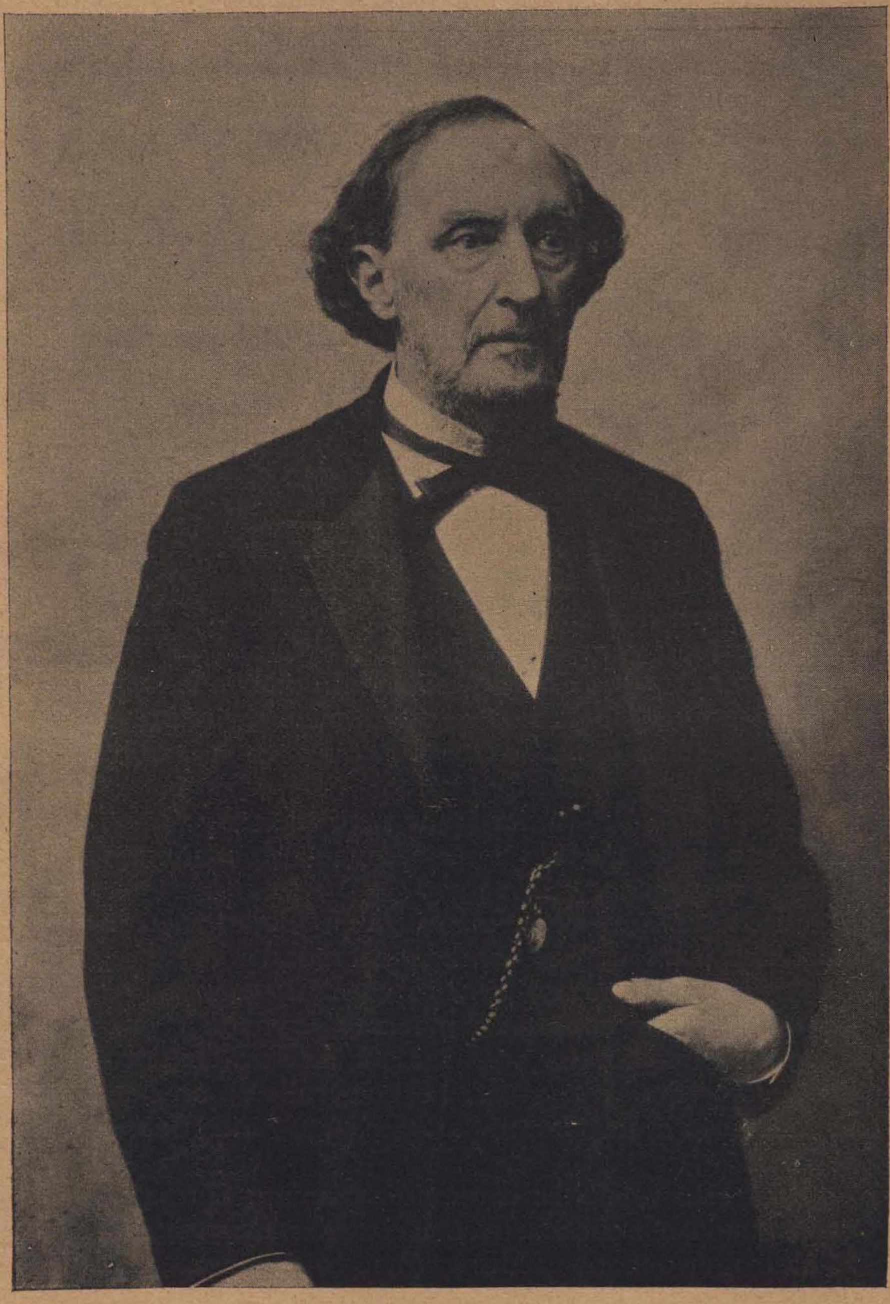
El 1º de abril del mismo año estalló una revolución riverista al grito de «¡mueran los porteños!», y como consecuencia de ello el comandante Mitre salió de Montevideo y fué á reunirse en Corrientes con el general Paz, intento que no pudo realizar porque el ejército de éste había tenido que disolverse.

Dirigióse entonces á Bolivia, gobernada por el general D. José Ballivián, á quien se considera como uno de sus más distinguidos militares. El comandante Mitre tenía á la sazón veinticinco años.

Ballivián lo nombró director del colegio militar, entrando al servicio de dicha república el 22 de octubre de 1847, en su misma clase y arma.

Sin abandonar la dirección del colegio, el comandante Mitre redactó el diario *La Epoca*, discutiendo en sus columnas la cuestión de límites que entonces mantenían Bolivia y el Perú.

En estas circunstancias estalló al sur de Bolivia una revolución tendiente á restablecer la constitución de 1839, derogada por la de 1843. El general Ballivián nombró á Mitre jefe del estado mayor, y al propio tiempo comandante de artillería.



El general Mitre en 1900

Peleó en los campos de Lalava y acabó con la revolución de Vitiche, merced á sus certeros fuegos y atrevidas disposiciones. El general Ballivián, decía, en su parte, refiriéndose al joven artillero:

«Ha trepado con sus cañones á eminencias hasta ahora sólo visitadas por las águilas...»

El gobierno boliviano lo declaró «benemérito en grado heroico y eminente de la república», condecorándolo, además, con un escudo de distinción.

En seguida pasó á La Paz, como comandante militar del departamento. Preparábase allí otra revolución en la que lo invitaron, inútilmente, á tomar parte. Cuando estalló el movimiento ametralló á los revolucionarios que, vencedores, admirando su valer, le hicieron tentadores ofrecimientos y como los rechazó altiva y noblemente, fué desterrado, dándosele el angustioso plazo de dos horas para que saliese del país, con vigilancia hasta Puente del Inca, en el Desaguadero, fronterizo al territorio peruano. En ese trance aun tuvo suficiente presencia de ánimo y amor al saber, para visitar las célebres ruinas de Tiahuanaco, sobre las que escribió un trabajo que, aun hoy, sorprende, por los conocimientos é intuiciones que revela, y que fué premiado muchos años después en la exposición geográfica de Venecia, de 1881.

Así entró al Perú, de donde tuvo que salir muy pronto, por no haber querido figurar en una revolución á favor del general Iguain.

De aquí parte su permanencia en Chile, y su justificada oposición al gobierno de aquel país, primero en *El Comercio* de Valparaíso y luego en *El Progreso* de Santiago, prestando con esto eminentes servicios á la causa del pueblo que le daba hospitalidad. Su diario fué prohibido, su imprenta embargada, y él encerrado en un calabozo del que pasó á un pontón, para ser en seguida desterrado al Perú.

En esta república continuó su animosa y patriótica propaganda, con eficacia tal, que el gobierno chileno comenzó á abrigar temores y Mitre volvió triunfalmente á Chile, donde el pueblo le ofreció un banquete, y como las autoridades le cerraran el local, hizo saltar las puertas á pedazos.

Demás parece decir que reanudó inmediatamente sus tareas periodísticas, sus artículos en la prensa ocasionaron una conmoción popular (había lucha política con motivo del cambio de presidente) que dió oportunidad para que se ordenase su «sexto destierro».

Mitre corrió á reunirse con las tropas del general Urquiza, que se había pronunciado contra Rozas. Lo acompañaban Sarmiento, Paunero y Aquino con quienes, el 17 de diciembre de 1851, arrostró el fuego del Tonelero, entre las barrancas de San Nicolás y la Vuelta de Obligado, hecho que le valió, por parte del emperador del Brasil, la condecoración de oficial de la Orden de la Rosa, que otorgaba rango y honores de coronel brasileño.

El general Urquiza lo recibió con marcadas muestras de distinción.

En la batalla de Caseros—3 de febrero de 1852—mandaba una de las dos divisiones de artillería. El dió la iniciativa del oportuno avance del centro que inclinó la balanza hacia el ejército libertador, resolviéndose dicho movimiento en su batería y con prescindencia del general en jefe. Después de la batalla el mismo Urquiza dijo:

—Jefes tan distinguidos como el comandante Mitre, son los verdaderos vencedores en Caseros.

Así se ganó el joven militar las charreteras de coronel.

Caído y fugado Rozas, el coronel Mitre volvió á Buenos Aires, entrando en triunfo á su ciudad natal, donde después fundaba un nuevo periódico, *Los Debates*, que, como su título lo deja ver, era de enseñanza cívica y de polémica política.

El 4 de febrero, al día siguiente de su triunfo, Urquiza lanzó una proclama sobre la reorganización constitucional del país, en la que ofrecía el olvido de lo pasado é invitaba á la concordia de los partidos; pero, poco después, comenzaron por su orden los fusilamientos de prisioneros en Palermo, que el ya coronel Mitre le echó personalmente en cara.

El 20 se celebró la entrada triunfal de los vencedores, yendo á la cabeza el general Urquiza, en quien ya el pueblo de Buenos Aires veía ó creía ver un nuevo tirano continuador de Rozas.

Sin embargo, en las elecciones celebradas luego, y hubiera ó no hubiera coacción, triunfó la lista popular en la que figuraba naturalmente el coronel Mitre y el 1° de Mayo de 1852 instalóse con toda solemnidad la honorable sala de representantes, que, días más tarde nombró gobernador al doctor Vicente López y Planes, competidor de don Valentín Alsina, que tenía mayores simpatías pero que fué postergado en aras de la concordia.

Sobrevino en seguida el acuerdo de San Nicolás, en que los gobernadores de provincia concedieron al general Urquiza facultades que la legislatura de Buenos Aires no podía suscribir. Mitre alzó la voz en su recinto, poniéndose frente á frente de Urquiza, y pronunciando su primer discurso de importancia después de regresar á la patria.

Los ministros que dependían del acuerdo resultaron vencidos y tuvieron que renunciar, actitud que asumió también el gobernador. La legislatura aceptó sus renuncias, nombrando jefe provisional del estado acéfalo al general Manuel Guillermo Pinto.

Para reconquistar la situación, Urquiza asumió el gobierno, disolvió la cámara, mandó cerrar los periódicos é hizo embarcar á Mitre, Vélez Sarsfield, Portela y otros, á bordo del buque de guerra «La Merced» desterrándolos del país.

El doctor López asumió de nuevo el gobierno, pero renunció un mes más tarde. Urquiza gobernó por su cuenta hasta que delegó el mando en el general Miguel Galán, para dirigirse á Santa Fe y apresurar en dicha ciudad la reunión del congreso nacional

A raíz de esto, el 11 de septiembre de 1852, estalló la revolución, y Mitre volvió acto contínuo al país, donde el 14 se le encomendaba el enrolamiento de las milicias cívicas. El redactó también, el manifiesto revolucionario, que fué aprobado unánimente por la cámara de representantes.

El 31 de octubre el coronel Mitre ocupaba el ministerio de gobierno y relaciones exteriores, bajo la administración de don Valentín Alsina, haciéndose también cargo al mes siguiente, del ministerio de la guerra. Una de sus primeras medidas, como ministro de gobierno, fué abrir las

puertas de Buenos Aires á cuantos se habían alejado de ella después de la revolución del 11 de septiembre.

Cuando después de la renuncia de Alsina, motivada por la revolución que el 1º de diciembre encabezó el coronel Hilario Lagos, quién levantaba la bandera de Urquiza, subió al gobierno el general Manuel Guillermo Pinto, el coronel Mitre no accedió al pedido que éste le hacía de que conservase la cartera, considerándose más útil en el ejército, con que iba á combatir la revolución.

—Tengo—le dijo—mi caballo ensillado á la puerta de la casa de gobierno para ir á cumplir un deber sagrado.

Tomó, en efecto, su puesto de combate, desde el comienzo del famoso sitio de Buenos Aires. Su actitud decidida y entusiasta de los primeros días, levantó el decaído espíritu del pueblo y del gobierno, que hubieran tolerado la invasión de la montonera.

Y el 2 de junio de 1853, desempeñando el puesto de jefe del estado mayor del ejército de la defensa, y mandando personalmente las tropas, recibió en el combate de los potreros de Langdon el balazo que le dejó para siempre en mitad de la frente, una cicatriz en forma de estrella.

Mitre no abandonó ni descuidó los deberes de su cargo á pesar de la herida, hasta el 11 de junio de 1853, en que terminó el sitio.

Después se le dió el importante puesto de comandante general de armas.

Electo miembro de la cámara, contribuyó á dictar la constitución provincial de 1854, pronunciando cinco discursos en las sesiones del 2, 3, 4, 6 y 7 de marzo de dicho año.

Merced á sus admirables condiciones de trabajador, que no han flaqueado ni en los últimos tiempos, redactaba simultáneamente *El Nacional.*

Cuando los coroneles Lagos y Costa invadieron la provincia, volvió á salir á campaña también como jefe de estado mayor, y á su regreso, el gobernador D. Pastor Obligado, le llevó al ministerio de la guerra—Enero de 1855.

En ese puesto organizó una expedición contra los indios, que, al mando de Calfucurá asaltaron el pueblo del

Azul, matando á trescientos vecinos, y preparaban una gran invasión á las fronteras casi indefensas de Buenos Aires. «Hizo—dice el doctor E. S. Zeballos—una espléndida marcha de flanco, aprovechando con habilidad los accidentes estratégicos del terreno del Azul á Olavarria, y cayó con vengador empuje sobre la vanguardia de los indios que clavaban sus toldos en la margen del arroyo Tapalquén. Deshechos los bárbaros, la caballería de los vencedores se entregó al saqueo del campamento . . . La mala ejecución de las órdenes de Mitre permitió que los indios se interpusieran entre dos columnas, que debían operar de concierto, y que atacaran con todas sus fuerzas al ministro de la guerra en el combate de Sierra Chica, que duró dos días, dejando indecisa la victoria

Mitre volvió á entrar en campaña el año 1856, con motivo de la invasión encabezada por el general José M. Flores, que desbarató sin pérdida de momento.

Renunció al ministerio el 5 de mayo de 1857, después de electo el Dr. Alsina, en cuyo gobierno volvió á desempeñar las carteras de gobierno y relaciones exteriores. Siéndolo, nombró una comisión presidida por D. Pridiliano Prueyrredón, para que organizase la primera exposición argentina de pintura y escultura.

Cuando se desvinculaba de las tareas del gobierno, seguía redactando *Los Debates*.

El 27 de mayo de 1859 fué elevado á la jerarquía de coronel mayor del estado de Buenos Aires, y se le confió el mando de las tropas que debían combatir á las de la Confederación cuyo congreso había autorizado al general Urquiza para obtener, por la fuerza de las armas si era necesario, la incorporación de Buenos Aires á la nación.

El 23 de octubre libró la batalla de Cepeda, después de la cual dirigió la famosa retirada sobre San Nicolás de los Arroyos.—Cepeda—ha dicho el general Mitre—es la continuación de la gran batalla entre el caudillaje y el pueblo.

En San Nicolás embarcó sus tropas á bordo de la escuadra que mandaba Susini, y que fué atacada sin éxito por la de la Confederación, el 24 de octubre.

El 26 del mismo estaba ya en Buenos Aires, y á la

cabeza de su defensa, organizando ésta de tal modo que Urquiza tuvo que detenerse en los suburbios de la ciudad, y resolvió apelar á los medios pacíficos para terminar la lucha.

El gobernador D. Valentin Alsina, mal aconsejado por amigos, que querían tratar con Urquiza—lo que mereció la severa condenación de Mitre--renunció, el 8 de noviembre de 1859.

Tres días después celebrábase el «pacto de Union» conviniendo la reincorporación de Buenos Aires á la Confederación, previo examen, por una convención provincial, de la constitución de 1853.

Mitre develó parte de su pensamiento patriótico al decir al ejército, en la orden del día del 15 de noviembre:

«Al bendecir la paz que el cielo y nuestros esfuerzos nos han dado, al abrir los brazos para estrechar en ellos á todos los hermanos de la familia argentina, no olvidéis que en el recinto de Buenos Aires se han salvado, una vez más, los inmortales principios de la revolución de Mayo, y decid conmigo en este momento solemne: «Viva Buenos Aires!» y que este grito os aliente en medio de la paz á perseverar en la virtud cívica, como os ha alentado tantas veces en medio de las luchas sangrientas que hemos empeñado en defensa de nuestros derechos».

D. Bartolomé Mitre era llevado, al año siguiente—3 de mayo de 1860—á la gobernación de la provincia de Buenos Aires y en su programa decia:

«Marcharé resueltamente á la realización de la unión argentina».

Y cumpliendo lealmente su promesa patriótica, el 21 de octubre del mismo año de 1860, juraba la constitución nacional, como gobernador y como ciudadano.

Pocos días después delegó el mando en el presidente del senado, don Manuel Ocampo, y se dirigió á Concepción del Uruguay, donde debía celebrar una conferencia con el presidente doctor Derqui, que lo había invitado para tratar importantísimos asuntos de interés nacional. Fué recibido con los honores de su rango de gobernador de Buenos Aires y brigadier general de los ejércitos de la República.

Terminadas las conferencias á que asistió, también, el general Urquiza, el presidente y el gobernador pasaron al Paraná, de donde éste último regresó á Buenos Aires en los primeros días de diciembre, reasumiendo inmediatamente el mando.

El fusilamiento de don Antonio Aberastain, y otros desmanes violatorios de la constitución recién jurada, el rechazo de los diputados al congreso nacional, constituyendo una demostración de que peligraba la marcha del país, obligaron al general Mitre á empuñar nuevamente las armas, y ponerse á la cabeza de un ejército que se internó en la República á luchar por su salvación.

Las fuerzas del general Mitre se encontraron con las del general Urquiza, y el 17 de septiembre de 1861, en los campos de Pavón, quedó derrotado éste, derrumbado el gobierno de la Confederación é iniciada nuestra organización nacional definitiva.

—Pavón—ha dicho el general Mitre,—es la gran victoria del gran partido de la libertad argentina. El triunfo militar fué de Buenos Aires. El triunfo moral y político fué de las provincias todas, sin cuyo concurso hubiéramos tenido que repasar el Arroyo del Medio. . . Del caos que quedó después de Pavón, surgieron la unión y la nacionalidad argentinas, al amparo de una ley común, como lo declaró solemnemente el congreso argentino libremente reunido. A la sombra de la bandera victoriosa de la libertad pudimos afirmar el juramento de la constitución nacional, único vínculo entre los pueblos, en vez de lanzarnos en la aventura de un nuevo período constituyente, que era una nueva guerra civil segura.

Después de la victoria asumió otra vez el mando de la provincia de Buenos Aires, y el 11 de marzo de 1862 fué autorizado por la legislatura para aceptar y ejercer los poderes delegados por las demás provincias con el objeto de convocar é instalar el congreso nacional.

Como gobernador de Buenos Aires encargado del Poder Ejecutivo Nacional, en 1862 abrió el Congreso legislativo de la República, declarando que desde ese momento dejaba en sus manos la suerte de la patria.

Ese mismo congreso practicó el 5 de octubre de



La capilla ardiente en la biblioteca del general

1862 el escrutinio de las elecciones para presidente de la República, resultando electo el general Mitre por 133 votos, ó sea unánimemente, y el señor Paz para vice por 91 votos.

Su presidencia tuvo por norma la reorganización constitucional y política del país, pero al querer sellar la unidad nacional federalizando á Buenos Aires, vió dividirse la opinión en dos partidos: el nacionalista favorable á la idea, el autonomista contrario á ella so pretexto de defender las autonomías provinciales.

Por evitar una nueva guerra civil, y en la seguridad de que el futuro traería al problema la misma solución que deseaba darle, el general Mitre dejó triunfantes á los autonomistas.

Su gobierno es citado como un modelo, y el juicio de todos no discrepa en este punto, como se vió en las manifestaciones de su jubileo, como se ha visto en su última enfermedad. . .

El 15 de septiembre de 1856 habíase celebrado en Santiago de Chile un tratado continental, que el representante del Perú en el imperio del Brasil y en las repúblicas del Plata, don Buenaventura Seoane quería hacer ratificar, ó mejor dicho, adoptar también por la Argentina. El general Mitre contrarrestó semejante pretensión y combatió la actitud de don Domingo F. Sarmiento, representante argentino en el Perú, quien prestigiaba la reunión en Lima de un congreso de plenipotenciarios de América para estrechar la solidaridad americana. El general Mitre sostuvo las soberanías nacionales en el seno del gobierno, en las cámaras, en la prensa misma, «con sabiduría política y admirable acierto», dice uno de sus críticos.

Conocidas son las causas de la guerra del Paraguay, que sobrevino después, declarada de hecho por el tirano Francisco Solano López, quien invadió el territorio argentino. Al general Mitre tocóle el mando supremo de los tres ejércitos aliados—brasileño, uruguayo y argentino,—y de su acción como generalísimo no hay para qué hablar cuando aun está fresco en la memoria de todos la publicación de documentos estoicamente guardados durante más de un cuarto de siglo, que lo vindicaban con gloria de las

únicas críticas que en apariencia habían podido formulársele, y que no sacó á luz sino cuando consideró que estaba en juego el brillo de la patria bandera.

El general Mitre salió de Buenos Aires para Concordia con el objeto de asumir el mando de los ejércitos aliados, el 17 de junio de 1865. Dirigió personalmente la guerra, y para que se comprenda la imposibilidad de resumir su acción de entonces en estas columnas, nos bastará citar los hechos que se produjeron en su ausencia, bajo su mando y muchos con su presencia en el teatro de los sucesos y la casi totalidad según sus planes estratégicos. Son centenares pero sólo indicaremos los de mayor importancia como el combate de Cuevas, la batalla de Yatay, invasión al Paraguay, Paso de la Patria, Estero Bellaco, Tuyutí, Yataity-Corá, el Boquerón, el Palmar, Curuzú, la entrevista de Yataity-Corá, ataque y paso de Curupaity, Tatayeba, Tayí, Tuyutí, Itunuritá, laguna Verá. Paso de la Angostura, Itá-Ibaté, toma de la Asunción, etc., etc. Esto sólo demuestra que, detenernos á relatar aunque fuera sucintamente, la actuación del general Mitre, no seria otra cosa que comenzar la relación de la historia de la guerra del Paraguay, que abarca los años 1865, 66, 67, 68, 69 y principios del 70. Sólo añadiremos que el presidente de la república, á pesar de los cruentos sacrificios de ésta, declaró que la Argentina no tenía derecho alguno sobre el Paraguay. ¡Así lo sostuvo, y así fué!

Terminado el período constitucional, el general Mitre bajó de la presidencia entregándola al electo don Domingo F. Sarmiento, dando el ejemplo de no imponer un sucesor á sus conciudadanos.

Fundó entonces *La Nación*.

Como había bajado del poder en medio de una altiva y nobilísima pobreza, sus compatriotas le regalaron la casa en que acaba de fallecer, y que el pueblo acostumbraba visitar procesionalmente desde hace muchos años en épocas fijas.

En ella instaló ese diario.

Poco después fué electo senador nacional, y tomó parte en trascendentales cuestiones pronunciando discursos

de mucho fondo, que hoy se consultan y citan á cada paso.

Fué miembro de la convención de Buenos Aires, que reformó la constitución de 1854, brillando entre el puñado de oradores notables que en ella figuraban.

Nombrósele ministro argentino en el Brasil y en el Paraguay, para que arreglara las cuestiones pendientes de límites y otros asuntos de importancia, y tales fueron los resultados de su misión, que el alto comercio le ofreció un banquete, celebrado el 23 de enero de 1873 en el teatro Colón, entonces el primero de Buenos Aires.

Comenzaba á la sazón la nueva lucha electoral, y se le proclamó de nuevo candidato á la presidencia de la república.

El 20 de mayo del mismo año lanzó á la publicidad su programa.

En dicho programa declaraba que hallándose sin compromisos que lo ataran á agrupación alguna, no reconocía más vínculo que el de la fidelidad á sus principios y la observancia de la constitución, ni otra regla de criterio que las conveniencias generales del país.

El 16 de abril de 1874, amplió este modo de pensar agregando estas memorables palabras: «Si me tocara ser el elegido del pueblo aceptaría modestamente la tarea en nombre del principio triunfante, frente al cual debemos inclinarnos todos. Pero debo declarar con la misma humildad, pero con el ánimo orgulloso y en homenaje á vuestros nobles esfuerzos, que si creyera que en el fondo de la urna que me proclamase presidente de la república había un solo voto falso, declinaría el alto honor de presidir los destinos del pueblo, porque el que busca ó acepta el gobierno de un pueblo libre por medios indignos, no merece gobernarlo.»

Como el gobierno nacional extremó la oposición á su candidatura, llegando al uso de la coacción y de las armas y cerrando materialmente los comicios donde el pueblo fué fusilado por el ejército, prodújose una revolución que podríamos calificar de inevitable, y en la que tomaron parte diversas provincias, además de la de Buenos Aires.

El general Mitre al ponerse á la cabeza del movimiento

declaró solemnemente que, aun en el caso de que éste resultara triunfante no aceptaría puesto público alguno, y menos todavía el de presidente de la república. «Seguiré siendo un simple ciudadano», dijo, en otra forma. Y lo hubiera cumplido, porque el general Mitre cumplió siempre caballerosamente su palabra, aun á costa de verdaderos sacrificios.

La revolución fracasó, especialmente porque después de los primeros derramamientos de sangre, el general Mitre no quiso avocarse á la guerra civil ni prolongar una lucha fratricida, sean cuales fueran los altos principios que la provocaran. Más que en las armas confiaba, como siempre, en el tiempo, para el triunfo final de sus nobles ideas.

Más celoso de la vida y seguridad ajenas que las suyas propias, en el pacto de Junín, impuso garantías para la existencia y los derechos de sus compañeros, no haciendo cuestión de su persona y asumiendo toda la responsabilidad de la revolución.

Como el presidente del senado, doctor Alsina, había hablado de traición y rebeldía, cuando se sometió al general Mitre á consejo de guerra, cinco de los oficiales que lo componían votaron por la pena de muerte, pero la mayoría optó por el destierro.

Mientras estuvo preso en Luján, y bajo tan temible amenaza, su espíritu sereno se ocupó de asuntos que para otros,—para todos,—exigen la calma, la quietud y la tranquilidad. Estaba escribiendo la «Historia de San Martín y la independencia americana», cuya introducción y primeros capítulos aparecieron entonces en folletines de este diario. La primera estaba fechada en la carcel de Luján.

El 25 de mayo de 1875, le fué devuelta la libertad, «en atención—decía el decreto,—á sus servicios en la guerra extranjera y á la parte principal que tuvo en los acontecimientos que prepararon y consolidaron la unión nacional.

Ese mismo año, el general Mitre publicó, fuera de una parte de la «Historia de San Martín y la independencia americana», una colección de «Episodios de la revolución de la independencia» y otro de «Arengas» en que figuraba la mayor parte de sus discursos.

Estas pacíficas tareas fueron coronadas por un acto político nobilísimo, y de un patriota templado al calor de las ideas más elevadas y previsoras del futuro: la conciliación de los partidos, para cuyo triunfo tuvo el general Mitre que sofocar una nueva revolución preparada por sus partidarios, tranquilizar los espíritus, animar á los recalcicitrantes con su soplo patriótico y desinteresado. La conciliación se selló al pie de la estatua de Belgrano, donde todos los argentinos se dieron el abrazo fraternal, representados por sus jefes.

Poco despues fallecía el doctor Adolfo Alsina, cuyo elogio hizo el mismo general Mitre, al borde de su tumba, en nombre y representación del ejército nacional.

En marzo de 1878, el general Mitre fué electo diputado al congreso por la provincia de Buenos Aires, y permaneció en la cámara hasta 1880, época en que el poder ejecutivo nacional y los representantes que seguían sus ideas se trasladaron á Belgrano, declarando cesante á la mayoría del congreso que se había quedado en Buenos Aires revolucionada otra vez.

Tomó participación en los sucesos de aquel año de 1880, como representante del pueblo y gobierno de la provincia de Corrientes ante el de Buenos Aires, para concertar un plan de defensa de las libertades y autonomía de ambos estados y de resistencia á la imperante política de imposición.

En junio de 1880 produjose el estado de guerra, que tantas lágrimas y tanta sangre costó al país. Perdida en el terreno de las armas la causa de Buenos Aires, el general Mitre fué puesto á la cabeza de la plaza vencida ya, recorrió las trincheras y trató de infundir ánimos á los que ya no tenían ni esperanza...

El 25 de junio se trasladó á Belgrano, donde estaba el gobierno nacional, después de convencer al gobernador doctor Carlos Tejedor de que aquel paso, todo lo amargo y doloroso que se quiera, se imponía en las circunstancias. Con los ministros Zorrilla, Pellegrini y Cortínez, representantes del ejecutivo nacional, trató de obtener un arreglo decoroso que pusiese fin á la guerra, pero como las exigencias de los ministros resultaran exhorbitantes, el general



Traslación del féretro á la casa de gobierno — La salida del cortejo de la casa mortuoria

Mitre contestó á la síntesis de ellas que «si no había otra proposición posible, sólo le restaba retirarse á la plaza, que contaba con suficientes elementos de resistencia, hasta que la victoria de las armas impusiera á la provincia semejante humillación.»

El pacto honroso tuvo que hacerse, á raíz de esta enérgica actitud, que se hubiera mantenido á despecho de todos los sacrificios.

Pero con motivo de estos sucesos fué dado de baja del ejército! No se le reincorporó hasta 1883, con el grado de teniente general. Aceptó con la noble idea de que no rechazaran la reintegración muchos de sus compañeros, jefes y oficiales pobres, que no tenían más recurso, y que hubieran seguido sin embargo hidalgamente su ejemplo. Pero poco después, para mantener su entera libertad de acción política, pidió espontáneamente que se le retirara de los cuadros del ejército.

En 1883 hizo un viaje á Chile, para documentarse con el conocimiento del terreno y terminar así la «Historia de San Martín y de la emancipación americana», que continuaba escribiendo con amor, en medio de tantos azares y dolores. Su viaje fué todo un paseo triunfal en Chile y especialmente en las provincias argentinas del interior.

Entretanto, y sin cejar un momento, seguía dando cada vez mayor impulso al diario, *La Nación* que dirigía, y en todas, cuyas principales secciones escribía, como un simple redactor-cronista, dándole el brillo de su talento y la autoridad indiscutible de su saber y de su probidad política.

Dirigió en estas columnas una campaña resuelta contra la imposición gubernativa del Dr. Miguel Juárez Celman, como candidato á la futura presidencia de la república. Tan atinada era su oposición como pudo verse desde los primeros torpes y vacilantes pasos de ese gobierno, que volvieron á ponernos fatalmente frente á la revolución,

Para no asumir parte dirigente en ella, cansado ya de luchas nacionales, y aunque viera su inminencia y su sobrada justificación, el general Mitre, á quien el congreso había hecho devolver su grado y honores militares, partió para Europa, dejando que los sucesos se desarrollaran por su propio impulso.

En el meeting de despedida dijo á los manifestantes, que eran legión:

—La juventud argentina se encuentra en el límite que separa la vida caduca de la vida nueva, y su deber de marcar en este punto su paso... Al borde de esta lava se corrupción política que amenaza extenderse en el futuro, en que el falseamiento de las instituciones y la anulación de los derechos del pueblo es la ley incondicional aceptada por la cobardía cívica, se levantará de hoy en adelante otra columna con esta inscripción que ninguna mano podrá borrar: *¡Juventud! ¡Se trata de tu destino!* (Ver «Arengas»).

La revolución estalló tremenda, en efecto, el 26 de julio de 1890, y aunque el gobierno la venciese en apariencia, quedó vencido en realidad, y en agosto el doctor Juárez tuvo que abandonar el poder entre las pullas de sus conciudadanos.

En Europa se le recibió, no como á un grande hombre sudamericano, sino como á un grande hombre simplemente.

A su regreso,—18 de marzo,—caída la presidencia Juárez, el pueblo le hizo una grandiosa é inolvidable apoteosis, sin precedentes en nuestra historia, y quizás en la misma historia de muchos grandes países.

Antes de esto, y en la célebre convención del Rosario, fué proclamado por la inmensa mayoría de la nación, candidato á la futura presidencia, adhiriéndose á su candidatura el partido nacional, con el general Roca á la cabeza, y echándose así las bases del acuerdo, gaje doloroso, pero eficacísimo de la paz, la fraternidad, el progreso material y político de la república, último y definitivo sello puesto por el general Mitre á su vieja y patriótica idea,—siempre perseguida á la luz del día ó en el secreto impenetrable de su cerebro de la unidad nacional. El general aceptó su candidatura sólo condicionalmente y mientras se considerara una «solución nacional». Pero como surgieran divergencias y desuniones, como de la Unión Cívica nació la rama del radicalismo, Mitre, por exceso de delicadeza, consideró que su candidatura no era ya la ambicionada «solución nacional» y no conduciría á la tranquilidad, al progreso, á la felicidad del pueblo, y sobre todo á esa «unidad nacional» que fué siempre su altísima aspiración.

En aras de este ideal no vaciló poco después en renunciar su propia candidatura, conduciendo á su partido á propiciar la del Dr. Luis Sáenz Peña y darle sus votos.

La alta significación de este cruento sacrificio político, se vislumbra ya, pero aun no ha podido ser comprendida en toda su amplitud, sino por los pocos espíritus selectos que pueden desprenderse del presente para vivir un momento en el futuro.

Más tarde fué electo senador nacional, y en tal cargo permaneció mientras sus fuerzas se lo permitieron. Entonces, el 26 de julio de 1901, llegó su 80° aniversario, en el que de extremo á extremo de la república celebróse con regocijo y entusiasmo el jubileo del general Mitre. La crónica de esta fiesta nacional, en que participaron pueblo, ejecutivo y congreso, exigiría un volumen. Tenemos que limitarnos á decir: fué la más alta, la más unánime, la más calurosa de las demostraciones que haya recibido hasta hoy un argentino, muerto ó vivo. Es la única síntesis que cabe de aquella solemnidad.

Dos años más tarde, cuando la salud del general Mitre comenzó á impedir su asistencia regular á las sesiones del Senado, renunció el elevado cargo y se retiró á la vida privada.

¡A la vida privada! Hasta ayer mismo no había circunstancia grave para el país en que los gobernantes no acudieran á consultarlo, ni hecho realmente trascendental en que su juicio y su voluntad no se impusieran. Baste decir que contra todo el mundo, él, él solo fué quien evitó un conflicto con Chile, abriendo así el porvenir con llave de oro.

Si estas paredes pudieran hablar... si los que hemos estado junto al grande hombre no tuviéramos aún la religión guerrera de su reserva! ...

EL SEPELIO

LOS DISCURSOS

Del Presidente de la República

Señores:

Tenía que llegar la hora en que la tierra argentina se abriese para recibir estos despojos venerables.

Pero no la esperábamos aún. Un voto del alma nacional se había formulado por que el general Mitre llegase —con el último soplo siquiera de su vida—al primer centenario de la Revolución. Queríamos honrarlo en ese día, junto con los guerreros de nuestra independencia, como una tradición viviente de las glorias argentinas, representante ante su pueblo de todos los que lucharon por engrandecer á la República y ultimo mensajero del sentimiento patrio hacia aquella inmortal generación que nos legó la tierra libre y soberana.

Ya no será posible tener entre nosotros á este ejemplo vivo del patriotismo; pero no protestemos contra los designios de la Divinidad que suele abatir la encarnación de una virtud cuando quiere reanimarla. Los argentinos levantaremos su estatua y aparecerá de nuevo entre su pueblo aquella noble figura en que contrastaba la modestia de sus maneras con el sello de grandeza que tenía su semblante.

La obra de Mitre no puede encerrarse en la síntesis de un discurso funerario, porque difícilmente se hallará otra vida tan larga y tan llena de grandes acciones.

No tuvo días de reposo.

En la mitad de su existencia había merecido todos los honores y empuñado las riendas del gobierno; pero no lo sedujeron, asimismo las sensualidades de la vida. Como si no hubiera hecho bastante por la patria, inclinó todavía la cabeza en su gabinete de estudio, para dedicarse á los trabajos del espíritu, y de allí nacieron la «Historia de Belgrano» y la «Historia de San Martin», en cuyas páginas la juventud argentina estudiará perpetuamente la vida de sus héroes y la epopeya de la independencia americana.

Era, además, un predestinado de la gloria.

Durante muchos años su vida se desenvolvió paralelamente á la vida nacional y todos los grandes acontecimientos de nuestra historia contemporánea lo encontraron siempre pronto para servirlos. Fué poeta y tribuno en su juventud y estadista y guerrero en su edad madura: es el único vencedor en guerra nacional que hayan conocido nuestros contemporáneos; nació precisamente cuando el país se iniciaba en el desorden y su nombre cierra la época de la anarquìa en nuestra historia; ha sido el último soldado de nuestras convulsiones inorgánicas y el primer presidente de la nación reconstituida. Ningún prestigio le faltaba; y en el pedestal del monumento con que el pueblo argentino lo consagre podrán esculpirse todas las glorias humanas.

Sus grandes hechos no se borrarán de nuestro espíritu, porque constituyen durante un largo período la historia misma de la patria; pero yo quisiera también grabar fuertemente en el corazón de mis conciudadanos los últimos años de la vida de Mitre: su noble ancianidad, sus preocupaciones por la suerte de la patria, cuando predicaba la elevación á los gobernantes, la templanza á los partidos y el sometimiento del pueblo al orden y á la ley. En un cuarto de siglo no salió de su retiro sino para evitar que algún error, algun crimen ó alguna insensatez pudiese comprometer el porvenir de la república. Cuidaba de su obra como un padre de la patria; y si nosotros

guardásemos su ejemplo inmortal en la memoria, habríamos asegurado definitivamente la grandeza futura de la nación.

Señores:

Alrededor de la tumba de Mitre se unirán el pueblo y el gobierno y los hombres de todos los partidos. Su consagración no necesita esperar el fallo de la posteridad lejana, porque se ha pronunciado ya sobre su vida el juicio irrevocable de la historia. Era nuestro primer ciudadano pero su nombre y su acción habían salvado las fronteras de la patria y por eso irán también con nosotros las representaciones de otros pueblos amigos, que han obligado la gratitud nacional al asociarse á este duelo profundo de la nación argentina.

Acompañemos sus restos mortales en patriótica peregrinación. Ese pueblo de Buenos Aires, que lo amaba tanto, sobrecogido por primera vez en su presencia, lo verá pasar como un símbolo de la patria, de camino hacia la gloria.

He dicho.

Del Vicepresidente de la República Dr. J. Figueroa Alcorta

Señores: Se ha extinguido en la noche infinita el astro moral de radiaciones más intensas y múltiples de cuantos nan brillado en este continente.

La luz, el calor y la vida de aquel espíritu predilecto de la Providencia, perdurarán con su influencia refleja sobre el destino de los hombres y de las cosas que fueron constitutivos de su escenario; pero él ya no estará para determinar con su dictamen y su ejemplo las orientaciones saludables; pero él no guiará más la nave á puerto sereno en los días obscuros de la contienda anárquica; pero él no será ya la encarnación actuante del patriciado venerando que imprima el sello de su autoridad moral inmarcesible á las grandes soluciones definitivas.

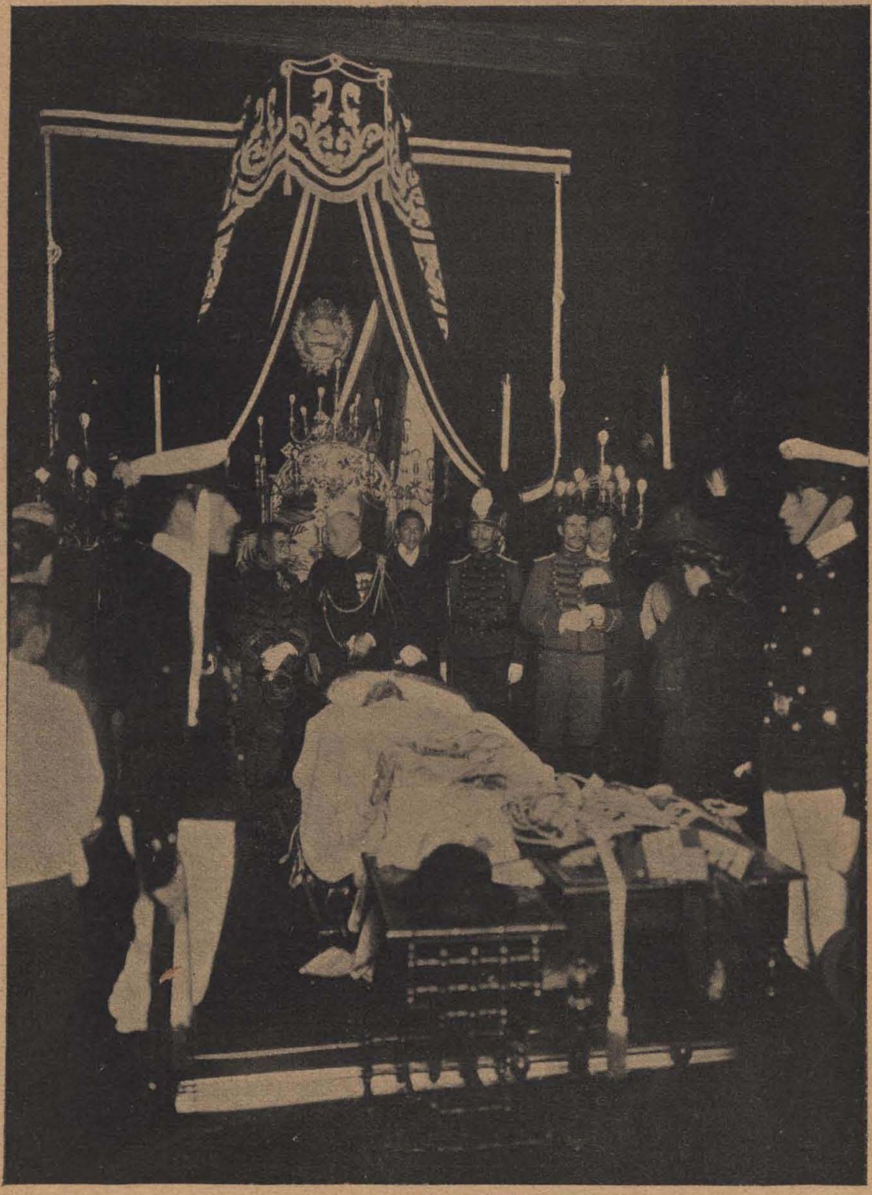
¡Dios sólo sabe la intensidad de la prueba impuesta al pueblo argentino en esta hora de hondo duelo nacional!

Se diría que al cumplirse en el general Mitre la ley inexorable de la evolución física, quedara en el ambiente algo así como un temor colectivo por la estabilidad de ciertos resortes morales que el sentimiento público había puesto bajo su custodia, al abrigo de su tienda inviolable de patricio; se diría que al dormirse como Wáshington, «bajo su techo, en medio del pesar de sus compatriotas y de la veneración de los pueblos», el alma nacional se acogiera anhelosa á una quimera suprema, y esperara todavía el despertar de ese sueño; diríase, en fin, que el unánime sentimiento angustiado de la sociedad argentina se uniera en un solo eco solemne de protesta ante el mandato inflexible de la ley de la vida, como si el voto público hubiera consagrado en un solo vivísimo anhelo la idea de la inmortalidad moral y material de su gran ciudadano!

Es que él era nuestra reliquia, nuestro orgullo, nuestro exponente de pueblo grande en el concepto múltiple de sus atributos; es que él fué tradición, virilidad, altivez, gloria argentina; es que su virtud republicana y su intelecto y su saber y su grande alma de soldado y de poeta y su entidad moral de estadista y de repúblico, todo eso nos ha pertenecido y nos ha honrado, dentro y fuera de nuestros límites geográficos, aun más allá de nuestras fronteras continentales.

Quede á la historia la misión superior de incorporar á sus páginas más brillantes lo que corresponde á esta figura benemérita, única entre nosotros por la multiplicidad de sus grandes relieves; y bástele á este momento de supremas tristezas, en que «no hay lágrimas bastantes para tanto duelo» fijar en la mente y en el corazón de su pueblo las altas líneas de conjunto de este argentino moral, como enseña de cívicas inspiraciones, como divisa de grandes destinos.

Porque amó la libertad y le consagró sus más nobles esfuerzos, y fué pensamiento y brazo, acción y dirección en sus lides fecundas, su personalidad destacóse siempre en el primer plano de la escena cívica del país, envuelta algunas veces en el vaho caldeado de las luchas políticas, pero nunca velada por una sola sombra que empañara el brillo de su actuación prominente.



La capilla ardiente en la casa de gobierno

Porque orientó en las grandes causas la luminosa trayectoria de su vida, y levantó su espíritu por sobre todo lo efímero y transitorio que hay en la trama informe de las luchas humanas, y practicó serenamente la virtud de sobreponerse á la impulsión misma del medio ambiente político si no radicaba en la base de sus principios inflexibles; por eso fué árbitro de supremos destinos, inspiración viviente de soluciones grandes, encarnación vigorosa de las glorias tradicionales de su pueblo.

Porque inspiró su lema en el bien de la patria y trazó con su espada y con su pluma surcos fecundos á la grandeza moral y material de la República; porque se consagraron siempre al servicio patriótico de las instituciones los afanes más nobles de su azarosa vida y los prestigios mejor fundados de su influencia incontrastable; porque combatió la anarquía y el despotismo en los campos de batalla, en las altas tribunas del parlamento y de la prensa, en el gobierno con austeridad de magistrado, en las filas populares con inspiraciones de apóstol: porque fué fiel á su ideal y á su evangelio, y modeló su tipo en uno de esos hombres que él describe al hablar de Las Heras, «grandes por sí mismos, que trafican con la gloria para quienes el mando es un deber, la lucha una noble tarea y el sacrificio una verdadera religión; los que al abandonar el teatro de la vida pública no tienen que despojarse á su puerta de las galas prestadas de un día, y queman aceite de su propia vida en la lámpara de sus vigilias»; porque auspició con su autoridad magna de patriarca y sus vistas serenas de estadista, la paz interna y externa, para fundar en la primera la radicación institucional definitiva y el progreso y engrandecimiento del país, y para cimentar en la segunda las ideas y principios de su credo político, inspirado en los más amplios conceptos de confraternidad americana; porque en fin, señores, como hombre, como ciudadano, como magistrado, fué honesto, sincero, recto, y delineó su ruta entre la verdad y el deber, y rindió como árbitro de la fuerza ó de la ley, homenaje invariable á la justicia y á la libertad—por esos títulos y por tantos otros, la misma sanción pública que en ofrenda calurosa le llevó á su retiro las flores de su afecto y la consagración histórica de su nombre—

por esos títulos y por tantos otros, el mismo unánime sufragio de su pueblo, en esta solemne apoteósis á sus virtudes, lo proclama eminente!

La hora de la posteridad llegará para confirmar estos fallos de la opinión pública contemporánea, y aquel juicio histórico ampliará las conclusiones del presente, porque ya habrán fructificado en el desenvolvimiento moral y material del país las grandes enseñanzas que emergen de este coloso del pensamiento y de la acción.

Pasarán los tiempos; otras generaciones habrán ocupado el puesto que les corresponda en la evolución indefinida; la hora actual será un punto imperceptible en el horizonte de las edades lejanas; y este pueblo argentino, en la madura plenitud de su vida, en el amplio desenvolvimiento de sus aptitudes, de su grandeza y de su poder, conservará grabado el nombre de Mitre en el calendario de sus glorias cívicas, símbolo todavía entonces de lo que fué sobre todas las faces de su ser múltiple; modelo ejemplar de ciudadano de un país libre!

Cúmplase, mientras tanto, la dura léy de nuestra misión, y entreguemos estas veneradas cenizas á la implacable requisitoria del sepulcro, descansarán cubiertas por la bandera que su brazo tremoló victoriosa, y velarán su reposo las bendiciones populares, mientras su espíritu selecto alienta en el ambiente moral de la patria, y su personalidad benemérita salva los dinteles de la historia coronada de lauros inmortales.

He dicho.

Del Presidente de la Cámara de Diputados, D. Angel Sastre

Señores:

A nombre de la honorable Cámara de Diputados, vengo á expresar los sentimientos de la asamblea popular ante los despojos mortales del ilustre ciudadano que ha dejado tras sí tan hermosa herencia de virtud, de glorias y de grandes servicios prestados á la República.

Otros ensalzarán á justo título los méritos del historiador, del guerrero y del hombre de letras. Me corresponde especialmente expresar la adhesión de la Cámara de Diputados al duelo público, que debía repercutir de una manera directa en la representación del pueblo y señalar en breves rasgos la obra del legislador y del hombre de estado.

El nombre del general Mitre está indisolublemente vinculado á la organización nacional, que fué su principal objetivo desde que se desplomó en los campos de Caseros el gobierno dictatorial que, por largos años, había dividido y dispersado á la familia argentina.

Su gloria más indiscutible consiste en haber realizado esa aspiración del patriotismo argentino, presentando ante el mundo bajo una sola ley unificada para siempre, á la nacionalidad que se incorpora desde esa época las conquistas más avanzadas de la ciencia política y del progreso humano.

La grande y patriótica obra del general Mitre está representada en las asambleas constituyentes, en los parlamentos á que dió temple con su carácter, ilustró con sus vastos conocimientos y guió por el camino de la unión.

Esa obra está representada por el gobierno que en una época de las más difíciles, de hondas conmociones y complicaciones extrañas, echó con firmeza las bases de todos los poderes públicos y trazó con acierto los lineamientos que sólo fué necesario seguir y extender en el porvenir. A medida que pase el tiempo, muchos hechos caerán en el olvido, pero cada día será más pura é incontrovertible la gloria del gran organizador de la República, cuyo espíritu seguirá arrojando luz intensa sobre los destinos de la patria. Y sobre todas sus grandes obras y eminentes servicios flotará siempre, como el emblema más puro de su gloria, la unidad de su gran conducta, invariable en todos los tiempos y en todas las circunstancias, que demuestra de una manera inequívoca y transparente la pureza de sus móviles, la firmeza de sus convicciones, la entereza de su carácter; virtudes todas que se unen y se confunden para fundirse en la grandeza de su alma, lo que perdurará, admirado por las presentes y futuras generaciones

de esta patria, por la que tanto hízo, de esta patria que tanto amó y que agradecida le presenta en este acto el homenaje debido á los grandes servidores públicos.

Del Dr. Juan Zorrilla de San Martin, por el gobierno de la República O. del Uruguay.

Señores:

Me siento sorprendido y presa de un sentimiento que se parece al pánico, al hallarme repentinamente en esta cumbre sacra; esta tribuna y este momento son una cumbre. He sido transportado á ella por un espíritu imperioso, por el del Uruguay; mi patria, me ha dicho: ve, y habla con mi aliento en ese sepulcro grande que están abriendo tus hermanos al otro lado del Plata; ve, y habla allí con mi aliento; pon tu mano sobre el corazón del pueblo oriental en este momento en que se dice que ha muerto Mitre; percibe bien sus latidos; da á tu espíritu la predisposición melodiosa de las triunfales elejías, y ve á llevar al pueblo argentino el abrazo de su hermano el oriental, ve á llorar con él sobre la tumba del prócer muerto; que tu voz tenga ternura y calor de abrazo, humedad de lágrimas gloriosas, resplandores enlutados; pero ante todo y más que todo, que ella tenga resonantes vibraciones de triunfo; que más que á llorar un muerto, vas á saludar, en nombre de tu patria, un inmortal.

Esta es la tumba... éste es el gran muerto... éste el temido momento, para el cual tengo que buscar palabras que acaso no existen...

Señores... hablo en nombre de la representación genuina del pueblo oriental, en nombre de su gobierno; obedeciendo el mandato, he sentido palpitar el corazón de aquel pueblo, y os traigo el tributo más unánime de duelo que un hermano pueda enviar á su hermano querido en sus horas de consternación y de congoja, el homenaje de respeto y de admiración más profundo que un pueblo pueda tributar á otro pueblo, en los momentos solemnes de las grandes memorias.

El gobierno y el pueblo oriental se han dado cuenta de que no puede presentarse una ocasión más propicia de confirmar su fraternal amor inquebrantable á la República Argentina que este momento solemne en que va á aumentar su tesoro de sepulcros con un sepulcro nuevo, tan grande, tan venerando como el más grande, el más venerando y más glorioso de los que forman el suntuoso patrimonio acumulado por la nación argentina, y aun por la América toda, en ese siglo de tempestades caóticas, de sombras y de meteoros luminosos, en que fueron forjadas nuestras patrias americanas en las fraguas de la gran revolución.

¿Cómo seguir, señores, la trayectoria del astro que acaba de ponerse en esa tumba? ¿Cómo encontrar el verbo, una de esas palabras vivas que se estremecen y palpitan, que sin substancia en sí mismas, que brotan de las entrañas y con las entrañas de las cosas y de las armoniosas ideas, y por medio de las cuales pudiera deciros lo que ha visto, lo que ve mi patria en ese muerto que palpita, para llorarlo como con vosotros lo llora, para aclamarlo como vosotros lo aclama y glorifica?

Se ve tanto en él, señores; ocupa tan grande espacio en el horizonte americano; ha dejado en él tan gran vacío al hundirse en el sepulcro, que no es posible pretender encerrar las notas fundamentales de tan excelsa persona en el ritmo fugaz de una oración dolorosa; pero yo creo ver, yo veo en él con intensa claridad uno de esos núcleos inteligentes, una de esas fuerzas latentes, una de esas atracciones recónditas que aparecen providencialmente en el seno de los pueblos que deben formarse, y sin las cuales no se concibe su formación. Los pueblos como los astros vosotros lo sabéis, señores, se forman en medio de las genésicas tempestades; los elementos cósmicos, al parecer irreconciliables, se atraen y se repelen en confusión caótica; estalla el rayo, se derraman los océanos atmosféricos, se hunden los mares y se levantan las montañas en convulsiones al parecer agónicas. Y como el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas según la frase temblorosa del Génesis, flotan entonces sobre los pueblos los grandes pensamientos humanos, que son reflejo de la divinidad

creadora, que concilian lo inconciliable, que separan la luz de las tinieblas, que hacen el orden, que es la armonía de las cosas, y hacen la felicidad, que es la armonía de las almas.

Uno de esos pensamientos, señores, se encendió en el cerebro ya apagado de ese muerto; el fué, durante medio siglo, el núcleo cósmico en torno del cual giraron, se agitaron, se entrechocaron, se refundieron los elementos ígneos de que debía formarse el astro polar de la nación argentina definitivamente constituída; la América y el mundo entero lo han visto con el sello inconfundible de los héroes; lo han visto subir, bajar, atravesar como un rayo fecundo en medio de las tempestades de vuestra historia, esplender unas veces como un meteoro, brillar otras como una aurora; lo ha empujado la ola de fuego, lo ha arrebatado la vorágine popular; pero siempre se ha visto con el sello inconfundible del enviado ó del profeta sobre la frente, siempre se ha percibido en sus ojos el reflejo trémulo de la cercana estrella, siempre se le ha distinguido como luz en la luz, como coágulo de fuego en el fuego que lo engendraba, como nota dominante en el coro pujante de los martillos que golpeaban en el yunque donde á la luz de las fraguas forjaban los hercúleos forjadores de patrias el escudo y el casco de oro cincelado de que debía brotar armada la República Argentina, al aparecer vencedora de los extraños primero, vencedora de sí misma después, y ya definitivamente constituída, en el concierto universal de la democracia triunfante.

Es más difícil ser grande que ser sublime: Mitre ha sido grande. No ha sido un desentono genial; ha sido una ponderación perdurable, un equilibrio maravilloso... ha sido una armonía pensativa, Mitre ha sido grande; grande por lo que hizo, grande por lo que pensó, grande por lo que habló, grande también, más grande todavía por lo que calló, cuando debió rendir culto abnegado al más desconocido de los dioses: al severo dios silencio. Los conquistadores vulgares, y aun los muy grandes muchas veces, necesitan de testigos; de ahí por que las conquistas sobre nosotros mismos son las más difíciles, las más escasas. Mitre fué un conquistador de los más gran-

des, un gran señor de sí mismo, un dominador de su propio corazón...

La República Oriental y la Argentina, señores, se desprendieron juntas de la misma nebulosa generatriz; sus historias se compenetran y confunden á cada paso; no en balde sentimos allí que un sol se ponía, que una grande obscuridad se difundía en nuestros horizontes, cuando los ojos de Mitre se cerraron á la luz. Mitre es también un prócer oriental, señores.

Vosotros recordaréis en este momento solemne todas las grandes efemérides de vuestro glorioso muerto: yo, que traigo el aliento de la patria oriental, sólo debo recordar concretamente las efemérides que vinculan á este sepulcro el amor y la gratitud de aquella patria; aquellas cifras que revelan también que Mitre nos amó... porque no podía menos de amarnos, porque en aquella patria estaban los recuerdos de sus primeros ensueños, los vestigios de sus primeras glorias, los frutos de sus primeros esfuerzos heroicos en pro de la libertad.

Y puesto que, en representación del pueblo uruguayo, he compartido y comparto vuestro dolor, dejadme, señores, que en la misma representación comparta vuestro triunfo, al recordar que Mitre fué hijo de padres orientales, al recordar que fué en Montevideo donde el joven predestinado á tan grandes destinos recibió las primeras nociones de la ciencia militar; que fué en los campos orientales de Cagancha, bajo las órdenes del resplandeciente soldado del Rincón, de las Misiones, de Sarandí, donde aquel adolescente pensativo oyó asombrado por primera vez la voz de la batalla, vió por primera vez clavados en él los ojos encendidos de la gloria, sintió por primera vez sobre su frente núbil el ígneo beso de la libertad agradecida; que fué tras los muros de Montevideo donde Mitre comenzó á almenar la democracia ríoplatense, donde se incorporó á la pléyade de los más grandes pensadores y estadistas argentinos perseguidos por la tiranía y refugiados tras los muros inexpugnables de la ciudad heroica, donde al pie de los cañones de la defensa, en las largas noches de la guardia interminable y á la luz de las estrellas, sintió, sin duda alguna, que agitaban las alas en su



El féretro al salir de la casa de gobierno

alma generosa los grandes anhelos de libertad y de justicia para la patria argentina; y que fué también sangre de orientales la que se mezcló á la sangre argentina allá en los desiertos del Paraguay, cuando esas fuerzas misteriosas, superiores á la voluntad de los hombres que rigen y determinan la marcha de la humanidad, llevaron á la guerra titánica á cuatro pueblos hermanos, igualmente heroicos, que hoy se estrechan y lloran en un duelo común sobre la tumba inmaculada del generoso vencedor.

¡Y Mitre ha muerto, ha muerto al fin!

¿Por qué el Dador Supremo de la vida no prolongó esa existencia, siquiera lo suficiente para que esos ojos que ya no ven hubieran visto la aurora del 25 de Mayo de 1910?

No puede ser... no puede ser... dejadme que diga, señores, aunque lo diga lacerando vuestras entrañas, no debió ser. No. Mitre no nos pertenecía; nuestra posesión era ya una constante usurpación hecha al pasado homérico; Mitre era de aquellos; está bien en donde ahora está, entre la luz, entre los muertos, para aparecérsenos con todos ellos, con sus pares, en ese día de la resurrección, cuando al sonar el aniversario de la revolución de Mayo, vengamos todos á esta cima de la libertad de América, á golpear en los sepulcros...

¡Oh, sí, señores, es preciso... es preciso que lo dejemos en su sepulcro, después de besarlo en la cicatriz de la frente!...

¿No veis, señores, que las tumbas de San Martín y de Belgrano, las de Moreno y Rivadavia, al despertar á sus muertos en ese día, se sentirían acaso muy solas, al buscar y no encontrar á su lado el gran sepulcro de Mitre?

Del Doctor Antonio Bermejo, presidente de la Suprema Corte Nacional

Señores.

No puede decirse que ha muerto lo que vive en el corazón de la República.

Tan estrechamente unido estaba el general en el ínti-

mo afecto de cada uno de nosotros; de tal manera se había identificado con el alma colectiva de la nación, que ante sus restos inanimados se creería que asistimos á las dolorosas exequias de la patria misma.

Pero, no. La patria seguirá su marcha incontrastable hacia sus altos destinos, y el gran ciudadano que le consagrara su vida transitoria continuará animándola con su espíritu inmortal.

La espada de nuestros grandes capitanes había fijado los deslindes de la nación. La entidad de derecho de gentes estaba creada. Organizarla, reclamaba otros tiempos y otro obrero. El modelado del metal aun en fusión, la elaboración del organismo intelectual, de la entidad del derecho político y civil debían sufrir pruebas dolorosas, pasar por angustiosas vicisitudes, porque requerían el esfuerzo múltiple y uno del pensamiento y de la acción, de la ciencia política y de la moral más austera: una inteligencia superior servida por una voluntad abnegada.

He ahí el hombre. He ahì por qué infundía estos dos sentimientos que parecen inconciliables: la admiración y el cariño, que á todos nos congregan alrededor de estos despojos mortales que no quisiéramos abandonar.

La judicatura nacional reclama también su parte en el duelo público por la pérdida de su ilustre fundador.

Como legista, como uno de nuestros primeros jurisconsultos, sin diploma universitario, el general Mitre, el más civil de nuestros militares, comprendía que al poder judicial estaba confiada la salvación del arca santa de nuestras instituciones, porque ese departamento de gobierno constituye, según la expresión de Wáshington, la llave maestra del edificio político, y que el magistrado, investido con la facultad de juzgar, decidiendo de la vida, de la libertad y de los bienes, asume, como se ha observado, un grande, un inmenso poder; inmenso para el bien lo mismo que para el mal.

Y al organizar la primera corte suprema y los juzgados federales, en circunstancias en que se hallaban aún vibrantes los ecos apasionados de las contiendas civiles, coloca en aquélla las primeras personalidades de la Confederación, dejándonos así una alta lección de gobierno, en el

sentido de que éste debe ser desempeñado en bien de la comunidad y no de los partidos, en beneficio de todos y para todos.

La institución quedaba desde entonces salvada. Habíase iniciado la edad de oro de nuestra jurisprudencia.

Más feliz que los patricios de la generación que le había precedido y que él había honrado ante los despojos del más ilustre, con las palabras del Evangelio, recordando á sus contemporáneos que no debían buscar entre los muertos á los que viven, hále sido dado abrir el surco y contemplar la mies, organizar la nación y pasar una venturosa vejez entre las bendiciones de un pueblo reconocido. Era su obra. Era la resultante de la educación cívica difundida por él, dentro y fuera del gobierno, en que había morigerado las luchas inherentes á la democracia con los altos ejemplos de ecuanimidad de un corazón exento de rencores. Colocado más arriba de los agravios humanos, por la virtud propia de su incomparable altura moral, irradiaba su espíritu de confraternidad entre sus conciudadanos, que han llegado en toda la vasta extensión de la República, á reconocerse hermanos en el mismo culto de la patria común, á la que debemos amar y defender y cuyas glorias corresponde á todos conservar.

Las luchas y los antagonismos son pasajeros; sólo el amor es perdurable. Era la enseñanza del ilustre patricio en su prolongada actuación popular, impuesta por el ascendiente de sus virtudes cívicas, cuando, desprendido de las insignias del mando, con la serena austeridad de un héroe de Plutarco, pueblos y mandatarios acudían instintivamente á su modesto retiro para encontrar la inspiración salvadora en los días angustiosos para la patria.

No se abarca, señores, el universo en una mirada, ni se concentra en algunas palabras de triste despedida una vida humana que fué ella misma la vida de toda una nación. Su característica y el secreto de su constante eficiencia han sido el más noble desinterés: todo para la patria. Practicó sin vacilaciones el culto del bien público y tuvo la más dulce energía para realizarlo. Inaccesible á toda seducción, ajeno á todo temor, se mantuvo constantemente en la órbita de su deber, como los astros en su lìnea de traslación, sereno, luminoso, incontrastable.

Su carrera pública se inició en la cruzada libertadora que, por la educación de las masas y las proyecciones de su acción perseverante, ha sido felizmente relegada, en la conciencia nacional, á una época que puede llamarse remota, para presidir en seguida la organización institucional del país, y defenderlo ante el exterior con tan modesta pericia militar, que sólo es comparable á la sublime abnegación que, por más de treinta y cinco años—la duración de una vida—reserva los testimonios decisivos de la propia glorificación. Obrero infatigable del progreso, en la prensa, en la tribuna parlamentaria y popular, proclama el equilibrio entre la libertad y la autoridad como el ideal de los pueblos bien constituidos, mientras que en páginas que vivirán como las glorias que narran levanta el vasto monumento de la historia nacional.

Entretanto, el otoño de la existencia ha llegado y la triste melancolía de las horas crepusculares anuncia el cercano término de todos los afanes. El árbol casi secular se viste todavía con sus más hermosas flores y el genio de múltiples facetas reanima las bellezas de los grandes poemas de la literatura universal.

Que el Señor, en su infinito poder, recompense tantos beneficios. La gratitud nacional conservará el culto de la memoria del general Mitre, mientras el nombre argentino, que él tanto realzara, siga siendo discernido entre los pueblos libres de la tierra.

De Don Francisco Vergara Donoso, ministro de Chile

Señores: No es ésta una pérdida que enluta á un solo pueblo. La acción y la gloria del hombre ilustre que ha caído para no levantarse más han traspasado las fronteras de su patria y dejan recuerdos agradecidos é imborrables en otros países sudamericanos á que dió parte de su vida.

Llega hoy á este sitio en imponente y grandiosísima manifestación de duelo, inmenso número de sus conciudadanos á rendirle el supremo homenaje de dolor y admiración.

El general Mitre, durante una larga existencia consagró las preclaras dotes de su alma al engrandecimiento de la República; inspirándose en ideales puros y elevados, sus pensamientos y acciones fueron iluminados por los reflejos de esa luz interior, y así llegó á la cima en que por tanto tiempo ejerció un verdadero magisterio nacional.

Durante sesenta años, la vida del general Mitre es la vida del pueblo argentino; él ha sido uno de los principales factores de su progreso, ya que el progreso y encumbramiento de las naciones no sólo dependen de la colectividad de los ciudadanos sino también del mérito extraordinario de los hombres que las dirigen.

A estas justas demostraciones de gratitud se unen también hoy las que otras repúblicas deben á la memoria del esclarecido estadista.

En diversas épocas fué el general Mitre huésped distinguido de Chile. Con su talento y con su pluma tomó participación vigorosa en la vida política del país, y contribuyó á la difusión de ideas y discusión de principios de gobierno. Sobre todo, el trato de los hombres le creó amistades sólidas y duraderas que originaron la corriente de simpatías y respetuoso cariño que sin interrupción ha venido de allende los Andes hacia la persona de Mitre. Siempre fué considerado allá como el constante amigo de Chile, y jamás se podrá olvidar su influencia eficaz en la armonía entre ambas repúblicas.

Por eso, el dolor de los argentinos ante la tumba que va á guardar los preciados despojos, es el dolor de los chilenos. No sólo como expresión de condolencia por la magnitud de la desgracia; no sólo como manifestación de solidaridad entre pueblos hermanos, sino por intenso sentimiento de pesar ante la desaparición del hombre superior á que los ligaban la gratitud y el cariño, el gobierno y el pueblo de Chile rinden homenaje á su memoria y se asocian al duelo nacional de la República Argentina.



El cortejo fúnebre al llegar á la Avenida de Mayo

Del Doctor F. de Assis Brasil, ministro del Brasil

Honrado com a representaçao especial do magistrado supremo da minha patria, venho trazer o ultimo adeus e as lagrimas de toda uma naçao amiga ao grande homem cujos despojos se restituem hoje a terra que tanto ennobreceu.

Ao individuo como a collectividade nada deve ser mais grato e consolador que amar aquelles á quem admira. Bartholomeu Mitre teve em vida e terá na morte esse mais raro privilegio humano, o de ser amado pelos seus admiradores.

Esses dois sentimentos reunia o povo brasileiro pelo seu grande amigo e os tributará fielmente á sua memoria.

Mitre era un puro. Como homem, como cidadao, como escriptor era honesto e franco. Reconheceu e proclamaon sempre os superiores intuitos do Brasil nas suas relaçoes com o Prata, desde o arborecer das nossas respectivas nacionalidades. A influencia de seu poderoso espiruto contribuiu mais que nenhum outro factor para o estabelecimento dos sentimentos de cordialidade cada dia mais accusados entre o Brasil e os seus nobres visinhos do extremo meridional de continente.

Em espochas de confuçao e anarchia mental e politica elle penetrou com olhar seguro os destinos d'estes povos. Comprehendeu que a sua grandeza e felicidade depende do maior grau de solidariedade que entre elles se firmaou Quanto ao Brasil especialmente, o que nao tinha sido mais que um vislumbre de previdencia nos dois patriarchas que elle illustrou na historia—San Martín e Belgrano—foi nelle convicçao e acçao.

Por obra sua, os laços de amizade e allianca entre o Brasil e Argentina adquiriram vigor bastante para resistirem aos inevitaveis atritos de paizoes secundarias, aos insultos de circumstancias fortuitas.

Os grandes genios sao inmortaes na sua influencia para o bem. A memoria de Mitre, á qual os povos rende-

rao culto como a um semideus, será ainda por largo tempo uma das forças mais energicas na prosecuçao dos nossos destinos. Assim os estadistas sulamericanos se consagram com o coraçao e o espirito ao aperfiçoamnto do ideal que elle tao efficazmente serviu a solidariedad dos povos e das naçoes, pelo moral e pelo direito.

Del Ministro de guerra, general Enrique Godoy

Señores: En tan solemne momento, cábeme el insigne honor de despedir para siempre, en nombre del ejército de la nación, á estos despojos que fueron la envoltura del alma privilegiada del general Mitre. Empero, no corresponde á mi misión hacer la apología de esa personalidad, tan llena de acción y de pensamiento, durante los sesenta años de vida pública que consagró por entero á dar organización y fisonomía propia á la nación, luchando como soldado, como tribuno, y como caudillo, en los campos de batalla, los parlamentos, el gabinete del estadista y aun en el ostracismo, hasta formar el hogar nacional...es decir, ¡la patria misma!

Traigo otro objetivo, más íntimo y más concreto: es la expresión del sentimiento del ejército nacional, hondamente conmovido ante la desaparición absoluta del prócer, que, para los argentinos era apóstol de la verdad, del honor, de la honradez cívica y de la austeridad republicana.

Y esta manifestación de intenso duelo no está inspirada por movimiento de rebelión, ni de protesta siquiera ante la fatalidad que se cumple; es la pena tranquila, elevada y sincera, que abre en los nobles pechos abismos de afectos, de admiración y de respeto para quien cruzó la vida, extensa y provechosa, como maestro, como apóstol y como amigo de sus conciudadanos.

Al extinguirse la vida material de este grande hombre, el pensamiento de sus conciudadanos, que en este caso alcanza á la América toda, se recoge y medita ante el ejemplo de sus austeras virtudes y de su inmaculado patriotismo,

que fué su característica esencial y que más augustamente resalta en su actuación durante las horas inciertas en que, para afianzar la unidad nacional y hasta encauzar la tumultuosa corriente de una democracia inorgánica, supo imprimir el impulso regular que debía conducir á la república á sus destinos grandiosos por la senda del orden institucional que él mismo trazó con su pensamiento, afirmó con su espada y ennobleció con su ejemplo.

Las generaciones presentes y las venideras han de inspirarse seguramente en la vida del teniente general Mitre para aprender cómo se consagran á la patria todos los esfuerzos de la inteligencia y de la voluntad, con el solo pensamiento de su unidad y de su grandeza!

En cuanto al ejército de la nación, cuyos dolorosos sentimientos cúmpleme la honra de expresar en este histórico día, ¿qué vida más abnegada y qué enseñanzas más severas de virtud y de carácter podría ir á buscar fuera de la República? ¡Ninguno, la lección y la idea que su vida encarna, perdurarán en la memoria de su pueblo!

Su espíritu flotará sobre esta tumba que, al abrirse, parece que también se levantara á manera de secular columna ante la cual deberán llegar todos los desfallecientes —en solemne peregrinación—de pie y descubiertos, á confortar su espíritu, porque ella, de hoy en más y para siempre será un símbolo y un altar!

Y de tal manera es así, que unidas por la veneración de su pueblo y ungidas por el amor de las naciones hacia el gran ciudadano argentino, la bandera de la patria y tres banderas gloriosas, de naciones amigas y hermanas que también él tanto amara, agitan é inclinan aquí sus paños esplendorosos con toda la majestad de un inmenso pesar por el eterno adiós del que asciende en esta hora á la inmortalidad y á la gloria.

Señores: Interpreto los votos de mis camaradas del ejército argentino y de las naciones amigas que tan gentilmente se han asociado á nuestro duelo, al decir; general Mitre: descansad en paz en la mansión de los justos mientras vuestros compañeros de armas cumplen su misión en la tierra, inspirándose en vuestra excelsas virtudes.

Del Dr. Carlos Pellegrini

Señor presidente: Señores: Con honda emoción el pueblo argentino ha asistido al ocaso de una hermosa vida y contemplado, silencioso y conmovido, la desaparición del astro, que envuelto en la gloriosa aureola de su propia luz lentamente descendía en los horizontes del tiempo, hasta ocultarse á nuestros ojos mortales para renacer mañana á la inmortalidad de la historia.

Lo que termina en esta tumba no es sólo una vida de hombre que supo cumplir con honor y con gloria su larga, fatigosa y fecunda tarea, es también uno de los capítulos más emocionantes de nuestra agitada historia, aquel que relatará la trascendental evolución política que se inició en Caseros. El pensamiento y la acción del general Mitre están tan íntimamente ligados á nuestra vida nacional que su biografía será la historia política del pueblo argentino durante la segunda mitad del siglo XIX, y sería imposible trazar aquí una reseña de esa vida, porque no puede compendiarse medio siglo de la historia de un pueblo en los estrechos límites de una arenga.

Es una verdad comprobada por la historia de todos los pueblos que en los momentos más críticos y difíciles de su vida, surge siempre entre las filas populares un hombre especialmente dotado por la Providencia con las grandes cualidades necesarias para responder á las exigencias del momento histórico, y el general Mitre ha sido uno de esos seres providenciales nacido con todas las virtudes y facultades necesarias para dominar y dirigir los sucesos, en una de las grandes evoluciones de la vida política de su pueblo.

Veinte años de tiranía habían suprimido todo principio de libertad y gobierno institucional, cegado toda fuente de educación popular y dispersado la familia argentina, dividida por hondas pasiones y rencores. Fué por esto tan vasta como difícil la tarea de los vencedores de Caseros que tenían que hacer resurgir de esas ruinas una sociedad

política, orgánica, libre y culta. Para realizarla, para responder á todas las exigencias de la situación política y á las modalidades populares, tenían que poseer las más variadas y altas facultades. Había que predicar los nuevos principios y educar á los pueblos, que contener ó dominar las pasiones, que dar forma orgánica á una masa caótica, poniendo en juego todas las influencias del pensamiento y todas las energías de la acción, había que predicar y que combatir, que ser apóstol y ser soldado.

De todos los hombres públicos que aparecieron en ese momento sobre la escena política, el más completo fué el general Mitre, pues poseía tal variedad de virtudes, de aptitudes y de facultades, cual no conozco reunidas en otro estadista propio ó extraño; pues si alguno pudo igualarlo en una especialidad, ninguno las reunía en condiciones tales que le permitieran actuar en primera línea y con igual eficacia en todas las escenas, en todos los momentos, sobre todas las clases sociales. Fué un hombre de estudio y de vasta ilustración. Como literato é historiador sus obras son honra de las letras argentinas. Fué un orador tan nutrido, sereno y eficaz en el parlamento como entusiasta y arrebatador en la plaza pública. Estadista de alto vuelo, era la voz más respetada en los consejos de estado, por la elevación de sus sentimientos, por la seguridad de sus juicios, por la ecuanimidad de su carácter. Fué nuestro primer soldado. Fué un gran político de acción personal y directa; y más que todo y sobre todo esto, poseía ese don misterioso de seducción que atrae y domina á la masa humana, que distingue á los grandes conductores de hombres, don que el general Mitre poseía cual ninguno, pues dominaba á los hombres de pensamiento y á las masas populares por la doble influencia de la inteligencia y del carácter, ejerciendo sobre su pueblo un prestigio y una autoridad moral quelejos de debilitarse con el tiempo, adquiriría cada día mayor poder á medida que las pasiones se calmaban y se destacaban mejor, no sólo la grandeza de la obra, sino y sobre todo, su altura moral y la sinceridad, de su patriotismo, que fué su guía constante, en los días serenos como en los más obscuros y tormentosos de nuestra agitada historia.



La cabeza del cortejo en la Avenida de Mayo

Jefe de la nación, unánimemente proclamado y profundamente respetado: general en jefe coronado por la victoria en 10 campos de batalla, el hijo preferido de su pueblo, ha sido el digno émulo en este extremo de América de aquel otro gran ciudadano que fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

Su vasta actuación, salvando los límites de la patria, ejerció más de una vez poderosa y benéfica influencia en la política americana y hoy las repúblicas hermanas rinden todas solemne homenaje al gran patricio, cuyo nombre será segundo sólo al del general San Martin en la consideración, el amor y el respeto de nuestra América.

No será en la escena pública, por grande que haya sido el lugar que en ella ocupó el general Mitre, donde dejará el inmenso vacío, pues no deja una obra inconclusa, que sería difícil á otro terminar. Su gran ideal y su gran misión fué la organización nacional, fué fiel á ella en todos los momentos de su vida, asistió en sus comienzos, tuvo en su realización la principal parte y ha tenido la inmensa satisfacción de verla terminada. Donde el general Mitre deja inmenso é irreparable vacío es en el corazón de su pueblo que se había habituado á contemplarlo con respetuosa adoración, no sólo como el ídolo de sus amores, sino como el genio tutelar de sus destinos.

Por esto, cuando viendo cumplida la misión de su vida, al sentir declinar la tarde y llegar la hora del reposo, el general Mitre se retiró de la escena pública, ese pueblo le ofreció la más hermosa apoteosis, que haya merecido un argentino, y cuando una voz doliente anunció que la hora fatal, la última del gran ciudadano se aproximaba, reinó en todo el país ansioso silencio, mientras el cariño popular velaba á la cabecera del agonizante.

Los méritos del general Mitre, no han tenido que esperar así el tardío fallo de la historia, pues han sido sus contemporáneos los que, anticipándose al tiempo, han dictado el fallo justiciero, final é irrevocable que le asigna un lugar de preferencia en el panteón de nuestras glorias, y es el pueblo argentino, todo, el que, con la frente descubierta é inclinada, rodea esta tumba para despedirse del

gran ciudadano en los dinteles de la inmortalidad, para pedir, hoy que sus consejos le faltan, que sea siempre para los que le sucedan en la tarea, fuente de alta y noble inspiración el recuerdo imperecedero de sus virtudes y de su patriotismo.

Del Coronel Luis Gómez, por los guerreros del Paraguay uruguayos

Señores:

El Centro de Guerreros del Paraguay de la República Oriental del Uruguay, cuya presidencia honoraria ocupó el ilustrado caído ante cuya tumba se prosterna hoy todo el mundo americano, me ha enviado para que deposite en su nombre las siemprevivas del recuerdo imperecedero, el testimonio del respeto más profundo, del afecto más intenso y de la admiración más verdadera, sobre los despojos de este gran patriota que acaba de abandonar la vida de los hombres para acompañar desde un sitial más elevado á los grandes de la historia.

Señores: Los veteranos de la otra banda, á cuyas libertades y á cuyos fueros ofreció el tributo de su inteligencia y el esfuerzo de su brazo el general Mitre, en las épocas tempestuosas en que los muros de Montevideo fueron baluarte de la libertad americana, y los que, en la adolescencia de la vida militar, adquirimos las primeras nociones del arte de guerrear en los libros del ex alumno de la Academia Militar del Fuerte, y los que en los mortíferos esterales paraguayos fuimos testigos de la abnegación más elevada y del valor más estoico de un general en jefe, teníamos el triste deber de reclamar un puesto en este solemne homenaje, tributo apenas justiciero, rendido al más ilustre americano de la época contemporánea.

Para nosotros la vida de soldado del general Mitre más que una enseñanza era toda ella un ejemplo, y más que un ejemplo un símbolo.

La historia militar de un continente desde 70 años á esta parte, se encerraba en su foja de servicios; y bien puede decirse que casi todos los laureles de esa historia

tenían sitio designado sobre el uniforme del ilustre teniente general.

A otros, señores, el elogio y la biografía completa del extinto; á la historia el juicio de su actuación sobresaliente; nosotros los viejos servidores, los subalternos de antaño y admiradores de siempre, al rendir los honores de ordenanza ante la tumba abierta, sólo podemos descorrer el velo funerario que la envuelve, esparciendo su sombra de tristeza sobre lo que queda del ejército aliado, para decir orgullosos como los soldados de Napoleón el Grande al ver su nombre ascender hacia la gloria: «estuvimos á su lado».

De Félix Bocayuva, secretario de la legación del Brasil

...«Muerto, parece aún más grande que vivo», decía Enrique IV contemplando el cadáver del duque de Guise...

Esa exclamación del gran monarca de Francia parafraseada por Ruy Barbosa, el eminente tribuno de mi patria, ante el cuerpo del ilustre José Bonifacio de Andrada e Silva, no habrá sido tal vez, jamás, tan oportuna en la América latina, como en este momento, aquí, junto á esta tierra que se abre para recoger los despojos venerables del sumo pontífice del culto de la patria y del sentimiento sudamericano.

Permitid, pues, señores, el alto honor de acercarme con vosotros á la tumba en donde va á dormir su largo, su infinito, su divino sueño, el patriarca de la unidad argentina.

Por más modesta que sea mi palabra, por obscura que sea mi persona, ella tiene en este instante la virtud refleja que le viene de esa misma claridad que baja sobre nosotros, irradiante y cálida, del imponente misterio de la muerte.

Y sería tambien delito, sin nombre y sin absolución, corazón y espíritu brasileño ver ocultarse para siempre, en el frío seno de la tierra, el cuerpo del amigo y del aliado más valeroso y noble de su patria, sin decirle, en el momento augusto, el supremo adiós de gratitud.

Estamos, señores, delante de la historia—de vuestra historia argentina y de nuestra historia sudamericana. En ese cuerpo inanimado por la ley superior de aniquilamiento de las cosas, palpita casi un siglo de emociones humanas, políticas y sociales en el radio geográfico de nuestra América. Su acción vital llenó la historia civil y militar de vuestro país y muchas páginas del nuestro.

Como Lafayette, como Bolívar, como San Martín y como Garibaldi, su anhelante espíritu de luchador incansable franqueó los límites de la patria y fué, en lejanas tierras, á sembrar el sentimiento de libertad; pasando por todas partes con la serena majestad de un astro, dejando en cada cielo el áureo surco indestructible de su alma.

No hay por qué hacer en este momento el elogio de su personalidad, ni comentar el alcance político y humano de su obra. Intentarlo sería pretender la definición de la luz.

Para alegría del alma, para sosiego de nuestra conciencia de admiradores y hermosura de nuestro culto, basta que sepamos que su espada de soldado, tantas veces refulgente al sol en los campos de batalla, no obedeció jamás á las sugestiones de la bárbara virtud del heroísmo militar, sino á las inspiraciones más altas del sentimiento civilizador; y que su pluma de político, de filósofo, de historiador y de poeta, fué siempre el cincel finísimo que en talla dulce y firme grabó el carácter y las aspiraciones de la nacionalidad.

Arquitecto feliz, él ha podido gozar en vida ese divino orgullo del creador que ve surgir del caos, en realidades palpables, las concepciones de su genio.

El espíritu de Mitre, hoy más que nunca actuará sobre vosotros, dejando como la aguja de un inmenso fonógrafo, indeleble, la impresión vibrátil y sonora de sus propios ensueños, que irán, á través de los tiempos y de los accidentes de la historia, repitiendo en el disco de vuestra alma la canción del amor y del trabajo, móviles y objetivos supremos de la vida, y de que él fué el prodigioso y continuo apóstol.

Mitre:

Fuístes el soldado de la libertad; fuístes el educador

demócrata de Sud América; fuístes el hidalgo caballero, noble y bueno, de tu tiempo.

La muchedumbre se inclina ante el soplo vivificador de tu alma, fecunda y ardiente, como los trigales de oro de las llanuras argentinas, al empuje victorioso del pampero; y al dejar esta mansión de sombras, pero también de esperanzas, graba sobre la tumba en que reposas, como definición de la triple modalidad de tu persona, estos soberanos versos del cantor florentino, que un día, tú mismo, traducistes:

Tu duca, tu maestro, tu signore

Y al apartarme yo de estos sitios en que tú te quedarás durmiendo en la serenidad de tu gloria, te ofrezco, general, como tributo humilde, estas palabras, que salen de mi pobre boca, como un eco lejano del alma de Quintino Bccayuva, que se templó en la tuya y que, abrumada en esta hora de duelo, sufre por el dolor con que tu partida afiije el corazón latente de América, ciñéndolo con una cadena hecha de admiración y de «saudade».

Del Dr. Mauricio P. Daract, por el gobierno y pueblo de San Luis

El gobierno de la provincia de San Luis, considerando un deber el honrar la memoria de los benefactores que contribuyeron en primera línea á la unión de la patria, para reproducir algunos de los conceptos del decreto respectivo, me ha conferido la representación de esa provincia en este acto en que la nación, otras provincias hermanas y varias repúblicas vecinas, han querido hacer una manifestación de sus sentimientos de hondo pesar, ocasionados por la muerte del eminente patricio cuyos despojos mortales contemplamos con el espíritu embargado por el recuerdo de la prolongada y fecunda actuación de aquél en la agitada vida nacional.

No debo detenerme en el exámen de las distintas faces de esa actuación; se ha hecho ya en diversas ocasiones, se hará en lo presente por palabras más elocuentes y

autorizadas que la mía, y la historia lo hará á su vez mañana, confirmando, lo espero confiadamente, el fallo contemporáneo de propios y extraños, que coloca al general Mitre entre las figuras más descollantes de su época por la obra que llevó á cabo, la duración de sus servicios, los elementos de que dispuso, su ejemplar desprendimiénto y la elevación invariable de sus propósitos.

La nación, por el órgano de los representantes de sus tres poderes, acaba de reconocer solemnemente los méritos del extinto y sus múltiples títulos á la gratitud nacional.

El general Mitre como historiador tuvo para San Luis palabras justicieras en las páginas inmortales de sus libros, determinando la manera cómo estaba llamada á contribuir, y lo hizo, á la obra de la emancipación; y como hombre público, antes y después de describir con mano maestra la acción del ejército de los Andes, había tenido también, en el gobierno y fuera de él, justificada simpatía por esa sección de la patria, que, alejada de los grandes centros de riqueza y de cultura, teatro de frecuentes disturbios y en contacto inmediato con el enemigo interno de la Pampa, llevó durante tantos años una vida azarosa, de atraso y sufrimientos.

Inmenso contraste hay ahora entre las vastas extensiones de fértil tierra entregada al trabajo, poblada y cruzadas por vías férreas, y los desiertos de no ha mucho; y aunque en justicia debe reconocerse que otros buenos servidores del país han concurrido eficazmente á tan rápida y feliz transformación, así como en otros puntos de la Repúca, cupo á la administración presidida por el general Mitre, la gloria de la iniciativa, entre otras medidas de trascendencia, de la supresión por el riel civilizador de las distancias interprovinciales, y con ella el principio de solución de gravísimos problemas de orden interno.

La tarea llenada por el general Mitre en el período extraordinario, durante el cual ejerció sobre los destinos del país una influencia pocas veces alcanzada y conservada en el seno de las democracias, merecía ciertamente los honores que estamos tributando á su memoria, realzados por la participación en ellos de naciones amigas y de los hermanos residentes, como él calificó á los hombres que

han venido á formar su hogar honrado en la República, donde encontrarán siempre, al amparo de nuestras leyes, y más que nuestras leyes, de nuestros cordiales sentimientos, una segunda patria, grande, progresista y justa, servida por hijos que tienen modelos en que inspirarse, y tradiciones, tendencias é ideales á que serán fieles.

Del Doctor Carlos Baires, por el Círculo de la Prensa

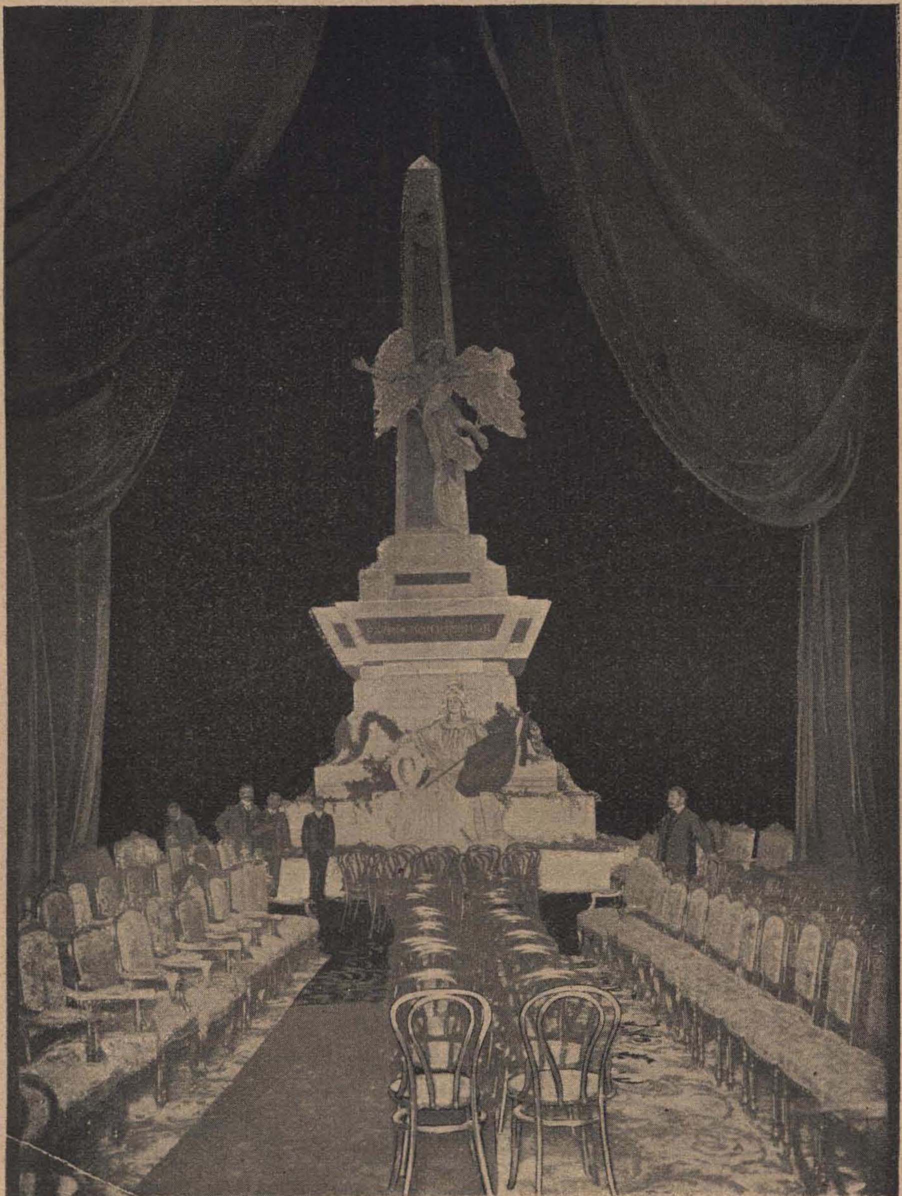
Señores: Pertenecientes al primer siglo de nuestra historia, la suerte nos ha deparado conocer á uno de sus más grandes hombres, tributarle el homenaje de nuestra admiración y expresarle hoy, el de nuestra despedida en este momento solemne, que es de tristeza, de recogimiento y de luto para la República.

En esta hora discierne la nación agradecida al general Mitre la confirmación de inmortalidad que ya le adjudicara hace algunos años al calor del sentimiento popular conmovido por la labor fecunda de este hombre que dedicó toda su vida al servicio de la patria.

Comenzó á servirla casi desde niño en los campos de batalla en que se combate con la espada; en los del pensamiento, en que se combate con la pluma; en los de la lucha cívica, en que se combate con la inteligencia, con la virtud y el sacrificio para hacer obra de fundación en el presente y en el porvenir.

El general Mitre ha sido en efecto un fundador. Después de la independencia sobrevino para nuestro país ese período que es la primera edad de los pueblos hecha de desconciertos, de heroísmo y de grandes anhelos. El general Mitre cerró esta época con la unificación nacional y anunció desde entonces la futura grandeza de la república, una y fuerte, á la cual pronto vendrían, en largas caravanas, los hombres del mundo entero para entonar en sus campos y en sus ciudades el himno del trabajo, sagrado y redentor....

Mitre terminó la tarea de San Martín, de Belgrano, de Moreno, de toda esa legión heroica que puso la primera



Los funerales — El túmulo en la Catedral

piedra del vasto edificio de nuestra nacionalidad. ¡Qué feliz habrá sido su emoción al contemplar esta aurora que creó con su talento de político ycon su corazón de patricio nacido para cumplir grandes destinos!...

Desde entonces, el general Mitre perteneció á la inmortalidad, pero si la obra fundamental, había terminado mucho debía hacerse todavía para consolidarla y mejorarla. Después de la fundación institucional debíase organizar el mecanismo de la nación y á ello consagró sus esfuerzos, hora por hora, este espíritu grave y austero que nunca conoció el descanso ni el desfallecimiento.

Pero tuvo que interrumpir la tarea para mandar ejércitos y conducirlos á la victoria, este viejo soldado que ya había oído las dianas triunfales de tres naciones. Y fué tan estóico y sereno en los campos de batalla como en medio de las turbulentas asambleas populares....

En esta vida que enseñaba con su ejemplo no hay miserias, no hay decadencias, no hay inferioridades. Si alguna vez tuvo que imponer su autoridad de mandatario responsable dejó oir su consejo en momentos indecisos, la filosofía de la historia dirá que nunca fué pequeño, ni dominante, ni interesado, ni distraído por la mezquindad tan común en los espíritus vulgares. Fué creador y dirigente, inspirado por las ideas del bien y de la verdad como las entendió con su inteligencia genial. Comprendió y supo ejercer el arte difícil de persuadir á los hombres y á los pueblos antes de conminarlos con la voz de orden de la ley. ¡Por eso tambien fué tan querido, porque á su poderoso talento y á la rectitud de sus intenciones, unía esa profunda sensibilidad que es la fuente de toda simpatía y que ilumina las existencias de estos elegidos de Dios!...

Ahí están en su obra de poeta dos puntos indicadores: el salmo de la Viña de Longfellow que tradujo á nuestro idioma, el canto vibrante de la energía, del trabajo y de la creencia y «A mi hija Delfina», que es la canción á todas las ternuras del hogar...

Como historiador legó al pueblo y á la ciencia la leyenda patria en grandes libros luminosos y educadores pa. ra mostrar que conocía todas las necesidades del país, que tenía todos los talentos, que poseía el don de una prodi-

giosa y útil actividad y que todas las glorias le eran familiares.

Sintió que debía difundir entre el pueblo muchos principios de orden y muchas enseñanzas hablándole en ese lenguaje sencillo, comprensible para las masas, y fué periodista. Periodista en el Uruguay, en Chile, en el Brasil y en nuestro país, desempeñó la elevada misión de los publicistas de esta época, dijo su pensamiento, comunicó su alma en la hoja diaria y su palabra fué siempre serena, elocuente y persuasiva.

Mitre cumplió su deber como lo cumplen los hombres únicos y grandes destinados por la Providencia á contribuir á la felicidad de los pueblos.

Todas las agrupaciones que forman la sociedad le deben gratitud y admiración, pues su obra abrazó todo el horizonte. Por eso es que el Círculo de la Prensa me ha encomendado expresar en esta hora definitiva el luto y el profundo dolor que siente ante este muerto ilustre, el periodismo nacional.

Del Intendente Municipal señor Roseti

Excmo. señor presidente, señores: En esta hora de luto para la familia argentina,—y bien podemos añadir con agradecido orgullo, para la familia sudamericana, que fraternalmente nos conforta y acompaña en la austera congoja y en la solemne consagración de esta entidad augusta, —en esta hora de luto, ha correspondido á la ciudad de Buenos Aires encabezar el duelo nacional, por su doble condición de hermana mayor de la familia y de cuna del prócer. Por eso es que á su nombre mi voz viene á unirse un instante, no al solemne concierto de la elocuencia, sino al coro intensamente sentido de las lamentaciones populares, para decir con ellas la verdad del sentimiento y del dolor de la ciudad materna, en cuyo corazón la cruenta pena por la muerte del grande y amado hijo, se confunde con la íntima satisfacción de esta apoteosis, en la cual, como si para honrar á nuestro noble muerto se hubiesen

trastornado las eternas leyes de la naturaleza, en vez de un sol que se pone ven nuestros ojos mortales un sol que asciende gloriosamente en los cielos de la inmortalidad!

¡Ha muerto Mitre! ¡Viva Mitre! Así podría, señores, en esta sencilla antítesis traducirse el pensamiento del pueblo de Buenos Aires, al recibir la infausta noticia de que el patricio venerado había cerrado los ojos á la luz de la vida terrena. El grito de ¡Viva Mitre! que tantas veces, durante tantos años, á través de tres generaciones porteñas, ha nacido del corazón y brotado vibrante de los labios de las multitudes, flotando sobre su destino como una esencia de los hondos anhelos y las grandes pasiones populares, ese grito, señores, sería el que ahora mismo brotaría con preferencia del alma entristecida de todo este inmenso pueblo que rodea el cadáver de un glorioso muerto; porque en ninguna parte, señores, digámoslo bien alto para su honor y nuestro regocijo, en ninguna parte, ni sobre el pedestal que sostendrá su estatua, ni en la página de historia que llenará su nombre, en ninguna parte, en ninguna cumbre, estará tan vibrante y tan alta la figura inmortal de Mitre como en el corazón de su pueblo; de este pueblo que sucesivamente lo ha admirado como á un paladín, lo ha aclamado como á un héroe libertador, lo ha escuchado como á un maestro, lo ha seguido como á un guía y lo ha honrado como á un patriarca! El íntimo, respetuoso, tierno é indestructible amor de su pueblo, ha sido, sin duda, señores, la más envidiable y la más indisputable conquista de este conquistador, que ha sabido dominar, amansar, iluminar y levantar el alma bravía de las multitudes con todas las luces de la razón y con todos los calores del sentimiento! Por eso, señores, al despedir á Mitre en nombre de la ciudad de Buenos Aires, me honro en afirmar, que la augusta memoria de nuestro gran patriota puede esperar tranquila el monumento nacional, que muy pronto la ciudad materna enseñará á las gentes, porque antes que el monumento visible y material se alce en la plaza pública, el monumento de Mitre existe ya, sólido como el granito y eterno como el tiempo, en el corazón de sus conciudadanos.

He dicho.

OTROS DISCURSOS

Del Dr. Belisario Roldán

(EN LA BOLSA DE COMERCIO)

Señores: Al borde de la tumba que acaba de abrirse no se llora. Algo hay más alto que el dolor. Las lágrimas traducirían esta vez una emoción subalterna. No, pues el vano lamento ni la inútil protesta contra el decreto providencial: no tampoco un obscurecerse de los cielos argentinos ni un melancólico palidecer en los colores del pabellón... En la leyenda árabe, las flores todas del huerto languidecieron de súbito ante la desaparición de la virginal jardinera que las plantara: en la luminosa realidad nuestra, todas las energías nacionales, orquestadas por él en la magnífica sinfonía definitiva, debieran estallar en un himno varonil y bendito, saludando la incorporación á la gloria de aquel que fué Padre y Maestro, de aquel que elevó su grandeza á la expresión más alta del laurel, de aquel cuya vida comienza bajo una blusa de tipógrafo y termina bajo una constelación de inmortalidad, de aquella criatura peregrina que honró á la especie poniéndose ella misma rás con rás de la profesión absoluta...

Serénate, pueblo—pudo decírsele desde el túmulo sagrado—no estamos en presencia de una muerte: estamos en presencia de una ascensión. Este día de hoy, es como el Sábado de Gloria de tu encarnación soberana... Tañen allá lejos invisibles campanas: quién sabe qué flores se abren en quién sabe qué olímpicos vergeles, y el pórtico de la casa de la muerte dijérase un arco de triunfo, bajo del cuál acabara de pasar una vida!

Él no podía morir. Vivirá en nuestras almas, agitándolas en supremos estremecimientos de justicia y de bondad; vagará su espíritu en esta tierra americana como el incienso en los templos de Cristo, y pues, que acaba de transfigurarse en astro destinado á iluminarnos por igual, su luz presidirá las altas palpitaciones del pensamiento nacional y, materializado por la enérgica evocación de las almas, su figura evangélica flotará sobre el hogar del más humilde de todos nosotros... Ahora le veremos más y mejor, porque así como para abarcar la montaña en toda la amplitud de sus líneas es menester alejarse de ella, así también para admirar en todo su esplendor estas vidas de culminación, es fuerza que la muerte realice la paradoja aparente de imprimirles el sello de la vida, presentándolas altas y solas, intáctiles y transparentes, en el plano superior de la inmortalidad.

Ahora le veremos más y mejor. El mármol y el bronce prodigarán doquiera su figura; y en las ciudades, en las aldeas, en las villas, en las campañas, el pueblo se agrupará en torno de la imagen del predilecto, que alzará aquella su larga silueta impresionante, el busto agobiado como si lo abrumara el peso de tantos lauros, yo no sé que evocación del Nazareno trasuntando en el perfil fugitivo y marcada la frente por esa señal gloriosa que semejaba un escudo de armas nobles coronando el pórtico de un palacio de patricios...

¡Ah, digámoslo, señores: fué el primer varón contemporáneo; y se siente la necesidad de mirar hacia Dios en acción de gracias, al evocar el momento preciso de su aparición en el escenario argentino... Agitábase la incipiente democracia bajo la influencia alternativa de los caudillos y los hombres de estado, sin que las calidades de los unos y los otros, más contradictorias que concordantes, acertaran á conjugar en uno solo. ¡En él conjugaron; y el ungido de las muchedumbres ardientes, sabía abandonar su tribuna de la calle para reintegrarse, silencioso y sereno al gabinete de estudio; y cuando aun vibraban en la plaza los ecos de los últimos delirios, el caudillo había abierto ya sus libros é inclinado la frente pensadora sobre el yunque de luz! Fué el primer varón contemporáneo; el primero por su efi-

cacia; por la interrumpida ponderación de su personalidad; por la perfecta extensión de su ciclo, que tiene la rotunda amplitud de una buena cláusula oral y por su vinculación con esta grandeza argentina, que es á tal punto obra suya, indiscutible original de su copiosa acción determinante, que si fuera posible simbolizar en un bronce esa grandeza, —debajo del bronce, donde va la firma bien grabadas estuvieran las cinco letras de su apellido!

¡Vida ésta ante cuya multiplicidad de fisonomías y acentuaciones habrá de detenerse absorta la pluma del biógrafo de mañana; vida esta, señores, ante la cual qué había de poder la muerte!

Nace,como todos los predestinados de la historia, entre las privaciones de un hogar humilde, á la manera de Lincoln en su cabaña de Kentucky; y á semejanza de este último, que apacentaba rebaños en los valles de la comarca natal, doma potros en esa llanura porteña que había de cruzar más tarde al frente de los ejércitos vencedores. Forja su carácter en las amarguras del destierro; vaga por extranjeros pueblos, llevando como un inspirado la palabra de protesta contra el despotismo y la palabra de confianza en el porvenir; trabaja para ganar el pan de cada día y la actividad está absorbida por la ineludible tarea, pero la pupila «quieta y brava» se ha clavado en la patria lejana y doliente... Agítanle nostalgías infinitas; llega, se vuelca todo entero en la tarea superior; hecha sobre sus hombros la misión bendita de organizar la despedazada nacionalidad; se apodera del alma de sus muchedumbres, las comprende, las conoce, las ama, las sigue, las guía, las reasme, las interpreta, las simboliza, las armoniza, las encarna, las refleja, las lleva y las eleva; señala todos los rumbos, traza todas las orientaciones, marca todos los derroteros, abre todas las brechas y derrochándose en un prodigioso desborde de actividades, está presente,—como el soplo invisible en todo lo creado,—está presente, arriba y de vanguardia, en todas las rotaciones de la levantisca nacionalidad... Se alza, bien es cierto, radiante de eficacia: ámanlo en la calle por varonil y espontáneo; témenlo en la guerra por calculador y bravío; respétanlo en los parlamentos por erudito y sagaz; admíranlo en las ciencias por investiga-

dor y profundo; apláudenlo en las letras por creador y castizo; señálanlo en los hogares por modelo de virtudes—y así, con este bagaje irresistible, trabaja, actúa, piensa, escribe, acaudilla, guerrea, discute, educa, siembra, cosecha, organiza y edifica... Ve realizarse, uno por uno, todos los ideales de su vida; y como que es la encarnación viva de su pueblo, á medida que la turbulenta democracia se ha ido serenando, las arrogancias del caudillo se han ido desvaneciendo, el gesto del guerrero se ha borrado, las brusquedades del luchador se han diluído en tolerancia y la figura ha concluído por plasmarse en una luminosa suavidad de evangelista... Cuando comprende que debe cerrarse el período de su actividad necesaria, se retira para que la vejez lo reciba dulcemente en su seno, y desde la eminencia de su ya glorificada ancianidad, mira, con una casta sonrisa de abuelo feliz el brotar de los retoños vigorosos y el multiplicarse de las progenies robustas... Ha cumplido su misión sobre la tierra; está aureolado de canas; ha visto desfilar ante sus ojos tres generaciones de hombres; ha gobernado á su país, lo ha gobernado mucho tiempo, ora desde el sillón presidencial, ora desde el solio de su retiro,—que no necesitó ceñir siempre las insignias del mando aquel cuyos gestos llegaron á valer decretos, y cuyas alabanzas valieron consagraciones: ha construído, hilada por hilada, el monumento común, y, más grande él mismo cuanto más grande la patria de sus insomnios, muere cuando la unidad nacional es un hecho inflexiblemente cierto; como si el destino no hubiera querido velar sus ojos para siempre sin antes embriagarlos en la contemplación del soberano ensueño realizado!

Hombre providencial, se ha dicho y se ha dicho bien. ¿Será que esta misma previsora naturaleza que atenúa sus propios rigores con la ternura de sus propios recursos, que pone el oasis en medio del desierto, que hace brotar el agua cristalina tras el largo arenal interminable, que brinda al aterido poblador de las regiones frías del norte el alimento ardoroso y tonificante á la vez que la fruta jugosa y fresca, al de las maniguas tropicales,—será, decía, que esta misma previsora naturaleza dirije, á nombre de quien sabe qué solícitas é invisibles paternidades, el advenimien-

to á la tierra de los grandes misioneros humanos, de estas criaturas de excepción venidas al mundo como con el mandato imperativo de traducir en «magna facta» las intergiversables voluntades del destino? Es acaso esa misma invisible paternidad la que da á los romanos un Marco Aurelio, para que ilumine el trono con sus virtudes; á los griegos un «enviado de los dioses» para que bajo su inspiración florezca todo el genio nacional; la misma que pone un mundo en el cerebro de Colón y completa su obra dibujando una sonrisa de inteligencia y de bondad en el labio de la Católica; la misma que da á los irlandeses un O'Connell para que su grito de protesta se perpetúe en el tiempo y el espacio; á los franceses un Gambetta para que la república no muera; á los italianos un Cavour para que la unidad se salve; á los americanos del norte un Wáshington para que el Nuevo Mundo se imponga al respeto del viejo; á los argentinos un San Martín para que la independencia deje de ser un sueño, y á la republiqueta gauchipolítica un Mitre para que precipite su evolución hacia la luz!

¡No, él no ha muerto! Mitre, el viejo árbol nuestro, cuyas raíces han penetrado tan hondo en la tradición argentina como las del «guernica-arbola» en el alma vascongada; Mitre, el viejo árbol nuestro, eternamente verde porque lo recorre y refresca el jugo nutricio de un cariño inextinguible; Mitre, el viejo mirto coposo á cuya sombra viven cinco millones de hombres que acaban de confederar sus corazones en una sola palpitación de amor para el patricio; Mitre el nuestro, el predilecto, el grande, Mitre no ha muerto! Y sin que la voz tiemble, como ante un altar divinamente humano, oremos, Pueblo, la viril plegaria de hoy:

Padre nuestro; Señor de las agitadas horas liminares, al través de las cuales cruzó tu imperturbable serenidad de repúblico como un astro sobre un campo de batalla; Caballero de la benignidad y la concordia, á quien ni las tiranías del medio semibárbaro, ni el somatén de las turbulencias diarias consiguieron disminuir un momento el inmutable equilibrio de tu numen; electo de este gran corazón argentino que hiciste de tu vida un modelo y de tus balcones un altar á cuyo pie se agruparon las nerviosas

multitudes para recibir el Verbo inspirado, que á veces cayó sobre las cabezas como riego bienhechor en campo seco; insuperada conjunción de todas las virtudes nativas, tan exuburante de gravitaciones irresistibles que sin hablar, sin accionar, sin erguirte, sin aparecer—con sólo vivir—ejercías, á la manera del sol sobre los mundos del sistema, el imperio dinámico de la total armonía: joven cuya juventud brilló con todas las madureces de la vejez; viejo en cuya vejez relampaguearon todas las primaveras de la juventud; guerrero á cuyas manos confió la providencia el depósito de la civilización latinoamericana en ese Lepanto terrestre del estero paraguayo, donde tu noble cara plácida se iluminó en un magnífico gesto de bravura bajo el incendio de las trincheras bárbaras; vencedor para quien la victoria no daba derechos, pero cuya victoria sobre los corazones y las conciencias le acuerda el supremo derecho á las consagraciones del corazón y la conciencia: sabio que llevaste tu pensativa curiosidad á todos los rincones de la ciencia: primero y último y único de nuestros historiadores que supo darnos la explicación económica de la Revolución de Mayo: Patriarca que pudíste un día alzar el índice sobre ciento cincuenta mil hombres y agitando en la diestra el chambergo histórico salmodiar con voz alta y pura el Decálogo de la libertad y del derecho; serenísimo señor que guardaste durante treinta y cinco años un secreto capaz de desvanecer las últimas sombras de tu corona y hablaste al fin mansamente, habláste al fin con unción sacerdotal, habláste al fin con bíblica sobriedad; anciano en cuyos ojos brillaban como en un espejo todas nuestras glorias: pecho en cuya víscera repercutía como en una síntesis todo nuestro himno; cima moral la más alta de tu hora y de tu raza: cima moral surgida de entre el chocar de las pasiones bravías, como se altiva en cumbres la planicie cuando la hiere la trepidación del terremoto; Padre, Maestro, Precursor, Apóstol, Evangelista, Patriarca y sobre todo y ante todo y más que todo bueno, bueno, bueno... Sube ahora, elévate, asciende, danos tu alma y tu numen, transfigúrate en luz, desvanécete en núcleo, magnifícate en astro, constélate en sol... Sé para nosotros los que quedamos, la lumbre propicia que nos guíe en las ho-

ras supremas de la tribulación y el desconcierto; inspíranos, Señor, que aquí, en el seno de esta tierra que te amó como pueblo alguno del mundo amó jamás á un hombre, tu recuerdo retoñará eternamente en las notas graves y pausadas del himno de la patria; en el tremolar de todas las banderas de la República: en las más selectas vibraciones del corazón argentino; en la interrogativa perplejidad de los niños y en la escrutadora retromirada de los viejos; en el brillo de nuestras lágrimas y en las dianas de nuestro despertar seguro; en el alma de nuestros jóvenes soldados y en la de nuestros aguerridos veteranos; en la voz de mando del estratega de mañana y en la doliente evocación del inválido de hoy, que se dobla como un mástil roto «de aquella iglesia á la puerta...»; en cada gajo de laurel que se doble sobre una frente y en cada jineta que se enarque sobre un brazo; en las tribunas y en los estrados, en las aulas y en los cuarteles, en las victorias, en las derrotas, en las alegrías, en las amarguras y hasta en el zumbar de los vientos sobre esa pampa porteña sobre cuyos llanos enormes recibió tu cabeza de adolescente el beso de todas las auras puras y el bautismo de todas las brisas sanas!

Señores:

Ha entrado en la inmortalidad, que es la negación de la muerte, porque es la negación de la ausencia, opulento de títulos,—como de velos una novia al templo... No ha muerto: ha comenzado á reinar: Q. E. P. reine.

He dicho.

Del doctor Estanislao S. Zeballos

(EN LA PLATA)

Señores de la comisión, señoras, señores: Los que han visto partir al general Mitre, con un sentimiento sincero agradecen á la comisión y á esta distinguida asamblea el recogimiento y la forma solemne con que despiden al pró-

cer ilustre, que no es ciertamente la forma ni el color con que se manifiesta la simpatía á los vivos.

Honrado con el altísimo encargo de abrir el acto, no me corresponde ni intentar siquiera el bosquejo de la biografía del general Mitre, que se difunde en la historia de 65 años de la vida politica, militar y literaría de tres cuartas partes del Nuevo Mundo, y salva todavía las fronteras nacionales para llegar hasta el hemisferio del Norte, donde la Hispanic Society of América de Nueva York, que le nombró su alto consejero, en vida, le ha deshojado flores en la hora de la muerte. Sólo me corresponde invitaros á contemplar su ascensión cuando culminando en el firmamento de la patria cae en el dominio de la historia universal.

Antes de que hubiera tenido lugar la emancipación americana—revolución trascendentalísima en la historia—primero la Inglaterra y la Francia, después en 1789, habían consumado en Europa la revolución; pero ni la Inglaterra ni la Francia pudieron fundar la libertad en su concepto más amplio, porque tenían la aristocracia en su seno, que estaban obligadas á conservar y con la cual debían desenvolver su acción gubernativa. La revolución americana fué la primera que logró fundar la libertad política, porque no teniendo aristocracia, la entregó á la dirección individual y colectiva de los ciudadanos libres, con cuya acción pudo desenvolverse el coloso, que es el asombro de este siglo.

La revolución americana. desde Nueva York á Buenos Aires, se ha realizado casi simultáneamente, porque los períodos de tiempo que las separan son demasiado breves para aislar sus acontecimientos, y si profundizamos en su desarrollo llegaremos á la conclusión de que los hombres del Potomac y los hombres del Plata son los únicos que han sabido fundar civilizaciones perdurables y definitivas que influyen ya en los destinos humanos.

Los hombres del Potomac estaban inspirados por la superstición patriótica á que deben aspirar los grandes pueblos. No se concibe, en efecto, pueblos sin la concepción de algo más allá de la vida propia de cada ciudadano. Aquella superstición es lo que la historia americana cono-

ce con el nombre del «destino manifiesto» de la Unión. En una hora de crisis nacional suprema, cuando grandes incertidumbres agitaban á los ánimos, un brindis pronunciado en un banquete retempló el alma nacional—«Brindo, dijo uno, por los límites futuros de la patria, al norte las Auroras Boreales, al Sur el Polo Austral, al Este el Sol naciente, y al Oeste el Sol poniente»—y este voto, que pudo ser criticado por pueril ó exagerado, fué, sin embargo, acogido por el pueblo con una especie de fervor religioso, de verdadero fanatismo subyugador, se apoderó de todas las mentes, del palacio á la cabaña, enardeció todos los corazones y sintetizó los ideales nacionales, á cuya realización diplomática asistimos, porque la influencia americana se agita ya con energía en todas las regiones del globo. Los hombres del Potomac son, pues, los fundadores en América de una civilización que marca el acontecimiento más trascendental de la época moderna.

No fueron menos esforzados los obreros de la independencia de Méjico, de Hidalgo á Juárez; pero su afán ha sido negativo para la libertad. Ese noble pueblo no es libre y ha tenido que resignarse á soportar una presidencia imperial, que se reproduce de sí misma, como las plantas seculares de su propio jugo.

Al sur de Méjico, Bolívar actuó sobre otro grupo de repúblicas que todavía están luchando por su independencia; unas bajo la presión periódica de amenazas ó de intervenciones extranjeras; otras en la incertidumbre de sus propias desgracias intestinas.

Otra región de América que cubre casi las tres cuartas partes del continente austral, fundó una nacionalidad como un retoño monárquico, para servir á los intereses de la corona de Portugal. No fué una independencia libertadora, sino conservadora y opresiva, la del Brasil.

Nació, en efecto, como una inspiración desesperada de don Juan V de Portugal, cuando expulsado por el mariscal Junot, mandó á su hijo don Pedro á América, diciéndole: «Conserva la corona del Brasil para Portugal, si puedes, y si no puedes, consérvala para tí». El hijo siguió el consejo del padre, asumiendo la corona para sí mismo,

con independencia de Portugal, y cuando, en 1823, convocó al pueblo brasileño para elegir una constituyente que redactara la constitución, la mayoría de la asamblea resultó republicana, y fué disuelta para conservar la monarquía. La hemos visto perpetuarse con el nobilísimo y paternal Don Pedro durante 66 años; pero una institución de tal suerte débil y exótica en el Brasil, que bastó un gesto de Bocayuva y la herida leve inferida por un teniente al ministro de guerra para que desapareciera sin resistencias y sin que una sola espada brillara en su defensa. El Brasil, comienza pues, ahora con la república una nueva era de libertad, no exenta de dudas, de complicaciones y de peligros.

Los hombres del Plata entraron en acción con un verdadero «destino manifiesto». Dotados de una cultura más clásica que política, todo lo improvisaron: ideas de gobierno, soldados, generales y armamento, y de triunfo en triunfo fundaron la independencia de Chile, del Uruguay, del Paraguay y del Perú, con sentimientos recíprocos de concordia y de civilización. Los hombres del Plata, pues, han contribuído al perfeccionamiento de la humanidad, y entre el grupo de esos hombres fundadores tiene su sitial el general Mitre.

El surgió á la vida en el heroico estado de Buenos Aires. La vida de los grandes hombres, como los acontecimientos humanos, son síntesis históricas, simbolizadas á menudo por una fecha. Hoy 3 de febrero de 1852, se cumplen cincuenta y cuatro años que surgió al escenario nacional, sobre el campo de batalla de Caseros, la nueva figura del prócer, que había de imprimir hondas evoluciones á la política argentina.

El período extraordinario de su desarrollo puede ser llamado, pues, de los diez años, cuyos jalones históricos son Caseros en 1852 y Pavón y sus consecuencias en 1862.

Caseros no marca solamente una de las grandes etapas de nuestras dolorosas contiendas históricas y políticas. Caseros, es el punto inicial de la nueva era de transformación y de riqueza, á que asisten casi asombradas las generaciones presentes.

Después de más de cuarenta años de lucha sangrienta el país, dueño de su destino, se encontró en presencia de dos hombres extraordinarios: Mitre, que llenaba el escenario de la grande y rica provincia de Buenos Aires; Urquiza, el presidente de la Confederación, el vencedor, cuyo nombre culminaba dentro y fuera de los límites del Plata!

Los acontecimientos y los prestigios brillantes de esos hombres, los arrastraban á la arena en la cual se desarrollaba la lucha de Buenos Aires con la Confederación. Esta guerra civil—cuyos exponentes eran Mitre y Urquiza—tienen causas profundamente más graves y complejas que las enseñadas á la juventud por los improvisadores de la política y de la historia. Fué la resultante natural de largos antagonismos y desequilibrios sociales, políticos, económicos y financieros, y hasta de educación personal, cuyo choque produjo la tormenta política, como estalla el rayo en las alturas.

Pero unos y otros desplegaban una bandera de lucha. Los de Buenos Aires querían que todas las situaciones de provincia que habían servido á Rozas fuesen popularmente constituidas bajo los auspicios de la nueva situación nacional. Urquiza y los confederados sostenían la conservación de esas situaciones y la convocación de una constituyente que presidiera los destinos del país y su reorganización constitucional.

Era tan grave la disidencia planteada en 1852 en el campamento de Palermo, que se reproduce todavía con las mismas tendencias y con muchos de sus mismos actores. El ministerio del Valle, en efecto, subió en 1893, con la bandera de disolver, por la razón ó por la fuerza, esas situaciones que respondían á la influencia del general Roca; y la exigencia y la lucha se renueva bajo la presidencia Quintana. En 1852 y en 1893 los reformadores fueron aplastados. ¿Cuál será el desenlace de la lucha actual?...

El general Urquiza salvó á las situaciones locales, convocando rápidamente el acuerdo de San Nicolás, un verdadero congreso de gobernadores, al cual, asistió de Buenos Aires D. Vicente López (padre). Buenos Aires le contestó con la revolución del 11 de Septiembre de 1853, en cuya mañana fué echada á vuelo la campana del Cabil-

do, tañida por el querido maestro Miguel Esteves Seguí, y que nadie había osado repicar desde la convocatoria del pueblo contra el virrey en 1810.

La revolución del 11 de Septiembre de 1853 proclamó la separación de Buenos Aires de las provincias. El estado de Buenos Aires se declaró independiente.

Fué la del 11 de Septiembre una revolución oficial, consumada por el partido que gobernaba la provincia. Solamente cuarenta jóvenes del pueblo respondieron al llamamiento á la plaza de la Victoria.

La opinión pública estaba muy dividida cuando aquel acontecimiento lanzó de nuevo al país á la lucha intestina. Pero ambos campos se cobijaban bajo una enseña patriótica. El general Mitre proclamando la idea de la nacionalidad; Urquiza movía sus lanceros con el mismo ideal. Diferían los medios y los intereses para llegar al mismo fin; y era el caso de preguntarse ¿existían entonces un pueblo y una nacionalidad argentinos?

No existían en verdad; eran conceptos vagos alimentados por los genios de la política, pero no comprendidos ó mal comprendidos por la mayoría del pueblo. Y las razones de esta afirmación son tan profundas como claras.

Nuestra constitución colonial había sido unitaria con eves trazas de autonomía local. El virreinato, las intendencias y los cabildos dan su fórmula. Pero esta organización era un aro cerrado de centralismo, porque todo tenía su comienzo y su fin en la autoridad del rey.

Cuando rompimos los vínculos con la autoridad suprema, cuando proclamamos la independencia, carecíamos de ideales de nacionalidad, de la cultura, de la proximidad territorial, de la homogeneidad de los pueblos, de los hombres preparados, de la opinión disciplinada, necesarios para fundar una unidad nacional. Por eso la independencia proclamada con un ideal de nacionalidad, produjo un efecto contrario: dió nacimiento á los localismos y á los caudillos. Ellos han sido las fuentes naturales, lógicas y científicas, de nuestras desgracias.

Escasa la población, sin afinidades inmediatas y esparcida en un vasto territorio, dividida por desiertos á veces infranqueables, cada grupo se replegó sobre sí mis-

mo á la expectativa los unos, hoscos los otros, todos temerosos en la inseguridad. Y en la incertidumbre general, la rica metrópoli de los virreyes quería continuar mandando, porque era la sede natural del poder moral y económico; pero los pueblos lejanos y pobres sentían celos, no atenuados por vínculos estrechos, y preferían rodear á sus caudillos al pie de sus campanarios, produciendo una situación de anarquía real ó latente, extraña al ideal de la nacionalidad y de la unión.

Los hombres de la década histórica tuvieron, pues, que luchar por la formación á la vez del órgano y de la función; se esforzaban por cultivar desarrollar y defender un alma, un pueblo, un territorio nacional argentino. Y Mitre en Buenos Aires y Urquiza en el interior, resistiéndose entre sí, eran á su vez profundamente resistidos dentro de sus propios campos.

He dicho, en efecto, que el núcleo de los ilustrados estaba profundamente dividido á uno y otro lado del Arroyo del Medio.

El general Mitre había llegado á ser el *leader* de Buenos Aires, más por la fuerza de los acontecimientos que por la voluntad de sus émulos y amigos. Era el orador y la espada, el expositor y el modelador de la obra de la resistencia local, y luchaba en la ciudad y campaña de Buenos Aires con una oposición formidable, la oposición de todas esas tradicionales y ricas familias que habían amado ó servido á Rozas y que continuaban leales á los caídos, con quienes mantenía inteligencias ó vínculos de sangre.

Urquiza tampoco había podido establecer la homogeneidad de los elementos dirigentes de la Confederación.

Entre los hombres de mayor importancia en la intelectualidad del interior y del litoral, había un fuerte núcleo de resistencia al acuerdo de San Nicolás y á la política del Paraná, Sarmiento, el genio patriótico; Vélez Sarsfield, el legislador excelso; Rawson, fulgor de la tribuna, y una generación que bebía sus inspiraciones, rodeaban al general Mitre, y compartían las responsabilidades y su labor del gobierno local. Alberdi, nacido en Tucumán, pero formado en el grupo de los románticos de Buenos Aires

de 1830, estadista temido, cuya timidez en la acción lo esterilizó; Vicente Fidel López, el hijo y el ministro del gobernador de Buenos Aires, talento humanista y erudito brillante, depositario de las tradiciones de Mayo; Juan María Gutiérrez, ático y severo, que hacía política con rasgos de ingenio, como en los tiempos esplendorosos de Versalles; Vicente G. Quesada, cultor de la política y de las letras, á quien el país no ha hecho la justicia que merece, y un grupo brillante de jóvenes, capitanes de columna de la alta sociedad bonaerense, y entre ellos Benjamín Victorica, Lucio V. Mansilla, Nicolás A. Calvo, Emilio de Alvear, Ezequiel y Alejandro Paz, Julio Victorica, etc., cuya actuación posterior ha descollado hasta ahora en actividades diversas, pero fecundas.

La lucha intelectual y armada era, con razón, dudosa: pero el poder de la Confederación, fortificado por la victoria de Caseros, empezaba á desmoronarse bajo la influencia de las fuerzas políticas negativas que nacen al calor de todo éxito, lo atacan, lo debilitan y á las veces lo destruyen.

El «destino manifiesto» actuaba misteriosamente. La constitución de 1853, redactada bajo los resplandores de las armas vencedoras y omnipotentes de Urquiza, había prohibido la reelección del presidente. Urquiza consentía así en depositar el germen del debilitamento de su poder. No sería el primer presidente de la nueva nación, y era posible una presidencia floja, de esas con que los políticos defraudan á los pueblos, buscando instrumentos dóciles á sus planes, en vez de mandatarios

Con la exaltación de Derqui quedó señalada la disolución de los confederados. El general Mitre tuvo la visión suprema de la hora y marchó para dar en Pavón entre las dianas de triunfo el grito de «no hay vencidos, ni vencedores».

Mitre culminó así gloriosamente en el escenario nacional, demostrando que si había aceptado el papel de jefe de la resistencia localista de Buenos Aires, había sido solamente para encauzar esa gran fuerza cívica en las corrientes de la nacionalidad, en la evolución para consolidarla, transigiendo con Urquiza. Pudieron así reconciliarse

y compartir el gobierno nacional de Buenos Aires los hombres del Paraná y los vencedores en Pavón. La nacionalidad no existìa aún, pero la gran semilla estaba arrojada en el seno de la conciencia popular.

Grandes y extraordinarias fueron las resistencias que debía dominar el general Mitre para serenar las pasiones de sus amigos, enardecidas en una lucha de diez años y á la vez que se cubría de gloria, cosechó aquellos hondos resentimientos y oposiciones, que se condensaron gradualmente para aparecer compactos en la forma del partido que acaudillaba Adolfo Alsina ó de las contiendas militares que dirigiera el general Roca.

Apenas reunida la familia argentina, después de Pavón, entre anhelos fundados y zozobras desgarradoras, se produjo en el Plata un acontecimiento cuya magnitud no pueden apreciar las generaciones, poco dadas ahora á la meditación y al estudio.

La sombra que obscureció de nuevo el firmamento político, mal despejado todavía y que amenazó la civilizacion embrionaria de la República Argentina, fué el Paraguay.

Ochenta mil hombres, disciplinados por instructores europeos, como los japoneses, se lanzaron de improviso al sur de sus selvas, de sus esteros y de sus ríos y cerraron el Paso de la Patria, mientras que una escuadra formidable capaz de terminar en una hora con el frágil poder naval de la República Argentina, apareció en Corrientes y se posesionó de la ciudad y de dos de nuestros buques de guerra!

Las heridas abiertas por la lucha bosquejada sangraban todavía: las provincias no respondían al presidente Mitre; el general Urquiza era el árbitro de la situación con sus entrerrianos organizados en torno suyo, y su prestigio sobre algunos gobernadores del interior era decisivo.

El Paraguay, armado formidablemente, acompañó nuestra década memorable de 1852 y 1862, no como un amigo neutral, sino como un actor. El Paraguay se considera parte de la familia política del Plata, y obligado á participar en sus disensiones. Por eso su influencia y su oro cayeron en el platillo de la Confederación, hostilizando

la política del estado de Buenos Aires. Un grupo de notables y el primer diario de la ciudad de Buenos Aires sostenían la política del Paraguay, y no solamente aceptaban su dinero, sino que se lo pedían.

Por eso, cuando la intervención brasileña en el Estado Oriental sublevó á los opositores del general Mitre en Buenos Aires, el Paraguay se declaró protector del equilibrio del Río de la Plata, y desnudando su espada, antes de la invasión á Corrientes, asaltó y venció las provincias brasileñas del alto Paraná.

Vivo está aún en Buenos Aires Julio Victorica, agente confidencial y privado de la Confederación, que se hallaba en la Asunción, portador de un proyecto de nota, apoyada por Urquiza, para solicitar el permiso del gobierno argentino para arrojar al ejército paraguayo sobre el Río Grande á través de Misíones. El mariscal López eligió uno de los cañones tomados al Brasil y se le dió á Victorica como trofeo que enviaba al general Urquiza. con cuyos lanceros contaba, así como con su cooperación moral contra Buenos Aires y el Brasil.

Pero nuestro «destino manifiesto», como un genio bienhechor, inspiraba á los corazones argentinos; Urquiza abrió discusión epistolar con el presidente Mitre sobre la orientación final de los grandes acontecimientos del día.

¡Ay de la civilización argentina si el obsequio que traía Julio Victorica, hubiera sellado la Unión del Paraguay, de Entre Ríos y de los restos exaltados de la Confederación!

¡Ay de los destinos de la patria si aquel mensaje amistoso no hubiera tocado el corazón de Urquiza, cuando advertido del error en que estaba por el presidente Mitre, no hubiera contestado á éste, que lo reconocía noblemente y que cumpliría sus deberes de argentino, marchando á Buenos Aires para ofrecer su espada á la nación, aun inorgánica, pero de los ensueños comunes!

¡Ay de la civilización argentina si Urquiza, al llegar del Uruguay al muelle de pasajeros de Buenos Aires, donde lo esperaba, viniendo también del Paraguay, Julio Victorica, para entregarle una comunicación del gobierno paraguayo!; ¡ay, de esta noble tierra argentina, si Urquiza no

toma dicho pliego y lo entrega, sin abrir, al presidente de la República, que lo esperaba, y si no se presenta en seguida al honorable congreso y reunidos los generales del Brasil, Estado Oriental y de la República, en la histórica casa de la calle San Martín, el general Mitre, noble y caballeroso, no le hubiera dicho: «General Urquiza, queda V. nombrado comandante en jefe de la vanguardia del ejército aliado. Le cedo el derecho de recoger los primeros laureles y de probar al país que los enemigos de la nación confían vanamente en V.!»

¡Ay de Buenos Aires si Urquiza triunfa sobre los paraguayos! Su prestigio habría sido inmenso y todo lo habría avasallado.

Pero el «destino manifiesto» equilibró los acontecimientos para salvar el futuro de la nacionalidad argentina.

Llegó el general Urquiza á Entre Ríos, encontró que si existía el heroísmo localista, faltaba absolutamente el sentido de la nacionalidad. Telmo López, el valeroso hijo del caudillo de Santa Fe, sublevó el ejército de Toledo y Basualdo y marchó él mismo con algunos á ofrecer su lanza á López, que se la pagó con el martirio. Y Urquiza, vencido por los sucesos, llegó impresionado al campamento de los aliados en el Juquery, para renovar los testimonios de su lealtad al presidente Mitre, que lo autorizó á retirarse tranquilo á San José, sin reproches ni humillaciones.

El «destino manifiesto» ahondaba los nuevos cauces abiertos, la política nacional y la caída de Derqui había hecho posible el advenimiento de Mitre, de Sarmiento y de Avellaneda, los héroes de la idea que recogían la guardia patriótica de manos de los paladines de lanza y de gorro de manga. . . !

Imagináos ahora, señoras y señores, lo que sucedería hoy, si esos ochenta mil paraguayos, cuyo heroísmo todo el mundo admira y nadie discute, disciplinados como no lo estaban las tropas de la República, hubieran tenido un general, un capitán de estado mayor con el talento y el tacto militar suficientes para conducirlos en su flota formidable á Campana y San Fernando, donde sólo podía oponer la

nación los tres mil veteranos de Buenos Aires. Los destinos de la América del Sur habrían seguido rumbos desconocidos y acaso la nacionalidad argentina hubiera desaparecido despedazada, como los astros que se incendian en nuestra atmósfera.

El «destino manifiesto» hizo retroceder ese ejército invencible, que estaba ya en Bella Vista y aquella escuadra contra la cual no podíamos oponer sino pequeños vapores de comercio desarmados, y el Paraguay cometió el error fundamental de inmovilizar su ejército y su flota, desbaratando sus planes militares y políticos y su segura victoria del primer momento.

Salvada estaba, pues, la nacionalidad de la primera y de la más grande de las pruebas. Su noche terrible y pavorosa había pasado. Las glorias del Riachuelo y del 24 de Mayo iluminaron los horizontes futuros.

Pero la horrible prueba había puesto una vez más en evidencia que no teníamos los caracteres definidos de la nacionalidad. La nacionalidad, señoras y señores, es un concepto científico. ¿Cuál es su fundamento? Ya no es el territorio como lo sostuvo el férreo feudalismo. Ya no es la raza, porque esta palabra carece de sentido científico. Anglosajón ó raza latina, son términos convencionales, sin significación positiva, después de la superposición de las capas emigratorias y de los sedimentos sociales durante siglos.

Hoy la nación obedece á un concepto filosófico distinto. Reposa en un ideal común que agrupa á los hombres de esas llamadas distintas razas, religiones, antecedentes, anhelos, necesidades, territorios y climas, en un propósito final de unión y civilización.

Ha sido necesario la aparición de los Estados Unidos de América y de la República Argentina en el escenario político para rectificar los viejos conceptos de la nacionalidad y del estado, para que surja el nuevo; el del ideal común. El pueblo, el territorio, no son sino agentes y medios: el ideal es la esencia única de la nacionalidad. Tal lo dice la heterogeneidad de los elementos étnicos, morales y políticos que producen estos dos brillantes progresos humanos: la nacionalidad americana y la nacionalidad argentina.

La población que se transforma en el concepto político de pueblo, es un elemento capital, sin embargo, en la doctrina moderna. Así como el organismo humano necesita la circulación de la sangre para desarrollarse, las naciones deben sentir en su organismo la circulación del espíritu público, de la conciencia política, del ideal de su destino.

De la lucha con la República del Paraguay salió la República Argentina, demostrando que no tenía esa conciencia plena. Los contingentes llegaban de todas las provincias sublevados. En todas partes la resistencia á la guerra; en todas partes el sentimiento y amor á la localidad oponiéndose al sacrificio de sangre por una nacionalidad casi desconocida; en todas partes una idea vaga en el pueblo de lo que era patria, de esa nueva y gloriosa nación de que nos habla el himno de 1813.

En 1866, cuando se creía constituida la nacionalidad por la fuerza de las ideas y de las armas y llevados sus fundadores á los campos del Paraguay ¿no vemos acaso todavía levantarse algunas provincias en armas, estimuladas por Chile, hasta estrellarse en los campos de San Ignacio? ¿No vemos al ejército y á la nación colocados entre dos fuegos? A la derecha los paraguayos, á la izquierda los montoneros!

¿Cómo había de actuar esta idea científica de la nacionalidad sin reducir antes todas las inteligencias, todos los intereses económicos, todas las aspiraciones regionales á un ideal común, si el pueblo no estaba ni medianamente ilustrado, si nuestras escuelas eran tan deficientes y tan escasas que la campaña ni las tenía, si no existía propiamente hablando un pueblo nacional, sino pueblos de provincias!

Ahora mismo, el ideal no ha perfeccionado su evolución progresiva. Busco el monumento de la independencia, al ejército de los Andes, á Caseros, á la guerra del Paraguay, á la constitución y á los hombres de Mayo, y solamente me responde el fracaso de las comisiones populares que los intentaron, sofocadas por la indiferencia del pueblo.

Se ha ensayado una nueva vía, la vía que consolidó

la unión de los Estados Unidos, donde las tradiciones nacionales y la cultura fueron originariamente uniformes y robustas: la vía económica, cuyos grandes medios son los bancos y los ferrocarriles. Su influencia caracteriza esta nueva época que parece asegurar la unión indisoluble de la familia argentina. Pero, señoras y señores, la unión de los pueblos que no se funda en los grandes ideales de desinterés, de abnegación, de tolerancias, de justicia y de amor recíprocos, es una solución peligrosa y lo que nosotros contemplamos con orgullo. La unidad por medio de los bancos y los ferrocarriles—la acumulación de riqueza—no ha sido el ideal de los fundadores de la nacionalidad argentina; no fué el ensueño de Mitre, por la cual han luchado las generaciones anteriores á la nuestra; no es una causa, sino un efecto, un hecho, una comunidad utilitaria, que puede fracasar por las conveniencias de los mismos intereses materiales instables, que la han formulado y que la gozan.

Esta «comunidad utilitaria» ha logrado extraviar al pueblo, ha llegado hasta convencerlo de que un pueblo que no piensa, ni obra, es dichoso si tiene dinero en abundancia; y yo os digo, señoras y señores, que éste es un error repugnante. El dinero es un medio, jamás será un fin. Observad el fenómeno de los que persiguen su atesoramiento y que lo logran, subiendo desde las posiciones más humildes, por medio de sus energías, del talento, de la economía, hasta de la crueldad al resplandecente trono de los millonarios. Experimentan entonces un desencanto inesperado é inmenso. El dinero no los satisface, los inquieta, los preocupa, los irrita. Más que dinero y todo lo que él ofrece en el mercado, desean cultura, ilustración, talento, honores, respeto social, amor y gratitud de sus semejantes, vida del alma, en una palabra; y devuelven á los pueblos sus tesoros, haciendo donaciones ingentes para escuelas, colegios, universidades, hospitales y caridad, como si quisieran redimir sus pecados del «culto utilitario».

¡Sombra de Mitre! Acude con tu austeridad en mi ayuda, cuando digo á una fracción distinguida de la sociedad argentina, que esta «comunidad utilitaria» no es la nacionalidad que fecundó tu mente y defendió tu espada. Que

no la has aconsejado jamás, porque eso habría sido la negación de tu vida austera é idealista sin utopía! Que un pueblo rico que no vota, que un pueblo rico que carece de ideales internacionales y locales y sólo se agita por el afán de enriquecerse, es un pueblo enfermo y puede llegar á ser despreciable. Que tú has honrado el trabajo popular y la riqueza pública, como simples efectos de tus purísimos ideales. Que tú también has bendecido la abundancia pública y privada, pero dentro de los límites insalvables de la moral y de la decencia!

Señoras y señores: Cuán extraordinario fenómeno político se produce en el país, respecto de la personalidad del general Mitre, desde el instante mismo en que la «comunidad utilitaria» se impone á los ideales de la nacionalidad, dominándolo todo: pueblo, gobierno, talentos, caracteres y conciencias.

El general, como los sacerdotes galos envueltos por las invasiones extranjeras, se repliega silencioso en el misterio de la soledad. Su grande, su poderoso partido se dispersa y sus mismos oficiales de estado mayor van á espigar en los campamentos contrarios para tornar luego, ruborosos, para contemplar la modestia inalterable del templo de la calle San Martín; y el general los recibe y absuelve con su mirada melancólica y triste, que era una de sus manifestaciones características de tolerancia ó de resignación.

Durante todo este período de veinticinco años de «comunidad utilitaria», el general Mitre ejerció influjo moral y político en el país, sin tener sin embargo poder para ganar una elección de parroquia! Pero cuando estallaban hondos peligros para los gobiernos, para el país y para la paz pública, los pontífices del utilitarismo dejaban el templo y acudían á implorar su ayuda.

Su consejo fué casi siempre seguido. Todos decían: «Es la primera autoridad moral de Sud América»; pero muchos lo decían cuando el consejo favorecía el aumento ó la conservación de su poder. Si al contrario indicaba cambios y satisfacciones á la opinión pública, entonces no lo escuchaba y se enfriaba la admiración de que antes blasonara la «comunidad utilitaria». ¡Hipócritas!

La «comunidad utilitaria» necesitaba servidores es-

peciales. Los hombres austeros, los hombres virtuosos, los que no especulan con la fortuna pública ni con las posiciones oficiales, los que creen que para servir al país no es necesario ser empleados de los gobiernos, esos estorban, porque no saben transar á menudo con su propia conciencia, sacrificando principios é ideales. Otros hombres son los llamados á ocupar la escena en la «comunidad utilitaria», los hombres vivos, los que piensan que la política no es una línea recta, sino sinuosa como el cauce de los ríos de largo desarrollo.

Los que asumimos la solemne responsabilidad de hablar en público, aceptamos el deber de decir hondas verdades. De no decirlas, valiera más callar. Y os digo que el predominio de la «comunidad utilitaria» señala en la República Argentina un período de decadencia moral, social y política de que debemos abochornarnos!

Todos perciben estas verdades y se preguntan: ¿Dónde vamos? ¿Quiénes somos?

Diez y seis partidos, más bien más que menos, pretenden en este momento representar la opinión pública nacional, desde los que influyen con la violencia, base de los poderes de la nación y de las provincias, hasta esos que se organizan en el momento de las elecciones y no tienen más ascendientes ni descendientes, ni otra razón de ser, que alguna ambición individual ó algún bolsillo que se abre para conservar ó adquirir posiciones, que por lo mismo se hacen sospechosas al patriotismo y á la austeridad cívica.

A esta situación disolvente de la base del gobierno libre nos ha conducido la «comunidad utilitaria». Es una situación peligrosa para la tranquilidad del estado y para el porvenir de la nacionalidad argentina; y no hay más que un remedio y un camino para reparar el inmenso vacío que causa en la política nacional la desaparición de esta personalidad gloriosa, que, como la línea de tierra de los pararrayos, solía apartar la centella de los campanarios. Ese camino es devolver la normalidad política á la República Argentina, organizando dos grandes partidos, en los que tengan cabida todos los hombres de bien, de honor y de gobierno; un partido poderoso en el poder y otro igual-

mente respetable en la oposición. He ahí el equilibrio necesario. La ponderación interna se alcanzará así por medio de una administración honrada, discutida y limitada; y crecerá nuestro deprimido prestigio internacional en América, donde se desarrolla ahora mismo una tendencia diplomática—que yo no puedo acentuar y vosotros tenéis el deber cívico de profundizar—para conducir á la República Argentina al papel secundario de país protegido y garantizado, cuando su riqueza y su civilización le marcan un puesto entre los estados protectores y garantizadores!

Señoras; señores:

Si nuestra voz pudiera ser escuchada en todos los confines de esta provincia, grande y rica, próspera y culta como una nación; si se pidiera á cada una de sus ciudades, villas y campañas que autorizasen esta majestuosa asamblea para representar su sentimiento y su voluntad, estoy seguro que escucharíamos una contestación unánime solemne y grandiosa como la voz nocturna de la llanura cuando desata sus rumores.

En esta virtud invoco al pueblo del estado histórico de Buenos Aires y os invito á poneros de pie para levantar nuestras almas á los siglos!

—(La asamblea se pone de pie).

¡Tribunal supremo de la posteridad y de la historia! ¡Te evoca un pueblo heroico que consagró su sangre en el pasado, sus energías en el presente y sus anhelos en lo futuro á consolar los sufrimientos, á modificar la suerte y á brindar la felicidad humana á todos los hombres del mundo que reconozcan en los faros del Río de la Plata la entrada en la tierra de promisión y libertad!

¡No en nombre de las tradiciones, de las luchas y de las conquistas del estado heroico de Buenos Aires—cuna y pedestal del héroe—no en memoria de los homéricos sacrificios con que Mitre levantaba en triunfo el ideal de la nacionalidad entre las resistencias pavorosas del localismo enfurecido y las ruinas estériles de la anarquía, sino para un benefactor de la humanidad os invocamos! ¡Oh tribunal supremo de la posteridad y de la historia! ¡Levantaos en vuestro trono, inmenso como el Espacio é intangible

como el Tiempo; abre las páginas del libro sagrado de todas las épocas humanas, para agregar una nueva con el juicio de Mitre, á quien el pueblo argentino os entrega con las angustias de la separación suprema y con el orgullo de sus inmarcesibles virtudes!

¡Sea de gloria tu fallo para este civilizador americano!

Del doctor Francisco P. Sicardi

(EN MAR DEL PLATA)

«¡Mitre! Más que vida de hombre que perece, Mitre es una síntesis formidable; la odisea de una generación entera poseída del dolor de la gloria ó poseída de todos los ímpetus para conseguirla, de las sabidurías para apartar los peligros que puedan detener la grandeza y de todas las abnegaciones, esas que usan los ecuánimes olvidanao los intereses personales para que hasta los destierros y las pobrezas, las ingratitudes y las calumnias, la brusca terminación de las guerras civiles y los ostracismos voluntarios sirvan para esa misma grandeza. Y Mitre fué multitud, y marchó al principio como las multitudes marchan, siendo pensamiento y trabajo, luchas, rebeliones, guerras, porque se quería arrancar de un caos gigantesco la arcilla y el bronce para el monumento, y obligar á las fuerzas diseminadas en el país nuevo, y empeñadas en bárbaros desgarramientos de sangre, á fundirse en un solo crisol y en una sola cohesión inmortal. ¡Y con qué robusto brazo contribuyó á forjar Mitre la nacionalidad, y con qué alma honesta y bravía la ha consolidado! Porque tuvo como un profeta primitivo la visión de la verdad política; y por su virtud y la virtud de los colaboradores, todos somos hermanos en plena vida. Y cuando alguna vez retoñó el instinto, cuando el fragor de los cañones lastimó el corazón de la madre tierra y nuestros hogares hubieron de despedazarse y el país de ser señalado al ludibrio del mundo, Mitre fué un creador de razón pública, venció á sus propios amigos y la impuso.

Entonces empezó su apoteosis: pero para llegar á

esta perfección, su mente se nutrió de muchas amarguras. El espectáculo de la anarquía lo decidió á la guerra civil para aplastarla. Fué desterrado; escribió; fué un polemista acre, iba de comarca en comarca como los patriotas italianos, pregonando las magnificencias de su tierra natal y sus derechos á la unidad.

Amigo de Garibaldi, tenía como ese glorioso el espíritu para la cruzada y el cuerpo para morir en ella.

Hasta en sus primeros escritos hay algo de la poderosa y bíblica poesía de los precursores. Por eso ¡oh jóvenes que escucháis estas reverencias, que tenéis patria universidades y el respeto universal, porque los viejos pelearon y en los combates murieron para libertaros de todas las tiranías, bueno sería inclinar la frente ante la pura memoria de este gran romántico, austero y libre creyente y apóstol de la moral humana, en todas sus manifestaciones, encarnación del infinito, desasosiego del alma argentina soñador y obrero de nuestras hegemonías.

Y porque fué obrero vigoroso, cuando vió peligros lejanos, cuando pensó que podía sufrir mengua el poderío de la nación, fué á la guerra, no para la conquista, sino para dominar atavismos. Mandó un ejército de bravos, fué estratega como San Martin y táctico como Paz. Una autocracia secular murió. Los déspotas se refugiaron en la nada eterna, de donde nunca salir debieron. De los escombros calentados por la luz nueva, una nación generosa resurgió á la libertad y al trabajo. Fructificaron las batallas. Un hombre de universidad, hoy la gobierna.

La idiosincracia de Mitre, hombre de estado y tribuno, guerrero por necesidad y universitario en la entraña, irradió á las naciones vecinas.

Se acerca, señores, el triunfo de las universidades en el gobierno de América, y Mitre, que ha sido el hombre más intenso de este continente, fué también el sacerdote más fervoroso de las nociones políticas, que de las aulas emanan.

Cada conciliación es una victoria de esta idiosincrasia, obtenida por su criterio sereno, y el pueblo, alguna vez irritado en las malas pasiones, pronto á la revolución y al exterminio, fué detenido, arrollado y vencido por su temeraria entereza y por sus clarovidencias superiores.

Entonces su probidad fué encarecida, y alrededor de su casa se hizo el silencio. Mientras duraba el denuesto Mitre no se conmovió. Rompían su retrato. Los gritos plebeyos y las bandas enloquecidas escribían con amenazas sus capítulos dementes. El vivió en su biblioteca, silencioso, conversando con los grandes muertos. ¡Honor á su ilustre recuerdo! Era muy heroico en esos momentos ese resignado, porque destruyéndose, evitaba la destruccìòn de su país.

Todos recuerdan con ansiedad grande un suelto por él inspirado. Fué un golpe de catapulta contra una psicología homicida. Extirpó de cuajo un error. La muchedumbre se arremolinó airada. Un estruendo de vociferaciones y de insultos inundó su casa. Las palabras eran infamias. Las oía Mitre serenamente, mientras sentado en su biblioteca conversaba con los grandes muertos.

La guerra con Chile fué evitada y despertó el país de una pesadilla ponzoñosa. Concluyeron las imaginaciones sanguinarias y nuestra marcha no se detuvo. Fué en ese tiempo que Mitre dijo esta profunda frase: «Cuando ya no haya subscriptores se tirarán dos ejemplares: uno lo leeré yo y el otro lo guardará V. en el archivo». Y siguió en esa biblioteca sin inmutarse, tranquilo como en las refriegas homéricas de los esteros; y el abandono y la soledad no lo entristecieron. Así este hombre probó que nada consentiría en menoscabo del porvenir nacional; y de él pudo decirse: *Strenuus*, como de los triunfadores romanos.

Todas estas virtudes dominaron. Los argentinos lo dejaban escribir y alejarse del estadío. Sabían que allí estaba el patricio en la hora peligrosa. Esa alma sincera sirvió siempre para el consejo y esa robustez para la acción. Cada vez que fué necesario, armado de sus insignias de guerrero ó bajo el legendario chambergo de ciudadano, caminando con la frente un poco inclinada y las manos cruzadas sobre el dorso, acudió al llamado de su pueblo, y le entregaba todo su pensamiento, y lo que en los libros aprendía. Sus estudios de historia crearon los monumentos de Belgrano y San Martín. Su pasión por la tierra lo llevó á escudriñar en los idiomas primitivos. «Ollantay» fué traducido, y las viejas leyendas indias tuvieron su poeta. Escuela

honda es su vasta obra de escritor, en la inmortalidad el poeta de Florencia. Dante, supremo, sombrío y huraño. Guerrero y peregrino errante en la Edad Media dolorosa, proscripto y ultrajado, el poeta Mitre, idólatra de Italia, escribirá el epitafio. ¡Vivieron juntos tantos años! ¡Fueron tan ilustres los dos amigos y conversaron juntos tantas veces del arte educador! ¡Oh! bien vale el poema de una nación en las tablas forjadas á través de las angustias, en las contiendas fratricidas y en el calor de las agitadas arengas, en las tribunas populares y en el terror de los naufragios posibles; bien vale todo esto, los tercetos esculturales de la Divina Comedia y los dos soles han de fulgurar por los siglos en las dos patrias para guiar pueblos y fecundar progresos. ¡Han sido tan amigos los dos, han conversado tantas veces del arte educador!

Tácito en el monumento de Mitre hubiera grabado tal vez una sola palabra: «Dux», como queriendo significar que la obra de estos egregios perdura más allá de la vida. Así el espíritu de Mitre nos aleje en todo tiempo de la selva obscura, y su apostolado ilumine el sendero de los conductores de nuestra raza. Fructifiquen como este roble tronchado. Amen como Mitre á la humanidad. Sean fuertes para dominarse, si el bienestar común así lo exige, porque él demostró con el ejemplo que la grandeza de la Nación es superior, y debe primar sobre las pasiones individuales, aunque sean nobles y generosas. Si quieren la apoteosis, sigan esa áspera cuesta en el granito, abierta por sesenta años de vida decorosa. No sirven los aplausos de la calle ni las turbulencias vocingleras, ni los enconos, ni la sangre de los holocaustos inconscientes. Con eso no se plasman figuras de próceres, apenas si se llega á caudillos; expresión rudimentaria, esbozo de obra é insuficiencias dañosas en la vida de las repúblicas. Más que eso vale llegar hasta las familias, ser hermanos, ser afectos; para eso no basta el talento, el valor y los sacrificios no bastan. Como Mitre, es necesario educar la voluntad y ser abnegados, dejar que las obras pasen y triunfen.

En la vida moderna los hombres son tanto más excelsos, cuanto mayor número de felices hagan, y Mitre es

el hombre que ha hecho en este continente el mayor número de felices. Por eso el féretro del patriarca está coronado de flores votivas, por la piedad de todas las castas. Lo seguirá el cortejo de los pueblos de América, las universidades que tanto de él aprendieron, los gobiernos de la república por él organizada, los soldados que bajo su mando pelearon y fueron heridos: las banderas en arambeles de la nación victoriosa, animadas de heroísmos: los parlamentos, donde resonaron sus oraciones de hombre de estado; los magistrados que lo supieron justo y pertinaz en la justicia durante su entera vida, el cielo de Dios que lo espera en su seno, y la tierra de América, que lo reputa su hijo más completo.

Y seguirán al féretro del patriarca hasta el sepulcro, donde en eterno reposo, lleno del silencio elocuente que vibra de las magnanimidades muertas y cubiertas por los trofeos, consagrados para siempre, por el llanto melancólico y la caridad de los que sobreviven. ¡Mitre! Conductor de nuestra raza; luz; sombra bienhechora; mente de América; Imperecedero! He dicho.

GLORIA

En la muerte de Bartolomé Mitre

Ei fú.—MANZONI.

Cayó, con gran sonido,
El hombre excelso, y con dolor profundo
Exhala el corazón largo gemido.
¡Algo grande ha perdido
La Argentina, y América, y el mundo!

Su poderosa mano
Quedó inerte, mostrando la derrota.
De su vida la muerte triunfa en vano:
¡Su aliento soberano
Sobre las cumbres de la patria flota!

Su vida está incrustada
En la patria inmortal que en turbia hora
El forjó con su idea y con su espada;
¡En su tumba sagrada,
En el alma del pueblo que le adora!

No una vez, por ventura,
La gloria vertió aquí su lumbre clara;
Mas nunca, al remontarse á tanta altura
Supo tan suave y pura
En cada corazón labrarse un ara.

En su triunfal camino
Rodó el amor en torno á su persona;
Y siempre, en fausto ó en adverso sino,
Tuvo todo argentino
Para su noble frente una corona.

En los tremendos días
En que imperando un bárbaro sangriento,
Larva infernal de anárquicas orgías,
Con hondas elegías
De infamia y muerte retumbaba el viento;

Surgió á la acción fecunda
El gran varón que la Argentina llora;
Arma el brazo viril: viva y profunda
La fe su alma inunda,
¡Y asalta á la barbarie vencedora!

De entonces, proceloso
Campo de inmensa lucha fué su vida,
Sin que en su vasto curso generoso
La viese aun el reposo
Ni un solo instante para el Bien dormida.

La esperanza ilusoria,
La proscripción, el popular tumulto,
La amarga lid con la mundana escoria,
La rota y la victoria,
La aclamación, el rencoroso insulto;

La fe del civil bando,
El fulminante verbo tribunicio,
De tres naciones el marcial comando,
El soberano mando,
Y la aureola augusta del patricio:

¡Todo lo tuvo! Ajeno
De egoista ambición, sigue su estrella,
Y de la imágen de la patria lleno,
Su espíritu sereno
Por sobre todo superior, descuella!

No perdió en la pelea
La amplia visión tranquila su mirada,
Y vióse siempre cual perenne tea
Resplandecer la idea
Aun en la punta misma de su espada!

Del belicoso estruendo
Toda convulsa la nación salía,
La vista á cimas de esplendor tendiendo,
Y él la encarnó, fundiendo
Acción y mente en próvida armonía.

Y el escritor-soldado
Recorrió con sereno pensamiento
Las tumultuosas sendas do el Pasado
Rueda en sombras velado,
Y alzó á la patria historia un monumento.

Más alto todavía
En pos de lo ideal la mente eleva,
Cuando á tus sácras aras, Poesía,
Sediento de armonía
La noble ofrenda palpitante lleva.

Y creció sin ribera,
Como viviente mar que inmenso avanza,
La fe, el amor de la nación entera,
Que puso en él certera
Su admiración, su orgullo y su esperanza!

Por ocultas corrientes
Se derramaba su moral fragancia,
Y en él los gritos del rencor rugientes
Tornábanse elocuentes
En elevada y rica consonancia.

Así, en su edad extrema
Fué numen tutelar de la Argentina,
Faro providencial, mágico emblema,
Cuya virtud suprema
Trueca en ventura la inminente ruina.

Y en su encumbrada altura
La afable sencillez fué su divisa;
No fué su alma, generosa y pura,
Ajena á la dulzura,
Ni rebelde su labio á la sonrisa.

¡Feliz quien por tal suerte
En curva enorme la existencia abarca,
Y un tiempo de su patria el héroe fuerte,
Le acoge, al fin, la muerte
Siendo su protector y su patriarca!

Y al doblar la cabeza
Sobre el eterno tenebroso arcano,
Fué supremo fulgor de su grandeza
La plácida entereza,
Y la fe redentora del cristiano.

¡General!.... Desde el templo
De la luz que ocupas en ignota esfera,
Donde, al soltar el canto, te contemplo,
Serás en paz, ejemplo,
Y en las contiendas bélicas, bandera!

¡No queda con tu ausencia
Esta tierra que amaste, viuda y sola!
¡Toda frente argentina, en rica herencia,
Tendrá la refulgencia
De un rayo de tu espléndida aureola!

Con religioso celo
Ya tu nombre inmortal guarda la Historia.
¡Rasgue la Muerte el funerario velo,
Y vuele sobre el duelo
De todo un pueblo, el cántico de gloria!

CALIXTO OYUELA.

MITRE

Héroe en la acción y genio en el sigilo,
Ensimismó el carácter con la mente:
Cùpole un mundo en gestación ardiente
Y entre sus manos lo tomó tranquilo.

Para tallarlo, de su espada el filo
Desenvainó magnánimo y valiente,
Y pulió el bloque, artífice sapiente,
Con el cincel de fuego del estilo.

Después... Desde su hogar, donde se encierra,
Trabajador intrépido y constante,
Desbarata las furias de la guerra;

Y como al Paraíso fué con Dante,
Abrazado á la Cruz deja la tierra,
Legándole su sombra de gigante.

RAFAEL FRAGUEIRO.

Palabras del Sr. G. Dolz

(ENCARGADO DE NEGOCIOS DE CUBA)

¡Con qué impasible frialdad recibe la tierra los despojos humanos!

Todos caen en su seno, produciendo el mismo ruido sordo que el aire recoge como el eco triste del adiós eterno.

Y sin embargo, la tierra debiera estremecerse en aquel solemne instante en que cae en su fondo sombrío el cuerpo inerte de un hombre grande é ilustre, de una de esas figuras gigantescas, que al pasar por el mundo, lo conmovieron profundamente, dejando tras sí el recuerdo imborrable de sus hazañas y la consagración gloriosa de sus obras como la vibración eterna de su fuerza y de su acción.

Pero si la tierra no se conmueve al bajar á la tumba el general Mitre, agobiado por el peso de los años, el mundo entero ha de sentir la impresión de dolor que produce la desaparición definitiva de los grandes creadores, de los ilustres servidores de la justicia y del progreso, y más que todo el mundo, la América, este hermoso continente que fué teatro y escenario donde destacó su figura admirable de soldado, historiador y estadista, donde se meció la cuna del insigne patricio, y á la luz de cuyo sol radiante resplandecieron los rasgos de su noble carácter; á ella deja, á su patria y á la posteridad, como ejemplo de su pasado y modelo exquisito de perpetuo estudio, el grandioso monumento de sus virtudes, de su civismo y de su sabiduría, delineados con los trazos brillantes de su pluma y cincelados con el filo de acero de su espada.

Admirador sincero del excelso argentino, concurro desconsolado en esta hora de suprema aflicción, llena el alma de sentimientos de intensa estimación y de fervoroso respeto, para ofrendarlos, á manera de flores siemprevivas, sobre la tumba augusta del esforzado gladiador de la democracia americana.

MITRE

¡Inmortal!

Fué singularísimo ejemplar de nuestra raza en América, formado por admirable condensación de la inteligencia, la virtud, el patriotismo y la fortaleza que presiden al progreso humano.

Su cuerpo se difundirá en la tierra por la transformación de la materia indestructible, y los esplendores de su existencia preclara serán patrimonio imperecedero de la posteridad.

Soplo de grandeza, agitó siempre su vida y queda sobre su dilatada y fecunda acción de hombre luz radiante de epopeya.

En la mente y en el amor sin sombras de las generaciones justicieras fué gloria de la democracia de su siglo, y es desde hoy astro de primera magnitud en el cielo de la historia.

M. F. MANTILLA.

Asunción (Corrientes), 20 de Enero de 1906.

DEL EXTERIOR

Discurso del Dr. José Espalter

(EN EL HONORABLE SENADO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY)

Señor presidente: Voy á dar mi voto al proyecto de ley venido de la otra cámara, á iniciativa del Poder Ejecutivo, para obtener de la asamblea legislativa la venia necesaria para que los soldados de la república vayan á Buenos Aires á rendir homenaje en la tumba del ilustre teniente general don Bartolomé Mitre, fallecido ayer, en medio del hondo sentimiento de su pueblo, que se ha extendido rápidamente á todos los pueblos sudamericanos y al nuestro en particular.

Era el extinto una de las grandes figuras americanas, que desde hace más de medio siglo venía imponiéndose y dominando en el vasto escenario del Río de la Plata y cruzando, por así decirlo, las décadas y los tiempos, cargado de merecimientos y de glorias. En los tiempos que siguieron á la caída de Rozas, en aquellos tiempos de guerras civiles sangrientas, de revoluciones obscuras, de montoneras insensatas, de anarquías sin nombre, él fué el representante valeroso é inteligente del derecho y la justicia, de la ley y las instituciones. El presidió la larga y laboriosa solución de la nacionalidad argentina. Tuvo en su corazón alientos suficientes para dominar soberbias rebeldías y fué tan generoso y tan abnegado, que siempre ahorró como un tesoro hasta una gota de sangre, hasta una lágrima del último de sus conciudadanos.

Y por eso se dieron cita en su lecho de muerte todos los homenajes, todas las expansiones cariñosas, todas las

ternuras del alma del pueblo y como él mismo lo decía, lovían sobre él las bendiciones. En tiempos anteriores, en tiempos de corrupción y de orgía, en que los gobiernos de ambas orillas del Plata se entregában á escándalos y á dilapidaciones sin ejemplo: él fué el representante de las nobles y viriles protestas populares. Y hoy día, en medio de la prosperidad asombrosa de su país, en medio del engrandecimiento de la nación argentina, en medio de sus progresos materiales, él era el culto de las grandes ideas románticas, que en su alma noble, en su alma de espartano y de ateniense al mismo tiempo, jamás lograron, no diré apagar, ni siquiera empalidecer los desencantos y las displicencias de la vida política, el hielo de la edad octogenaria, ni el abrumante espectáculo de la opulencia de la sociedad en que vivía...

Pero no sólo debe interesarnos el ilustre extinto como personificación la más elevada y brillante del patriotismo argentino: debe interesarnos y nos interesa de una manera directa é indirecta. Acá en Montevideo, dentro de las murallas de la Nueva Troya, combatiendo la tiranía hizo sus primeras armas, alcanzó sus primeros galones, derramó su primera sangre al frente de aquella juventud generosa que olvidó los placeres, abandonó las tareas pacíficas y cerró los libros para tomar un fusil. Y después él fué el general que llevó al combate y al triunfo la legión valerosa de los orientales en los esteros mortíferos del Paraguay.

En todos estos grandes hechos, en todas estas memorias esclarecidas, es que se habrá inspirado el Poder Ejecutivo cuando nos ha mandado este proyecto de ley, y en todo eso debemos inspirarnos nosotros para votarlo y para aceptarlo.

Pero me parece que el senado debe tributar á la memoria del extinto algún homenaje propio y singular. En este concepto, yo, desde luego, anticiparıa la proposición de que se autorizase á la presidencia para que dirija al senado argentino un mensaje de condolencia... *(Apoyado)* y antes de terminar la sesión se ponga de pie el senado en señal de duelo. *(Apoyado).*

Del Dr. Angel Floro Costa

(EN LA CÁMARA DE REPRESENTANTES DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY)

Señor Presidente: Señores diputados:

La muerte del ilustre teniente general Mitre, no es sólo un duelo argentino, es un duelo continental. El general Mitre, mucho antes de bajar á la tumba, más que un ciudadano argentino era un patriarca americano. Las viejas naciones de Europa no poseerán un varón más esclarecido que poder parangonar con el gran prócer argentino que acaba de entregar sus despojos á la madre común. Legislador eminente, vaciado en el molde de Hamilton, fué soldado de la libertad y el derecho dentro de los muros invictos de la Nueva Troya. Compañero de Garibaldi, doquiera se luchaba por la libertad y el derecho allí estaba su corazón y su espada. Descolló en todo como Bolívar; fué publicista infatigable, filólogo, historiador, eminente tribuno demosteniano, estadista sabio y ecuánime, diplomático fecundo y afortunado. Fué guerrero victorioso, á quien reservó la gloria sus mejores lauros para que después de Pavón modelase con la arcilla del patriotismo la unidad argentina. Fué el primer presidente de su patria unida y organizada bajo la cúpula de la constitución y no quiso serlo dos veces, cuando lo aclamaba el mayor plebiscito nacional que recuerdan los anales de la historia argentina. Fué más que eso, fué el gran capitán de la triple alianza contra el último tirano de América, fué quien mandó en jefe sus más grandes ejércitos, quien trazó sus más vastos planes científicos que aseguraron la victoria y quien después de alcanzarla, tuvo la abnegación sublime, sin ejemplo en la historia militar de las naciones, de esconder estoico y ruboroso su gloria técnica durante 35 años, dejando que la calumnia y la envidia rasgasen sus hombros cargados de laureles para no enturbiar el ambiente de fraternidad americana. No conozco en la historia, señor Presidente, una grandeza moral ni más pura, ni más saneada que la del perínclito general Mitre.

Su patria debe estar orgullosa de haber albergado su cuna como la Grecia lo estaba de Homero. Su longevidad gloriosa es no sólo una lección edificante para la oropelada civilización de estos tiempos de sofisticaciones políticas, sino hasta una ironía biológica. Fué el último gran maestre de esa orden de templarios, que fundaron las libertades del Plata. Fué el Arístides cuya multiplicidad de virtudes ha servido de ejemplo á seis repúblicas, y el único cíclope que recuerda la historia moderna, en cuyo frontal se achatara una bala terrible sin derribarlo, como que la misma muerte para desnudarlo de su investidura corpórea tuvo que pedir refuerzos al tiempo y luchar brazo á brazo y cuerpo á cuerpo durante cincuenta días antes que libre de ella pasase estoico como Marco Aurelio los dinteles de la inmortalidad.

Mitre, señores diputados, ha sido uno de los raros hombres de América, que encarnara con mayor pureza el dogma republicano, en su larga é intachada vida pública, el que jamás tuvo un desmayo en su fe, ni dió un desmentido al Evangelio democrático que apostolara en la llanura cuando ocupó las más altas cumbres del poder, el que armado de la omnipotencia militar y política, no se olvidó de que era ciudadano y padre de un pueblo libre y supo bajar de su solio augusto envuelto en la clámide de Wáshington para entregar intactas sus insignias al elegido de los pueblos, ausente mil leguas del agora electoral, defraudando así todos los sueños de la intriga y del sofisma, para conquistar la dicha inefable que comprenden tarde las medianías ilusas y ambiciosas de reinar sin corona durante seis administraciones sobre la conciencia de los pueblos, de ser el emperador colega, el Eforo permanente de todos los gobiernos de su patria, sirviendo siempre de faro moral en el naufragio de todos los escepticismos de eremita de penitencia, á todas las concupiscencias y por tanto equilibrio de genio y de carácter, mereciendo del cielo el galardón reservado únicamente á los grandes justos, de asistir en vida á su propia apoteosis, glorificada por las palpitaciones sincrónicas de todo un hemisferio.

Yo he sido, señor Presidente, uno de sus amigos más consecuentes de esta banda del Plata, uno de sus

discípulos más reverentes y convencido y me honro de poseer quizá la última carta política y literaria que trazara su mano temblorosa pocos días antes de que la postrase el dolor. Casi puedo vanagloriarme por ello, de que me entregó como Hércules á Filoctetes una de sus últimas flechas y por lo mismo deploro no haber podido atravesar el estuario para ir á depositar un ósculo en su frente y besar la mano de ese santo de la libertad, cuya muerte, como la de mi otro gran maestro Juan Carlos Gómez, será siempre días de duelo y de tinieblas, en el calendario político de los pueblos de América.

Un ilustre prelado argentino al dejar caer sobre su frente, las bendiciones de la iglesia, se la ha besado también, reproduciendo la escena del convencional y el obispo al sellar con un ósculo de paz las tolerancias religiosas con las más ínclitas virtudes humanas. Era que la religión y la ciencia, como en la ermita del convencional, se daban cita furtiva al pie del lecho de ese grande hombre que no deja tras de sí una duda, una sola controversia que empañe la diafanidad de su memoria.

El gobierno y las cámaras uruguayas que acaban de decretar la apoteosis á su hermano gemelo en virtudes, Juan Carlos Gómez, cuyos restos, como me dice Mitre en su carta, «después de haber muerto en los brazos de la patria ideal, descansan en los brazos amorosos de la patria nativa, aclamado y querido por todos en ambas orillas del Plata, fueron transportados por una nave de guerra argentina.» Justo es entonces que retribuyamos esos honores votando por aclamación lo que nos pide que decretemos nuestro gobierno, á lo que yo hago moción para agregar que se dé el nombre de Bartolomé Mitre á una de nuestras calles centrales paralela á la de Juan Carlos Gómez, á fin de que se recuerde á perpetuidad el nombre glorioso del abnegado artillero que dentro de nuestros muros defendió las libertades del Plata y fué el ungido por el destino para ser más tarde una de las cristalizaciones más puras de esta zona étnica sudamericana.

He dicho.

Del Dr. Ramón Barros Luco

(EN EL HONORABLE SENADO DE LA REPÚBLICA DE CHILE)

Me permito solicitar el acuerdo del senado para remitir un oficio de condolencia al senado de la República Argentina y al señor Emilio Mitre, por el sentido fallecimiento del eminente ciudadano teniente general del ejército argentino don Bartolomé Mitre. La muerte de Mitre es duelo sudamericano. Fué un hombre excepcional que contribuyó al progreso y libertad de varios países de Sud América con sus dotes preclaras y como estadista militar é historiador. Ha tenido la satisfacción de presenciar el progreso alcanzado por su patria. Mediante sus excepcionales esfuerzos, su nombre está vinculado á todas las obras de adelanto de su país y será recordado siempre como una de las glorias de la República Argentina.

El senado de Chile le consideró siempre como un gran amigo de este país. A este respecto recuerdo las palabras que repetía siempre el general cuando se trataba de nuestras relaciones internacionales:—«Yo considero á los argentinos y á los chilenos como hermanos.»

Espero que el senado, inspirándose en estos sentimientos patrióticos que nos hacían admirar siempre á este gran hombre, ha de acordar dejar constancia de su condolencia y enviar los oficios referidos.

Del Dr. Carlos Concha Subercasseaux

(EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS DE LA REPÚBLICA DE CHILE)

La República Argentina, honorables colegas, acaba de perder á uno de sus hijos más ilustres: el teniente general don Bartolomé Mitre, que honró la suprema magistratura, solidificando su gobierno; que ilustró su historia y llegó á constituir en su país una entidad política y moral, en prestigiosa y acatada, que pesó tanto como el veredic-

to de los partidos políticos ó las manifestaciones de la opinión públlica.

En la patria que él engrandeció, por haber nacido en ella, se reconoció la táctica feliz del militar, la altura de miras, el desinterés y la abnegación del político, las galas del literato y la inspiración del poeta, la conciencia honrada y escrupulosa del historiador severo, y las virtudes inmaculadas del mandatario, en forma tal, que ha podido decirse que don Bartolomé Mitre presenció en sus últimos años la apoteosis de su vida. Nosotros, y en general los sudamericanos, debemos reconocer en el eminente estadista al político, cuya patria parecía no reconocer límites ni banderas en este continente, y cuyo espíritu superior vivió al calor de la fraternidad americana, porque sólo soñaba con ver desarrollarse y prosperar á estos países en la misma atmósfera de fraternal afecto y de comunes destinos que nos envolvìa en los días gloriosos de 1810.

Tuvo el general Mitre en su patria prestigio tal, que hubiera podido ser un árbitro irrecusable en las más agitadas contiendas de la vida pública, y el espíritu imparcial, sereno y justiciero que informaba su alma, no pudo jamás ser alterado ni aun por las pasiones que suelen dominar á los caracteres más firmes, cuando los problemas que los afectan salvan los lindes que separan á las naciones.

Don Bartolomé Mitre, que era en la actualidad el primer ciudadano argentino, fué para nosotros, los chilenos, el mejor, el más leal, el más noble amigo de nuestra patria.

Esto puede atestiguarlo quien le vió sereno y justiciero en los días más peligrosos y ardientes de las discusiones internacionales, cuando debatíamos los límites entre la República Argentina y Chile. La labor de Mitre en las soluciones de paz, no ha sido escrita aún y no se lee su firma en los documentos oficiales que la consagraron; pero es justo que ambos pueblos depositen las inmarcesibles coronas de la gratitud sobre los restos mortales del hombre que puso el prestigio de sus hechos y la fuerza de su conciencia y voluntad, en la balanza de la justicia de la paz americana. Estoy cierto de interpretar la opinión de esta honorable cámara y la de los departamentos que representamos, al dejar pública constancia del pesar profun-

do y sincero que experimentamos al ver desaparecer de la vida á este varón justo y eminente, que fué siempre un verdadero y leal amigo de Chile y de quien puede decirse, sin temor de causar ofensas, que era en nuestros días el más ilustre de los hijos de este continente.

Solicito el acuerdo de la honorable cámara para enviar á la honorable cámara de diputados de la República Argentina el testimonio de nuestra condolencia por la pérdida que su país ha experimentado con la muerte del teniente general don Bartolomé Mitre, dejando de ello constancia en el acta de la presente sesión.

En seguida el diputado radical don Eduardo Suárez Mujica, pronuncia el siguiente discurso:

«Las palabras que acaba de pronunciar nuestro honorable presidente, han interpretado sin duda, el sentimiento unánime de esta cámara y corresponden al sentimiento nacional. Mitre, militar. Mitre, historiador. Mitre, ciudadano y estadista, es una unidad que ha servido, honrado y esclarecido á su patria y que con ello ha servido, honrado y esclarecido á la América. Su figura ha adquirido así las proyecciones de una figura continental. Chile fué siempre para el general Mitre objeto de cariñoso interés. En nuestros grandes momentos nacionales, el corazón de Mitre latió cerca del corazón de los chilenos. Los diputados de estas bancas inclinándonos respetuosamente ante la figura, desde hoy histórica, de don Bartolomé Mitre, adherimos con sincera cordialidad á la manifestación de duelo iniciada por el presidente de la cámara y aprobamos unánimemente la indicación formulada.»

Del Dr. José Sanarelli

(EN EL PARLAMENTO ITALIANO)

¡Honorables colegas!

Una gran nación, que está unida á nosotros por vínculos de afecto, de cultura y de sangre, la nación Argentina, ha perdido en estos días al más ilustre de sus hijos, aquel que era la imagen viviente de la gloriosa historia de su extirpe y el amigo más entusiasta de la civilización y del pueblo italiano.

Con la muerte de Bartolomé Mitre no se ha borrado solamente la silueta de un gran estadista y de un gran sacerdote del arte y de los estudios históricos; no ha desaparecido tan sólo el representante más ilustre de los literatos argentinos del siglo pasado; no enmudeció sólo, para siempre, la voz del poeta que fustigaba todas las bajezas y las iniquidades sociales, imprimiendo el estigma de su palabra sobre la frente ó sobre el dorso de todos los delincuentes de la historia!

Con la muerte de Bartolomé Mitre; que dirigió por tantos años los destinos del gran pueblo argentino, hemos perdido nosotros, los italianos, el amigo seguro y elocuente, que desde la casa rosada, como de la banca del senado, ó de las columnas del diario más autorizado de la América latina, fué uno de los más ardientes y convencidos defensores de los intereses de nuestros compatriotas é hizo vibrar siempre y donde quiera, su voz poderosa contra todo derecho conculcado, para toda reivindicación del pensamiento humano, por todos los ideales que sonríen al porvenir de nuestra extirpe, por todos los oprimidos del mundo!

Amigo y compañero de armas de Garibaldi, Bartolomé Mitre se encontró á su lado en el memorable día de San Antonio, y se debe en gran parte á su fascinadora elocuencia que suscitó el entusiasmo y la conmoción del senado del pueblo argentino y de nuestra gran colonia, si el monumento al «Libertador de pueblos» se levanta hoy

majestuoso en el magnífico «Parque 3 de Febrero,» casi como enseña tutelar de nuestros innumerables compatriotas,como prenda segura del pacto irrescindible de la confraternidad italoargentina.

Amigo y admirador de José Mazzini, Bartolomé Mitre fué el más autorizado entre aquellos que quisieron que el arte de Monteverde perpetuase en el cándido mármol allí, en el célebre «Paseo de Julio,» la imagen pensativa y sugerente del gran apóstol de la revolución italiana.

Traductor genial y admirador de la «Divina Comedia» de Dante, Bartolomé Mitre ha dado en la América latina el más grande impulso á la difusión de nuestro idioma y propendiendo á la institución de cátedras de italiano en todos los colegios nacionales de la República, creyó elevar el monumento más digno de la gloria del genio itálico.

A la gloria imperecedera del mayor poeta de nuestra raza, él escribía no hace mucho tiempo:

«No se debe levantar un monumento esculpido en mármol ó en bronce; el monumento que durará tanto cuanto la palabra, Dante se lo ha levantado, creando la «Divina Comedia», y el recuerdo más digno que nosotros podamos ofrecer á su gloria, consiste en instituir cátedras de aquella lengua, en la cual fué escrita la obra sublime!»

Cuando con la rapidez misteriosa con que vibran las grandes conmociones del alma, se difundió la noticia del trágico fin del segundo rey de Italia y la atribulada conciencia nacional, renovaba entre nosotros un plebiscito de dolor, la palabra venerada de Bartolomé Mitre se hacía inspiradora de aquella inolvidable manifestación de solidaridad italoargentina, de aquella solidaridad magnífica que quiso perpetuar el recuerdo de la común desgracia, en el piadoso homenaje á los despojos del rey Bueno, que yace en el Panteón, velada por el inolvidable afecto del pueblo italiano!

Este es, honorables colegas, el grande hombre que falta desde diez días hace, á la veneración del pueblo argentino. ¡Este era el amigo incomparable que ha perdido el pueblo italiano!

En nombre de aquella solidaridad que existe entre ambas naciones hermanas, que se ha consagrado para

siempre en manifestaciones tan repetidas y conmovedoras en los días de alegría y de luto común, yo invito á la cámara á asociarse al dolor que ha herido al pueblo argentino y propongo que nuestro ilustre Presidente se constituya intérprete de los sentimientos del parlamento italiano hacia la cámara argentina asegurándole que la capital de la nueva Italia, sabrá honrar en forma perenne, la memoria de aquél, que, en el nuevo continente, fué el más ilustre representante de la civilización latina.

BARTOLOMÉ MITRE

Muerto está, el gran argentino, la encarnación de los más gloriosos capítulos de la historia de la joven república sudamericana, rico en años, rico en honores, admirado por los contemporáneos, amado, mimado por todo un pueblo, ejemplo para las generaciones venideras.

No puedo ver desaparecer tan noble figura sin consagrarle algunas palabras, débil muestra de mi veneración. La modesta corona que con vuestro permiso quiero depositar sobre la tumba del general, llegará tarde. Pero su memoria puede aguardar, como que tiene por delante la inmortalidad.

Me guardaré de toda hinchazón y toda exageración. Hasta me esforzaré en permanecer muy por debajo de la altura á que debe, legítimamente, elevarse el tono de quien quiera hablar del extinto como lo merece. No olvidaré que hablo en casa del muerto, y que el buen gusto me obliga á mitigar los elogios y atenuar los homenajes.

*
* *

Por desgracia no he conocido personalmente al general Mitre. No estuve nunca en la República Argentina, y cuando el general se hallaba en París yo no había llegado aún. Por otra parte, aunque me hubiese encontrado aquí, no hubiera tenido título alguno para acercarme al hombre que ya había sido protagonista político y militar en su patria y que era tan ilustre en el exilio como en su propia casa.

Pero tengo ante mí su rostro patriarcal, he leído su monumental historia de las guerras de la República Argentina, he conversado frecuente y largamente con personas que vivieron en

su intimidad y creo poseer todos los elementos necesarios para darme suficiente cuenta de él, de su carácter, de su carrera, de sus talentos, de sus principios. En suma, preciso es juzgar á los personajes históricos á distancia. Pertenecen á todos los siglos, y todos los siglos no pueden haberlos visto andar bajo el sol.

*
* *

Nosotros los europeos buscamos todavía en Plutarco ejemplos auténticos de virtud y sencillez republicanas. Citamos con respetuoso asombro á Cincinato. ¡Imaginaos un hombre que había estado investido del supremo poder, y que después de cumplida su misión de jefe de gobierno, vuelve tranquilamente á su arado!

Dos mil años de monarquía hereditaria y de feudalismo bajo todas las formas, han estampado tal sello en nuestra mentalidad, que no volvemos de nuestra sorpresa ante este espectáculo: el hombre que ha sido el primero, vuelve á las filas, se confunde con la nación, consiente en vivir como simple ciudadano.

Es que, inconscientemente, asociamos todavía á la idea del poder la idea de la perpetuidad, de la innatidad, de la gracia de Dios. El hombre que ha cesado de reinar es un héroe de resignación ó una víctima trágica. Es Carlos V, llevando voluntariamente el hábito del fraile en el convento de Yuste, después de haber empuñado el cetro de dos mundos, ó es el Rey desterrado «sombrío y orgulloso en su decadencia».

Conocemos, es cierto, desde hace siglos, á los presidentes de la Confederación Helvética, que se marchan con dignidad después de su breve mandato; pero son, en verdad, harto poco decorativos para ocupar la imaginación.

Tenemos, también, á los presidentes de la República Francesa, pero hasta ahora no han sabido retirarse con sencillez. Thiers, Mac Mahón, Grevy, parecían destronados y amargados, y les veía buscar con los ojos la sombra de la corona que manos violentas les hubiesen arrancado. M. Casimir Perier continúa envuelto en un misterio mal aclarado aún, que lo separa de la generalidad de los mortales. M. Loubet será quizá el primero que torne á ser ciudadano activo y útil, pero es preciso aguardar y ver.

En resumen: Cincinato no tiene todavía émulos en Europa. Sólo la joven América produce en número apreciable esta figura, que para nosotros pertenece á la antigüedad clásica. Esto explica el prestigio que para nosotros tiene un hombre como el general Mitre.

*
* *

Porque no se le favorece comparándole con Wáshington, á quien todos sus contemporáneos comparaban con Cincinato.

El general Mitre fué presidente de una gran república, y en la serie de sus presidentes ha sido excepcional. Llevó el timón en medio de la tempestad. Mandó en jefe ante un enemigo temerario y feroz. Tuvo el prestigio de la victoria con todos sus accesorios deslumbrantes: el chocar de las armas, el galope de los caballos, el trueno de los cañones, las banderas flameando al viento del combate. Como generalísimo ejerció una dictadura. Y de todo ello se despojó apaciblemente, sin mal gesto estéril, sin permitir que se le colocase entre los restos gloriosos. Con esto dió una lección de cosas de incomparable valor para la educación política de un pueblo joven y ardiente.

Al terminar su presidencia, el general Mitre no renunciaba á sus ambiciones. Era demasiado joven para ello, estaba demasiado henchido de savia. Su vigor físico y moral quería seguir gastándose en bien de la patria. La lucha de los partidos lo atraía violentamente. Y luego, sentíase necesario para la evolución de su país. Trataba, pues, de mantenerse en posiciones que le permitieran ejercer el máximum de influencia en provecho de la cosa pública, y hacer el mayor bien posible á la causa del progreso. Pero cuando sus esfuerzos no obtenían el resultado que sus talentos y su foja de servicios le daban derecho á esperar, revelaba toda la nobleza de su personalidad. No fomentaba la guerra civil. Aceptaba la voluntad de sus conciudadanos, y se orientaba resueltamente hacia otro campo de actividad cívica, para seguir siendo útil á la patria.

*
* *

La libertad de la América Central y del Sur no cuenta un siglo aún, pero su breve existencia ha sufrido grandes sacudidas. Ha producido tipos de políticos que no le han dado buena fama.

Tenemos los presidentes de las repúblicas negras, que juegan á ser emperadores. Tenemos los de las repúblicas mestizas que tratan de igualar á los déspotas más sanguinarios de la historia. Tenemos á los astutos ó cínicos explotadores del estado, que entran en el palacio presidencial como salteadores, y lo abandonan cargados de botín. Se ha visto títeres caricaturescos, monstruos espantosos, bandoleros de alto vuelo. Inútil nombrar á esos seres, cuyo nombre está en todos los labios: al que creó duques,—verdad es que eran de la Mermelada, del Confite, etc.—chambelanes y mariscales; al que estaba rodeado de una cuadrilla de asesinos y mandaba degollar á sus adversarios á domicilio, por centenares; al que después de robar una centena de millones á su país se venía á vivir tranquilamente en París del fruto de su rapiña.

El general Mitre representa una especie muy distinta á la que ha hecho legendaria la política americana. Era el hombre íntegro, serio y fuerte. Verdadero republicano, verdadero demócrata, despreciaba el fausto y se reía de todas las distinciones externas con que se complace la fantasía pueril de los fetiquistas monárquicos de Europa, y la de los imbéciles que los copian en América. No era en modo alguno «protocolar». No permitía al sastre que *aumentara* su dignidad personal. Ni bordados ni galones; ni penacho ni oropeles. Hasta el gran Bolívar, en los cuadros y grabados que transmiten á la posteridad su hermoso rostro pensativo, está representado siempre con uniforme de general. No recuerdo haber visto un solo retrato del general Mitre en traje militar. Debe de haberlos, sin duda. Y un uniforme que ha sufrido el fuego de diez batallas, cesa de ser un disfraz carnavalesco. Pero, en suma, el general Mitre ha preferido verse privado de todo prestigio suntuario, y los retratos que han popularizado su físico en ambos mundos nos lo muestran en simple levita ó americana, y con sombrero blando de anchas alas. Hay un hermoso simbolismo en este desdén de la solemnidad, en esta emancipación del sastre. Afectando siempre el más sencillo exterior de ciudadano, quiso señalar la superioridad de la personalidad sobre todas las cosas externas, que á ella pudiera agregar el convencionalismo. Colocaba al hombre por encima de la función, al valer individual por encima de las insignas y al honor por encima de los honores. ¡Qué lección para los envidiosos y los *parvenus!*

* * *

Desde otro punto de vista, mucho más importante todavía difiere también y por completo del tipo corriente de los políticos que llegan á las primeras filas en las jóvenes democracias. ¡Cuán hermosa y elevada concepción del deber cívico era la suya! Para él, servir á la patria quería decir sacrificarse á la patria. Sacrificarse sin más recompensa que la aprobación de su propia conciencia, y que el altivo sentimiento del deber cumplido. Las manos que habían conservado tanto tiempo las riendas de un gran gobierno, que habían manejado los millones de ocho presupuestos anuales, quedaron limpias de toda mancha de oro. El poder, que no lo enriquecía, le costó la fortuna. Prócer valeroso y desinteresado, casi podía repetir como D. Ruy Gómez, de «Hernani».

Il prît troicents drapeaux, gagna trente batailles,
conquît au roi Motril, Antequera, Suez,
Nijar, et mourut pouvre...

Quiero esperar que la última afirmación no se aplique á él. Pero, si no ha muerto pobre, no debe nada de lo que pudo poseer y legar á los suyos, á las funciones que desempeñó. Todo lo ha adquirido merced á su trabajo independiente, que hubiera sido mucho más fructífero aun, si no hubiese consagrado sus mejores años y la mayor parte de sus fuerzas y talentos á la cosa pública.

*
* *

Durante toda su larga vida, el general Mitre fué el caballero sin miedo y sin tacha de la libertad. Joven aun, combatió al tirano Rozas que había esclavizado, ensangrentándola, á la Confederación Argentina. Hombre, en la plenitud de su fuerza, aplastó al terrible López, pesadilla del Paraguay. Quiso la libertad, no sólo para su país, sino para todos los países que holló su planta. Luchó generosamente por el Uruguay con la espada, por Bolivia con la espada y la pluma, por Chile con la pluma. En todas partes fué el campeón de la emancipación individual lo mismo que de la independencia nacional. La flamígera palabra que el joven Schiller puso á la cabeza de su primer obra «Los bandidos», el grito «In Tyrannos!» fué la divisa del general Mitre.

En esto, como en muchas cosas, se parece á este otro héroe de los tiempos modernos: Garibaldi. Son dos hermanos gemelos, aunque sus cunas estuvieron separadas por la extensión del océano. Ambos son caballerosos y sencillos, indomables y modes-

tos altruistas hasta el completo olvido de sí mismos, valerosos sin jactancia, jefes natos sin altanería, enérgicos y bondadosos, laboriosos y desinteresados, guerreros no militarotes, soldados del ideal, pero sin énfasis, patriotas sublimes, nunca patrioteros, educadores abnegados, tanto como sagaces y severos de su pueblo. Tienen una rara comprensión política, rayana en adivinación profética, y un amor universal á la humanidad, que no admite que las fronteras pueden detenerlo.

Pero el general Mitre tiene alguna superioridad sobre Garibaldi. Sus concepciones políticas eran más elevadas, más vastas y más científicas. Era legislador, reformador, economista, tanto como guerrero. Tenía un talento literario más rico, más variado y más vigoroso. Y, sobre todo, era un iniciador más audaz y más impulsivo.

*
* *

Porque no se debe olvidar que Garibaldi ha tenido en su favor una tradición que remonta hasta el Dante, mientras que el general Mitre tuvo que romper con la tradición de su país y de su ambiente.

Garibaldi era la espada de una idea que dominaba el alma de la nación italiana en la época del Risorgimento.

El general Mitre, por el contrario, tenía la temeridad de preconizar ideas nuevas, violentamente opuestas á las que reinaban en la época de sus comienzos. Comprendía que la joven República Argentina necesitaba hombres, y él, el primero, organizó en grande escala la inmigración de los extranjeros útiles. A la estrechez de los autóctonos subsistituía una amplia hospitalidad, al desprecio hacia el «gringo» la simpatía generosa hacia el extranjero que llevaba consigo sus energías y capacidades, al nativismo celoso y envidioso, la apreciación imparcial de todos los talentos y de todos los servicios.

Si la República Argentina es hoy el país más próspero de la América Latina, si se ha convertido en la patria amada y fuerte de millones de europeos arraigados en ella, ese mérito es, en primera línea, del general Mitre.

*
* *

Este hombre de estado creador, este guerrero glorioso, este superior conductor de hombres, era también un talento literario excepcional. Historiador de alta alcurnia, sobrio como Julio César cuando habla de sus propias hazañas, elocuente, entusiasta como Michelet cuando trata de la patria y de sus hijos eminentes, tiene pocos pares é iguales y ningún superior en el alto periodismo consciente de su tarea de educador del pueblo y de su función sacerdotal. Si el general Mitre no hubiera tenido papel activo en la política y en la guerra, se hubiese hecho también ilustre con su pluma.

Sobre su monumento puede, — ampliándola, — inscribirse la vieja fórmula clásica que resume las vidas modelo:

Ense, aratro, calamo!

MAX NORDAU.

París, Enero 19 de 1906.

EL GENERAL MITRE

IN MEMORIAM

«L'homme aujourd'hui sème la cause,
Demain Dieu fait murir l'effet.»

(Victor Hugo.)

No conozco en toda la América española un hombre semejante al que acaba de perder mi patria.

Bartolomé Mitre encarnaba, en efecto, brillantemente, la rara trinidad de la palabra, de la pluma y de la espada.

Era orador de estilo, de voz timbrada, simpática, de apostura y gesto comunicativos que impresionaban fuertemente.

Era escritor fértil, erudito, universal en su información, al día en todo, trascendental y didáctico.

Era soldado, casi de nacimiento, tan temprano empuñó el fusil; su radio de concepción militar era vasto; su valor nada común, teniendo, como tenía, la serenidad estoica en el peligro.

Hablando, escribiendo, combatiendo, era un poeta del ideal en la acción, al que sólo le faltó teatro y hora para difundirse como un héroe legendario.

Su superioridad era de tal suerte avasalladora, que los mismos que no pensaban como él, ó que le combatían, así como los que acaudillados por él le censuraban, ó le envidiaban, todos, todos ellos pretendían imitarlo, aunque no lo confesaran.

De ahí su influencia constante, permanente en los destinos de su país, en el gobierno, ó fuera de él, - presidente ó no,—la fascinación magnética que ejerció en sus contemporáneos y hasta

en sus sucesores, puede decirse, puesto que fué una de esas entidades privilegiadas que se sobreviven.

Esa influencia ya se siente desde que es oficial de artillería dentro de las murallas de Montevideo, combatiendo contra la prepotencia de Rozas; en Bolivia, donde su espada se pone con Ballivian al servicio de la buena causa; en Chile, donde su pluma hace vibrar con entusiasmo los corazones juveniles; donde sus seducciones de hombre de salón cautivan las almas—tal es la cortesanía del caballero con todos los instintos de un gran señor aristocrático, á lo que hay que agregar todavía las delicadezas artísticas del futuro traductor del «Infierno», de Dante, «prefaciado» con maestría eximia. Sobre sus hombros varoniles una cabeza de singular hermosura, con unos ojos de fuego y una expresión parlante, encuadrada dentro de unos cabellos abundantes, semirrizados, cual finísima seda; negros como azabache, va diciendo: «yo soy alguien».

La herida, en la frente misma, que después apenas le derribó cual á otro Anteo, porque, como diría Napoleón, no estaba fundida la bala que había de matarlo,—esa herida agregó un encanto indecible á aquel rostro anguloso, interesante, soñador, irresistible, comparable á la efigie del mártir de los mártires en el paño inmaculado de la Verónica.

Rozas, que fué en la República Argentina el hombre más representativo de las pasiones sociales y políticas furibundas, no alcanzó á ser tan popular como él,—perínclito varón de corte antiguo.

Rozas pasó, como pasó el batallador formidable, su coadjutor en ciertos momentos, Urquiza, que lo derrocara.

Mitre no pasará. Vivirá como Wáshington en la memoria de sus conciudadanos. Y el tiempo agrandará las proporciones magnas del patricio insigne.

Sí, aquéllos pasaron, porque sólo fueron instrumentos de fuerzas superiores á ellos mismos, latentes ó palpitantes, según las circunstancias en que actuaron y las tendencias transitorias del vaivén fratricida fatal; porque ninguno de ellos fué, como Mitre, un generador; porque de ninguno de ellos puede decirse lo que Jules Claretie ha escrito con su acierto crítico característico de observador, en el prefacio sobre «Las mujeres de la Revolución»: «un genio (se refiere á Michelet), que esparce su genio, que á otros les infunde su alma, esa alma que fué como el alma misma la tradición, el pensamiento, la ansiedad de la Francia»

Tuve la fortuna de vivir, aunque su subalterno, en las estrechas intimidades de este paladín épico,—lo repetiré,—de la palabra, de la pluma y de la espada, que durante más de medio siglo ha sido arriba ó abajo, el exponente, la potencia, la gran influencia espiritual de un país que camina y camina con sus seis millones de habitantes ya á la realización de destinos soberbios, que nada espero torcerá, ni truncará.

Y en la buena y en la mala fortuna, sobre todo en la mala, -como después, por ejemplo, del sangriento asalto de Curupaity,—siempre lo ví á la altura de la gloria ó de sus responsabilidades, con espaldas de Alcides, fuertes suficientemente para cargar el sólo con el peso abrumador que debe compartirse.

El no pensó, siquiera, decir como Napoleón, buscando la causa de su eclipse «mis generales están ya demasiado ricos.»

No, él callaba en esas horas graves y pensaba, sí, yo sé que pensaba: la fortuna es como el sol: hoy está opaco, mañana brillará con luz deslumbrante, y será la victoria!

No diré como Montesquiú:

«Se habla mucho de la fortuna de César; pero este hombre extraordinario tenía tantas grandes cualidades sin un sólo defecto aunque tuviera muchos vicios, que habría sido muy difícil, cualquiera que hubiera sido el ejército que mandara, que no hubiese sido vencedor, y que en cualquier república en que hubiese nacido, no la hubiera gobernado.»

Pero sí diré á todos los vientos, que el guerrero que nos ha abandonado en la edad y con la sabiduría de Néstor,—que vicios no le conocí y que sus defectos de temperamento, los poquísimos que tenía, hay que imputarlos á lo que quizá no son sino flaquezas amables.

Fué esposo amante, fué padre cariñoso, fué amigo de una pieza, consecuente.

Como se ha dicho de Condorcet, parecía muy frío, no lo era; sus amigos no conocían su amistad sino por el extremo ardor que secretamente empleaba para servirlos, en una palabra, «era un volcán bajo la nieve».

Sabía resistirles y convencerlos hasta la persuasión.

Empero, dejóse alguna vez arrastrar por ellos como impelido por un vendaval de afecciones.

A la manera que en la gran rada de Nueva York se alza enhiesta a estatua colosal de la Libertad iluminando al mundo, así nosotros,

los argentinos, debiéramos erigirle á este paisano incomparable un monumento granítico, alto, muy alto, que se divise de lejos, de muy lejos, por todos los hombres libres del orbe que vayan á habitar las orillas del Río de la Plata.

Ese monumento será al mismo tiempo como una estrella polar en la orientación del porvenir argentino. Pues en la hipótesis inverosímil de que cuanto acabo de consignar, á la ligera, me haya sido dictado por un sentimiento apasionado, casi filial, de admiración, siempre resultará de los hechos, los hechos que se imponen: que la vida de Mitre fué la de un trabajador ciclópeo, incansable, ejemplo clásico digno de ser imitado «urbi et orbi».

Yo no pregunto, en conclusión, como Manzoni:

—¿Fu vera gloria?

—¡Ai posteri l'ardua sentenza!

Los que viven, los que en olas humanas han acompañado sus cenizas venerandas hasta la morada del eterno reposo, ya han contestado·

¡Fué una gloria!

LUCIO V. MANSILLA.

184, avenue Victor-Hugo.—Paris.

EL GENERAL MITRE

(De *La Liberté* de París)

Un presidente de la República Argentina—Un decano del periodismo—La pluma y la espada—Un amigo de Francia.

El general Mitre que acaba de fallecer en Buenos Aires, y por quien se celebrará mañana un solemne funeral en la Magdalena, era un hombre legendario.

Su larga existencia,—nació en 1821,—tiene algo de épico y de novelesco. Fuera de Garibaldi, de quien fué amigo y émulo, no hay en la historia americana, tan fértil en cosas imprevistas, personaje más extraordinario.

Si Garibaldi fué el último condottiere, Mitre ha sido probablemente, el último caudillo. En nuestra época las ideas se orientan cada vez más hacia el prosaísmo, y la política, lo mismo que el otro teatro, no deja lugar alguno á los papeles heroicos.

Pocos hombres han sido, tanto como Mitre, producto de una época y de un medio. Fué el romanticismo en acción. Su ejemplo prueba, una vez más, que la fortuna sirve preferentemente á los hombres que se identifican con su tiempo. El suyo era caballeresco: Mitre se hizo paladín. A los diez y ocho años se le encuentra ya, poeta y soldado, cantando á la libertad y combatiendo por ella como Byron, en Missolonghi, como Garibaldi en todas partes.

Era en Montevideo, ciudad desgraciada y valerosa, á quien Dumas padre condecoró con el título de «Nueva Troya» y que sostenía un interminable sitio contra Oribe, secuaz del sanguinario dictador Rozas, donde hizo Mitre sus primeras armas. Las

salidas frecuentes y mortíferas hacían rápidos los ascensos. En 1846 el joven oficial era teniente coronel de artillería. Su hijo mayor, que nació durante el sitio, ha contado en una página llena de *humour* las tribulaciones de aquella pobre gente expuesta á tantas privaciones y peligros. Las raciones eran escasas. Se vivía de porotos chilenos. El oro y la plata de las joyas, se había acuñado en onzas y patacones. Garibaldi, cargado también de familia, á falta de velas se alumbraba con la luz de la luna.

No se devoraban curas todos los días como ahora; pero se comían tiranos. Se peleaba al propio tiempo con la espada y con la pluma, y Rozas, condenado hasta en París, no temía menos los panfletos que el fuego de sus adversarios. Así fué como se estrenó Mitre en el periodismo y la literatura, á los que debía consagrar más tarde la segunda mitad de su vida.

La influencia de las ideas francesas era entonces muy grande en el Río de la Plata. Tres mil compatriotas nuestros, mandados por Thiebaut, ex oficial del Imperio, y á quien habían hecho coronel, se pusieron valerosamente al servicio del gobierno de la «Defensa». Su periódico, *Le Patriote Français*, reflejaba el espíritu que animó á Francia en los últimos años de la monarquía de julio. En las calles de Montevideo se cantaba la Marsellesa. En los salones se leía á Lamartine, más romancesco aún que romántico, y que respondía bien al ideal de aquel pueblo mártir. Tal influencia no podía dejar de obrar sobre un temperamento tan ardiente como el de Mitre. Y la encontraremos en el poeta, en el tribuno, en el historiador y en el hombre de estado: su palabra tendrá la grandilocuencia girondina, su política el entusiasmo, la confianza, y á veces también el ilusionismo de los republicanos de 1848.

La característica de aquella generación fué poetizarlo todo, hasta los negocios públicos. El prestigio de Mitre que desde hace tiempo se había trocado casi en aureola, era probablemente debido más que á las notables dotes de su inteligencia, á las raras cualidades de su corazón. Sus discursos llegaban hasta los jovencitos y las mujeres.

La habilidad que exigimos ante todo de nuestros políticos modernos, era sin duda el menor de los méritos de Mitre.

* * *

Sería necesario escribir toda la historia de la Confederación

y de la República Argentina de 1840 á 1906 para hacer la biografía de Mitre.

Durante más de medio siglo encarnó su joven país, cuyas fuerzas morales dedicóse á desarrollar, dejando á continuadores menos idealistas, como el general Roca, el cuidado de ejercitar fuerzas materiales harto tiempo descuidadas.

Limitémonos á recordar que Mitre fué presidente de la república de 1862 á 1868, y generalísimo de los ejércitos aliados de la Argentina, el Brasil y el Uruguay, durante la larga guerra que sostuvieron contra López, el dictador paraguayo.

Como jefe del estado, Mitre dió pruebas de un desinterés que lamentaron muchas veces sus conciudadanos. Como estratégico, las dificultades de una campaña tan lejana y la resistencia de adversarios fanatizados, lo recomiendan altamente á la atención de los historiadores militares.

Al dejar el poder, Mitre había fundado el diario *La Nación*, que ha llegado á ser uno de los órganos más importantes de ambos mundos y que, merced á una crítica tan vigilante cuanto honesta, contribuyó no poco á depurar las costumbres políticas del país.

Este diario ocupó al general Mitre hasta el término de su vida. Ocupando una modesta casa contigua al suntuoso edificio de *La Nación*, veíasele hasta hace muy poco, ágil anciano, pasear por los talleres y las salas de redacción su alta silueta simpática.

En 1901, una manifestación que evocaba el jubileo de Victor Hugo, señaló el fin de una carrera tan agitada, tan llena, tan proficua. El glorioso octogenario vió una multitud entusiasta y respetuosa desfilar, durante un día, frente á aquella casa que le venía de la generosidad del pueblo argentino, y en la que acaba de extinguirse.

El general Mitre deja una obra literaria considerable: poesías muy apreciadas, algunas de cuyas endechas son familiares para las guitarras argentinas, numerosos discursos de hermosa forma, de inspiración á menudo feliz y siempre noble; monografías, una historia de Belgrano y otra de San Martín, escritas en estilo sobrio y castizo, y por último una traducción de la «Divina Comedia».

Entre los franceses del Río de la Plata, Mitre gozaba de bien merecida popularidad. Hablaba gustoso nuestro idioma, y hacía honor en todas las ocasiones á lo que llamaba la generosa fibra francesa. Cuando murió Gambetta, y en una manifestación de duelo

organizada por nuestros compatriotas, hizo una improvisación de conmovedora elocuencia:

«Somos—decía en francés,—hermanos por la comunidad de las ideas y la solidaridad de los principios. Honráis á vuestra madre en el ilustre hijo que ha perdido; nosotros honramos en ella á la nodriza de nuestro pensamiento».

Nada más que justicia es que hoy, á nuestra vez, honremos la memoria de este hombre generoso, tan sinceramente amigo de Francia.

THEULOT.

MITRE

(De *Le Figaro* de París)

En la Madeleine se celebrarán mañana los funerales del general Mitre ex presidente de la República Argentina.

La colonia sudamericana de París, al honrar con ese místico pensamiento la memoria del «primer argentino de su tiempo», según lo calificara el presidente Roca en uno de sus últimos mensajes al congreso, ha querido testimoniar su solidaridad en el culto por uno de aquellos espíritus superiores que han contribuído á exteriorizar la vida moral de todo un continente. Al salvar las fronteras de su país y salirse por el mundo, el nombre de Mitre ha llevado, en la brevedad de su sonido, la noticia de que hay en la América del Sur el ambiente suficiente para producir hombres que en nada desmerezcan de aquellos que son honra y grandeza de los viejos pueblos.

Entre los espíritus que por su valor moral han contribuído á dar perfil objetivo á una nación en el concierto de las otras, Mitre es la naturaleza más vigorosa que ha producido la América desde que se emancipara de España. Hombre de lucha y de pensamiento, fué un gentil con el temperamento de un cristiano de la Edad Media. Puso siempre su espada al servicio de la dignidad política del hombre sudamericano, que aparecía con el intento progresivo de condensar su entidad moral de pueblo al amparo de un hombre que lo guiara. Y fué Mitre el apóstol que se alzó en medio del tumulto.

En 1852, después de una tiranía de veinte años, el pueblo de Buenos Aires vió aparecer, en la serenidad de una mañana de primavera, sobre el fondo obscuro de una pequeña arboleda,

la figura fina, romántica, de un joven oficial que, defendiendo la organización constitucional de la República, asomaba su frente pálida, bañada en sangre, y decía, sin caer, recostado sobre su caballo de guerra:

—Dejadme morir de pie.

Desde aquel momento trágico de su vida, en que un balazo anónimo quiso apagar la luz que brillaba en su cerebro, comenzó la popularidad de Mitre y su nombre fué aclamado sin cesar durante más de medio siglo. Esa popularidad suya quedó consagrada de manera elocuente y avasalladora el 26 de Junio de 1901, con motivo del histórico jubileo que le decretara el país agradecido: y la misma ha venido á retornar con más vigor aun en la hora serena de su muerte, que ha sido la de su apoteósis.

Desde entonces hasta el momento en que el héroe acaba de nacer á la vida de la inmortalidad, cada hora suya ha tenido su afán.

Improba tarea sería la de dar á conocer al lector europeo la acción ejercida por el general Mitre en el Nuevo Mundo, como filósofo y moralista, como diplomático y guerrero. Escribir la historia de Mitre en los últimos sesenta años, sería escribir la de su propio país: esfuerzo que, por su magnitud, no cabría en el espacio breve de un fugaz artículo de diario. Si enumeráramos las batallas á que concurrió y las que él mismo libró dentro y fuera del país, produciríamos tal vez sonidos que ningún sentimiento de convicción dejarían en el ambiente que nos rodea, de suyo extraño al soldado muerto. . .

Cuando la naturaleza de un espíritu ha llenado con su nombre los ámbitos de un mundo: cuando la labor activa de su pensamiento ha removido todas las dificultades de una democracia en embrión, sirviéndola desinteresadamente: cuando no se puede leer una línea en la historia constitucional de un país sin sentir que su mayor ambiente ha sido formado por la virilidad de su ánimo, será, sin duda, porque ese hombre trajo en su espíritu el esfuerzo evangélico de los grandes redentores de la tierra que, después de pasar por los infinitos calvarios de la vida, se convierten en símbolo supremo de su patria y la purifican con su ejemplo.

Y tanto es así, que el conjunto de la vida de Mitre había hecho de su casa, asilo ofrecido por sus conciudadanos, un templo donde su nombre fué siempre evocado por el pueblo como la expresión más pura del patriotismo.

Cuando argentinos y chilenos movían sus hombres y sus armas para dirimir una secular cuestión de límites, Mitre dijo, en el momento más delicado:

—La guerra con Chile será un crimen.

Y todos los hombres, de uno y otro país, se recogieron en la clausura de sus conciencias para meditar sus palabras de apóstol que había abandonado la tienda del tribuno, para mantener la paz entre dos pueblos hermanos.

En época más lejana, cuando Mitre fué enviado como ministro plenipotenciario cerca de don Pedro II, emperador del Brasil, de grata memoria, supo suavizar las asperezas levantadas por una diplomacia guerrera.

Los americanos del norte dicen con su fría fiereza:

«Washington was a good and great man». Y aun agregan: «He was the first in the war; the first in the peace; the first in the heart of his citizens».

Los americanos del sur podrían afirmar lo mismo de Mitre y aun añadir que fué todo eso y mucho más: el primero en la prensa, donde sirvió el principio de la verdad; el primero en el parlamento, la voz más tribunicia cuando la multitud le rodeaba; el diplomático más sagaz y el más grande historiador del Nuevo Mundo.

El recuerdo de un hombre puede moverse en la imaginación de la posteridad más lejana entregando el móvil de sus actos á las investigaciones más flexibles de la moral, y su pensamiento á las cavilaciones más nobles de la filosofía; pero lo que más perdura sin duda en el curso mortal de las edades, es la grandeza de alma puesta al servicio del bien. Tal fué la característica de Mitre y tal su programa de vida. Como la sencillez de un espíritu está en armonía con su grandeza moral, no creía aquél que sus libros de historia como «La emancipación de la América del Sur» y la «Independencia Argentina», habían contribuído á aumentar su prestigio. Hasta, tal vez, olvidó que había realizado la unión argentina, creyendo, como Cavour y Bismarck, que el siglo XIX había de ser el de las grandes nacionalidades.

Mitre, consagrando ese hecho, unificando su país en la ciudad de Buenos Aires, rodeado solemnemente de todos los gobernadores de provincia, aparece á la luz del rayo más puro de su gloria. Y bien ¿se sentía Mitre acaso engreído por su gran obra de historiador, de estadísta y de soldado? No. En cambio tenía un culto ín-

timo, profundo como una religión, por su apostolado democrático; y por eso dijo, una de tantas veces que la muchedumbre le aclamaba:

—Estas peregrinaciones que llegan periódicamente hasta el fondo de mi hogar, no debo atribuirlas á otro mérito personal mío que el de haber entregado la presidencia de la república en paz y libertad.

Voilà l'homme.

EUGENIO GARZON.

Impresión de la muerte del general Mitre en España

EL ULTIMO GRANDE HOMBRE DEL SIGLO XIX

Al ver ondear en los consulados argentinos la bandera á media asta, todos los españoles comprendieron la gran desgracia que ya presentían, la pérdida del glorioso Mitre, que era para nosotros la más pura y más alta representación de esa América hispana, cuya existencia está unida á la nuestra por indestructibles lazos. La inmensa desdicha que hoy la República Argentina llora ha causado aquí dolor vivísimo, muy especialmente en los centros intelectuales y entre los elementos populares y democráticos. El congreso de los diputados en su sesión de ayer asocióse al duelo nacional argentino, uniéndose para enaltecer la memoria del patricio insigne todos los partidos políticos españoles. El presidente del consejo de ministros, con el concurso unánime de la cámara, tributó en nombre del gobierno y en frases elocuentes el debido homenaje al más ilustre, más admirado y más querido de los hispanoamericanos de nuestro tiempo. Además del Sr. Moret, pronunciaron muy sentidas palabras en honor del gran Mitre los diputados Rahola, Zulueta y Sánchez Guerra, y el presidente del congreso, Sr. Canalejas, propuso á la cámara que el sentimiento de ésta se hiciera constar en acta y que se enviase á la República Argentina en nombre del congreso español un telegrama expresando el dolor con que había recibido la infausta noticia del fallecimiento del intachable hombre de estado y ejemplar patriota arrebatado por la muerte.

De toda España llegan en estos momentos sentidísimas manifestaciones de pésame á los consulados argentinos de la Penínsu-

la, y multitud innumerable de españoles que han vivido en las orillas del Plata dirígense desde ayer al que estas líneas escribe verdaderamente consternados ante la desgracia irreparable que acaban de sufrir no sólo los argentinos sino cuantos aman la libertad la justicia, el progreso, la emancipación de los pueblos oprimidos, y cuantos rinden culto al valor cívico, á la abnegación, al desinterés y á la alteza de miras de esos hombres de extraordinario mérito que como Mitre, aparecen de tarde en tarde en las sociedades humanas para consagrarse por entero, olvidándose de sí mismos, al bien de sus conciudadanos.

No hay idea de la dolorosa impresión que hoy aflige á cuantos de América volvieron pronunciando con veneración ferviente el nombre de aquel heroico soldado, de aquel presidente modelo que se sirvió de la gloria que le habían valido sus victoriosas batallas campales, para fundar y organizar una democracia moderna que luego afirmó con sus eminentes dotes de preclaro estadista y con la constante práctica de las virtudes cívicas que fueron la esencia de su carácter.

Recuerdo que yo aun no deletreaba, no había empezado á leer las páginas de la Historia, cuando conocía ya el nombre de Mitre, mil veces repetido en mi natal costa cantábrica. No había pueblo, ni aldea, ni caserío en aquella costa donde no se contaran los esfuerzos y los sacrificios que Mitre había hecho por su patria. La fama del héroe americano corría unida á la de Garibaldi. En unas casas estaba su retrato; en otras se recitaban ó se leían sus versos. Los viejos navegantes que regresaban de América contábannos las persecuciones de que era objeto por la invencible firmeza de sus ideales y por la noble valentía de su generoso espíritu libertador.

Así es que, cuando después de transcurridos muchos años, y encontrándome en la emigración, también por mi amor á la libertad y al progreso, conocí personalmente á Mitre, sentí una emoción intensa muy difícil de explicar. Su presencia evocó en mí todos mis recuerdos de la infancia que iban unidos á aquel hombre prestigioso. Sentí al estrechar su mano algo de lo que había sentido cuando por primera vez estreché la mano de Prim, la mano de Ruíz Zorrilla, la mano de Víctor Hugo.

París lo recibió triunfalmente, como no acostumbra á recibir ni á los más grandes hombres extranjeros. No se ha olvidado allí todavía el recuerdo de aquel memorable banquete dado en

su honor, al que asistieron tantas eminencias. Augusto Vacquerie no iba nunca á banquetes. Sin embargo, en aquella ocasión dijo: —«¡A éste no quiero faltar!»

Todos convienen en que la alta personalidad de Mitre era la más elevada personalidad que nos quedaba del siglo XIX. Unos tras otros habían ido dejándonos todos los grandes hombres que dieron gloria al pasado siglo. Era Mitre ya el único que seguía en pie, y constituía su existencia un vínculo espiritual y entrañable en que se unían amorosamente el Nuevo y el Viejo Mundo. Pero hay muertos inmortales y al número de ellos pertenece el que hoy lloramos confundidos en el mismo dolor los que tan separados nos vemos por la distancia del Atlántico. Hombres como Mitre no pueden ser de una sola nación, ni de un solo continente. Simbolizan una idea mundial; la Humanidad entera piensa en sus cerebros y palpita en sus corazones. Tal es la expresión fiel del sentimiento que aquí ha causado la noticia de la muerte del general Mitre. ¡No ha sido la noticia de un infortunio ajeno, sino la de un infortunio propio!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

Madrid Enero 20 de 1906.

DON BARTOLO

(Del *Heraldo* de Madrid)

Era el nombre popular de Mitre, del soldado intrépido y del historiador sereno que acaba de morir allá, en la segunda capital del mundo latino, en aquella inmensa y floreciente ciudad argentina, que parece el Lázaro del alma hispana, la promesa más alta de la duración invasora del verbo de Castilla.

Quizá no ha existido nunca un hombre público que ganara de un modo tan absoluto el corazón de su pueblo. Ante el paso de don Bartolo no dejaba de descubrirse un solo habitante de Buenos Aires, saludo en que se mezclaban el respeto profundo y el afecto intenso que otorga la muchedumbre á los hombres de virtudes superiores, á los que pueden ofrecer, limpio de engaño y de toda baja astucia, el camino de su ascensión á la gloria.

Mitre disfrutó las dos formas de aura popular que más pueden seducir al director de un pueblo: la exaltada, que sigue al soldado victorioso, y la silenciosa, que acompaña al talento, á la austera probidad y al civismo puro.

Y he aquí un fenómeno singularísimo, acaso único en las luchas políticas. Este hombre, cuyo partido personal era toda la república y todo el continente sudamericano, tuvo durante largos períodos de su vida un partido militante muy reducido. Nada más honroso para su memoria. Porque Mitre no comulgaba con ese principio tan difundido en el campo de la política, y que atribuye gran mérito á «ser amigo de sus amigos», principio absolutamente corruptor, porque rara vez conviene á un país lo que conviene á los amigos de un político eminente.

El jefe era siempre grande; el partido no lo era más que

en ocasiones, cuando la voluntad inerte de la masa neutra se ponía en pie para buscar el hombre que conjurase un cataclismo nacional.

Mitre supo sacrificarlo todo en bien de la república, incluso aquella indescriptible popularidad que alcanzó el año 90, después de la última revolución bonaerense. Ante la perspectiva de que prendiera la guerra civil sobre las mal apagadas ascuas de tres días de revuelta, Mitre conjuró el peligro dando un abrazo al caudillo militar que en aquellos instantes, justa ó injustamente (no es esta tribuna imparcial lugar para discutirlo), concitaba sobre sí la ojeriza de las muchedumbres. En ese mismo instante perdió toda su popularidad. Al entusiasmo siguió inmediatamente el hielo. Las cien mil gargantas que le vitoreaban enmudecieron de repente.

No alteró este desvío del pueblo la calma del prócer. Convencido de haber asegurado la paz de la República, se metió en su biblioteca—la mejor de Sud América—y se puso á traducir á Horacio, esperando en tan grata tarea la hora de la justicia, que no tardó en llegar.

Pero yo quiero hablaros de Mitre desde un punto de vista que implica para España una actualidad palpitante. Me refiero á ese terrible problema de nuestra unidad nacional, que los Reyes Católicos iniciaron por la vía religiosa, sin calcular que en el cielo no se vive nacionalmente, sino en la más cordial anarquía.

Con un sentido de la realidad mucho mayor que el de nuestros antiguos y actuales políticos y estadistas, Mitre realizó la unidad de su pueblo, creando una fuerte Confederación espiritual, que hace de la Argentina el país mejor organizado del continente.

Una división hondísima siguió á la independencia. El régimen centralista de la dominación española concedía grandes privilegios comerciales y políticos á Buenos Aires, capital del virreinato. Contra estos beneficios protestaron las provincias en cuanto el país se hizo independiente.

El antagonismo entre porteños y provincianos cuajó al fin en dos partidos políticos llenos de mutuo encono, en federales y unitarios. Y surgió la sanguinaria dictadura de Rozas, que en el fondo fué un movimiento de furibunda oposición al régimen centralista fundado por España en sus antiguas colonias.

En el apogeo de la bárbara dictadura, que produjo 24.000

víctimas, se inició Mitre en la vida pública, secundando con todos los entusiasmos de su alma generosa, el movimiento de oposición á tan vejatoria tiranía. Como Sarmiento, López, Varela, Vélez Sársfield, Echeverría y otros muchos elementos cultos que combatieron aquel régimen brutal y sanguinario, Mitre tuvo que emigrar.

El Nerón americano cayó al fin, vencido por Urquiza en la batalla de Caseros. Pero el problema siguió en pie. Buenos Aires quedó separado del resto del país, constituyendo un estado independiente. El general vencedor, Urquiza, se puso al frente de las trece provincias restantes, con Santa Fe por capital.

Mitre, á la sazón gobernador de Buenos Aires, acabó por levantarse contra Urquiza, con el fin de realizar la anhelada unidad del país. Tuvo la fortuna de vencerle en los campos de Pavón.

Al año siguiente (1862) era Mitre elegido presidente de la Confederación Argentina, brotada de su pensamiento y de su espada. Y aquí aparece el profundo sociólogo y el político lleno de penetración certera. Mitre abolió los privilegios comerciales y las regalías de distinto orden que gozaba Buenos Aires, siguiendo lo establecido bajo el régimen colonial. Los inmensos ríos que corren por el interior del país quedaron abiertos á la navegación internacional. La más completa autonomía administrativa fué otorgada á las provincias, respetadas sus costumbres y la índole privativa de su estructura social y política.

En la República Argentina cada provincia tiene en materia judicial, su código de procedimientos.

El sistema federal quedó así consolidado, y los pueblos se abrazaron, como diría Carlyle, en unión discrepante.

La reconciliación entre Buenos Aires y las provincias fué la obra capital de la acción política de Mitre.

A pesar de su vida activísima empleada en múltiples empresas guerreras y políticas, Mitre halló tiempo para gustar las serenidades del pensamiento y cultivar el arte literario. Entre otras obras deja la *Historia de San Martín* y la *Historia de Belgrano*, una traducción concienzuda de *La Divina Comedia* y otra de las *Odas*, de Horacio.

Quizá adquirió en su trato constante con el espíritu del glorioso poeta latino la enseñanza que fué guía de todos sus actos, fiel á este concepto que encierra el mejor tratado político: «La

doctrina promueve la fuerza ingénita de los pueblos y la recta instrucción fortifica los corazones».

Si la muerte, como reza la pompa lírica de Hugo, es la suprema elevación de todo lo que ha vivido en grado superior, nada más alto en los ignotos destinos que el alma altruista del creador de la unidad argentina.

FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

EL GENERAL MITRE

(De la *Nuova Antología* de Roma)

«Es un gran duelo para la República Argentina: uno de sus hombres más grandes, y una de las figuras más bellas de su historia, el general Mitre, ha muerto ha pocos días en Buenos Aires.

Bartolomé Mitre nació en 1821, de una familia de argentinos. Su nombre comienza á figurar en la historia junto con el de Garibaldi en el sitio de Montevideo «La Nueva Troya», como se le llamó en 1843, cuando alrededor de sus murallas se trababa la lucha extrema contra la tiranía del terrible don Juan Manuel de Rozas, el hombre de los «degüellos», el más tremendo tirano, pero también una de las figuras más poderosas de la historia argentina.

Durante la larga serie de guerras y desórdenes que siguió á la caída de Rozas, Mitre se mezcló en las luchas políticas y militares; en 1854, ya coronel, derrotó á los revolucionarios Flores y Bustos. En 1859, siendo Urquiza presidente de la Confederación, realizóse la union de Buenos Aires con el resto de la República, y en 1860, siendo presidente Santiago Derqui, Mitre fué elegido gobernador de Buenos Aires. Pero, en seguida, por un desacuerdo surgido de las elecciones al congreso, renació la lucha entre Buenos Aires y la Confederación. Mitre toma las armas, derrota en Pavón á los confederados en 1861, y Derqui renuncia. En 1862 todas las provincias de la Confederación encargan á Mitre del gobierno provisional; Mitre logra, con rara habilidad, acabar definitivamente la lucha más que decenal entre las provincias y Buenos Aires, y el 25 de Octubre de 1862 el país se constituye bajo el nombre de República Argentina: Bartolomé Mitre es elegido presidente efectivo.

Su obra hubiera podido ser mucho más proficua para la patria, si bajo su presidencia no hubiera estallado la famosa guerra del Paraguay, dominado entonces por el audaz mariscal Solano López, cuya historia parece la de uno de los célebres «adelantados» españoles. Mitre, en vista de la gravedad del peligro, constituye la triple alianza argentino-uruguayo-brasileña, y estrecha en un círculo de hierro al audacísimo paraguayo. La guerra, dirigida por el mismo Mitre, tuvo diversa fortuna, pero su resultado fué la ruina completa del Paraguay, Bartolomé Mitre terminó su período presidencial en 1868, y le sucedió Domingo F. Sarmiento, á quien iba á tocar el honor de cerrar victoriosamente la guerra paraguaya y de reorganizar el país.

Bartolomé Mitre siguió actuando en la política como jefe de uno de los grandes partidos de la República, pero ya no volvió á la magistratura suprema, aunque sus partidarios resultaron vencedores en las elecciones de 1892, cuando subió al poder el presidente Saenz Peña.

Una vida tan activa y agitada, veinticinco años de luchas y de guerras, no habían impedido al general Mitre conquistar una vastísima y sólida ilustración y contribuir poderosamente al progreso intelectual de su país. En 1857 había fundado en Buenos Aires el diario *Los Debates*, el que en 1862 se convirtió en *La Nación Argentina* y desde 1870 en *La Nación*, que es hoy el diario mejor y más importante de la República.

Pero el verdadero monumento de su gloria es la colosal biblioteca que él mismo formó en medio siglo de vida; ningún país del mundo posee, sin duda, una colección tan importante de documentos americanos: la historia, la etnografía, la geografía de América están representadas en ella por muchos millares de obras catalogadas y ordenadas con inmenso cuidado: Mitre ha publicado continuamente obras de bibliografía cuya preciosa colección formaría muchos volúmenes. La biblioteca Mitre es también una de las colecciones más ricas de manuscritos referentes á la historia argentina; con su ayuda el general Mitre pudo componer sus dos documentales obras históricas, la «Historia de Belgrano» y la «Historia de San Martín», los dos trabajos más importantes de la literatura histórica nacional.

Mitre fué fiel y entusiasta amigo de Italia y los italianos, á quienes protegió y ayudó siempre como político y como particular. Era amigo de muchos de los italianos más grandes. Garibaldi le escribió en 1875:

«Una sola palabra suya ha sido para mí un gran consuelo en momentos en que tanto nos preocupa la suerte de esa mi patria adoptiva. Su amigo de toda la vida....»

Era apasionado cultor de la literatura italiana que conocía profundamente, tanto que hizo una de las mejores traducciones castellanas de la «Divina Comedia» y era también, de muchos años atrás, miembro de la «Academia de los Lincei».

PÁGINAS DE HISTORIA AMERICANA

D. BARTOLOMÉ MITRE

(De *El Industrial* de Antofagasta)

A las puertas del desierto de Atacama y en las playas del ardiente mar del norte, que recibe las ingentes riquezas de las pampas y las sierras, ha venido á herirme, en mitad del corazón, como un rayo de las tormentas de las cordilleras, la dolorosa muerte del ilustre general é historiador D. Bartolomé Mitre.

Aquí, delante de las dos más grandes inmensidades de la naturaleza, que disputan su extensión inconmensurable al cielo, el océano y el desierto, he sido sobrecogido de dolor por la irreparable pérdida del esclarecido pensador argentino, que me había acostumbrado á admirar como una cúspide secular, que no lograban abatir los rigores de la vida.

Allá, en las márgenes del Plata, en las selvas y en las llanuras de la gloriosa tierra argentina, habrá repercutido, como el eco quejumbroso del trueno lejano, cuando estalla en llamaradas en el horizonte de borrasca, el grito desesperado del alma de su raza justamente consternada con su triste é inconsolable desaparecimiento.

Hasta nosotros ha llegado, en las soledades de estas regiones desoladas, cual el eco de un lamento que repercute de llano en llano, ese trémulo rumor de llanto que se escapa del pecho del pueblo argentino, en esta hora de amargo y horrendo duelo.

La República Argentina experimenta la mayor de sus desgracias, pues el esclarecido general Mitre era la primera y la más excelsa de sus personalidades históricas é intelectuales.

Acaso los contemporáneos que tuvieron la dicha de conocerlo desde cerca no lo comprendieron lo bastante en su amor y en su grandeza moral para con su patria.

Pero los que le admirábamos desde lejos, contemplando su labor á través de las distancias, medíamos la soberana excelsitud de su genio como se mide la altiva grandeza de las montañas coronadas de fuego que alumbran los horizontes como faros de luz inextinguible.

Jamás, en los siglos de existencia que cuenta la América toda, las generaciones del continente han experimentado pérdida mayor que la que acaba de sufrir la progresista República Argentina con la muerte del general Mitre.

Era más grande, más glorioso y más genial que todos los libertadores y fundadores de nacionalidades de América.

Había organizado las instituciones fundamentales de la soberbia y expansiva nacionalidad del Plata, que se extiende en el seno del continente como una inmensa germinación de pueblos civilizados y laboriosos.

Su engrandecimiento y predominio continental lo debe la República Argentina al genio previsor y organizador del estadista general Mitre.

Su gobernante, su dictador, su legislador, su tribuno, su caudillo, su más egregio pensador en las asambleas, en el diarismo y en la historia, Mitre fué el hábil y coloso generador de todos sus progresos, de sus conquistas universales, de su prestigio en el mundo moderno, de su desarrollo imponderable.

No hay en este homenaje á su genio y á su patria un vano adulo, sino la expresión serena de la admiración que arranca un hombre representativo que tuvo en su alma y en su pensamiento todas las energías de la América y de su raza.

Si se estudia y analiza la actuación del general Mitre en su patria, como gobernante en la dirección suprema del estado, como parlamentarista en los congresos, como general victorioso de sus ejércitos, se encontrará en su vida y en su historia, páginas que no tuvieron nunca ni Wáshington, ni Bolivar, con haber sido libertadores de grandes naciones americanas.

Mitre ha sido la personalidad múltiple y proteana del Plata y de la América, por el talento, por su labor, por su patriotismo, por su inmensa popularidad.

Refundía en sí todos los entusiasmos y los ideales de su pueblo, que tenía idolatría por él, porque encarnaba sus heroísmos y sus glorias.

Es estrecha esta página para encuadrar cualquiera de las épocas de su historia y las faces de su vida.

Sería menester los amplios horizontes de la epopeya para definir su grandeza moral y cívica.

Nosotros los chilenos le debemos noble afecto de fraternidad y de raza.

Amó á Chile como á su patria argentina.

Glorificó nuestros héroes en sus libros históricos y en sus cantos de poeta.

Fué iniciador de nuestras primeras reformas políticas como periodista, cuando vino proscripto por la tiranía que imperaba en su patria.

Desterrado recorrió un día estas mismas regiones que hoy puebla el trabajo y el comercio, cuando la industria encendió como faro los primeros hornos de fundición de minerales en estas costas, llevando en su mente el ideal de libertad para su patria, y en su mano la pluma del diarista errante que debía tornarse pronto en la espada del guerrero victorioso en su suelo, para rescatarlo de la opresión.

Sin hogar, sin patria, sin familia, encontró en Chile amigos, compañeros fraternales de su juventud y de sus infortunios, y los amores que supo inspirar su talento, arraigaron en su corazón con sentimientos tan profundos, que le hicieron amar á Chile tanto como á su propio suelo.

En días de conflictos internacionales, él conjuró los peligros de la guerra y enlazó con los vínculos generosos de la paz á estos dos pueblos hermanos que enalteció como historiador por sus sacrificios comunes de la independencia.

Mitre era un hijo adoptivo de Chile por su proscripción y por sus afectos.

Cuando el esclarecido presidente Balmaceda resolvió inmolarse por sus principios de gobernante en la legación argentina, confió al general Mitre su testamento político para que lo hiciese conocer de su patria y de la América, desde las columnas del diario *La Nación* de Buenos Aires.

Este depósito sagrado del estadista mártir, demuestra el prestigio que el ilustre general Mitre disfrutaba en nuestro país.

La Nación, el diario célebre del general Mitre, ha sido el primer portavoz de la América del Sur, de toda idea de paz y de unión continental, de toda iniciativa de trabajo y de cultura americana, de toda labor laudable y humana, mientras vivió el inspirador que le diera vida y crédito con su noble dirección.

El héroe del sitio de Montevideo, de la batalla de Ingaví en Bolivia, de Monte Caseros y del Paraguay, figurará con fulgores de gloria en sus anales cívicos y militares, pero será eternamente más glorioso y grande el estadista organizador de la vasta y poderosa nacionalidad argentina.

Para los que amamos las letras y buscamos en ellas un ideal veremos siempre en Mitre un maestro inmortal.

Historiador, novelista, poeta, orador, diarista, traductor, polemista, narrador incomparable, tiene el secreto poder de la seducción del genio tropical que fascina con los encantos de una lujosa naturaleza excepcional.

La «Historia de Belgrano» y de «San Martín», la traducción del poema del Dante, sus melodiosas «Rimas», sus «Arengas» atenienses, su romance «Soledad», su narración épica del «Corsario la Argentina», su episodio del «Negro Falucho», sus análisis de las «Lenguas indígenas americanas», son obras inapreciales de su labor y de su vida intelectual que harán imborrable su nombre en los anales del Plata y de la América.

Por nuestra parte, le somos deudores de constante gratitud, porque le debimos aprecio singular en nuestra difícil carrera literaria.

Más de una vez llegaron compatriotas nuestros á su hospitalario hogar y fueron acogidos con franco cariño como en el seno de su propia familia.

No es posible olvidar deudas de tan dulce reconocimiento.

En su tumba, revivirán muchas lágrimas sinceras y afectuosas las flores del recuerdo imperecedero.

Las nuestras, que nacen de lo íntimo del sentimiento de la admiración, caerán como gotas de rocío que lleva en sus alas el viento del desierto, sobre esas flores que perpetuarán su memoria.

PEDRO PABLO FIGUEROA.

Antofagasta, Enero 23 de 1906.

BIBLIOGRAFÍA

Damos á continuación la lista de las principales obras del general Mitre, dejando constancia de que esta nómina es incompleta, porque aparte la consulta de algunos libros y opúsculos que tenemos á mano, lo demás ha debido librarse al simple auxilio de la memoria. En el párrafo dedicado á las letras puras, especialmente, faltan innumerables trabajos, sin contar la montaña de sus escritos periodísticos sobre política, finanzas, sociología, bibliografía, etc.

Historia

Biografía de Rivera Indarte.
Biografía del general Lavalle.
Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.
Historia de San Martín y de la Emancipación Americana.
Estudios históricos sobre la Revolución Argentina.
Cartas-polémica sobre la Triple Alianza (con el doctor Juan Carlos Gómez).
Comprobaciones históricas.
Nuevas comprobaciones históricas.
Las cuentas del Gran Capitán.
Las Heras en Chile.
Los sargentos del Tambo Nuevo.
Falucho.
El crucero de La Argentina.
Informe histórico sobre los antecedentes y la reforma de la Constitución.
El primer libro impreso en América.

Contramemorándum histórico-diplomático sobre las cuestiones de límites entre la Argentina y el Paraguay.

La abdicación de San Martín.

El pino y el combate de San Lorenzo.

Un episodio troyano.

Viajes inéditos de Azara.

Episodios históricos de la Revolución Argentina.

Los orígenes de la imprenta argentina.

Notas biográficas y bibliográficas sobre Urich Schmidel, primer historiador del Río de la Plata.

Lingüística

Lenguas americanas (estudio sobre Valdivia).

El Mije y el Zoque.

El Araucano y el Allentiak.

El Tupy.

Ollantay (del quichúa, con monografía).

Bibliografía lingüística americana. Catálogo razonado de las obras que tratan sobre todos los idiomas indígenas de ambas Américas (inédito).

Monografías

Instrucción práctica de artillería.

Las ruinas de Tiahuanaco.

La emigración espontánea á la República Argentina.

La cuestión de San Juan.

Cuestión Puerto de Buenos Aires.

Los bibliófagos.

Letras Americanas.

Ayerecó Quahá Catú. (Gobernarse á sí mismo). Una provincia guaraní.

Literatura

Policarpa Salvatierra (drama).

Rimas.

Horacianas (traducción de las Odas de Horacio).

Ruy Blas (ídem de V. Hugo).

La Divina Comedia (ídem del Dante).

Oratoria

1849—Cuestiones de imprenta (Valparaíso).
1852—Contra el acuerdo de San Nicolás.
Llamando á las armas á la G. N. de Buenos Aires.
1854—La constitución de Buenos Aires (cuatro discursos).
Cuestiones de imprenta.
Promoviendo un Instituto Histórico-Geográfico.
Al general Paz.
Acuñación de moneda.
Leyes agrarias.
1856—Pensiones militares.
1857—El almirante Brown.
A los restos de Silvino Olivieri.
La conscripción militar.
Enjuiciamiento de Rosas.
Apoteósis de Rivadavia.
1859—Sobre ganadería y agricultura.
Al ejército de Buenos Aires, con motivo de la paz.
1860—Programa de gobernador ante la asamblea.
En la jura de la Constitución Nacional.
1861—Al cerrarse la urna cineraria de Lavalle.
El capital inglés (en la inauguración del F. C. S.).
A la guardia nacional, partiendo para Pavón.
1862—A la misma, regresando de Pavón.
Inauguración del Ferrocarril San Fernando.
Instalando el Congreso Nacional.
Inauguración de la estatua de San Martín.
Juramento como presidente de la república.
Clausurando las sesiones del congreso nacional.
1864—Inaugurando la prolongación del ferrocarril de San Fernando.
El presidente de la república al congreso.
1865—A los estudiantes que se ofrecían de voluntarios.
1868—Al congreso, presentándole su último mensaje.
Al pueblo, al bajar de la presidencia.
Entregando el mando á su sucesor.
A la memoria de Astengo, cónsul italiano.
En el banquete en honor de Mitre y Sarmiento.

En el banquete ofrecido por el pueblo de Chivilcoy.
1869—Al comercio.
Poniendo la piedra fundamental del Asilo de Inválidos.
Cuestión de San Juan.
A Valentín Alsina, en nombre del senado.
Cuestión puerto de Buenos Aires (cinco discursos).
Al general Angel Pacheco, en nombre de los generales del ejército.
Finanzas nacionales.
A Melchor Romero.
1870—Educación primaria y secundaria en la República Argentina.
La inmigración espontánea (cuatro discursos).
1871—Caupolicán Molina.
Límites argentinos, á propósito de territorios nacionales.
Manuel Argerich.
La historia y el derecho positivo.
Manuel Hornos.
Límites provinciales.
En la tumba de José Mármol.
1873—La misión diplomática al Brasil (dos discursos).
Programa como candidato á la presidencia.
Inaugurando la estatua del general Belgrano.
A la juventud sobre su misión histórica en la renovación de las fuerzas sociales.
1874—La moral del sufragio libre.
Los candidatos y el pueblo.
La renovación.
1877—La política de conciliación.
1878—La abdicación de San Martín.
Las cuentas del Gran Capitán.
Los límites de los territorios nacionales (dos discursos).
Derechos de exportación sobre ganados en pie (dos discursos, el segundo en 1879).
Cuarentenas.
1879—Cuestiones de derecho internacional (á propósito de la guerra del Pacífico).
El peso decimal de veinticinco gramos.
Pensiones civiles é historia del arreglo del empréstito anglo-argentino.

Intervención de La Rioja.
Fueros parlamentarios.
Designación de ministros diplomáticos.
El proteccionismo aduanero y el impuesto.
Amnistía y pensiones militares.
1882—Centenario de Rivadavia.
1883—León Gambetta.
Saludo al pueblo (junio 26).
1885—Juan Carlos Gómez.
1886—La lucha y el trabajo político.
En la inauguración de 54 escuelas.
La protección á los animales.
Proclamación del doctor Eduardo Costa en San Nicolás.
1887—Rufino de Elizalde.
En la manifestación de su 66° aniversario.
Discurso inaugural de la estatua de Lavalle.
1888—La abolición de la esclavitud en el Brasil.
La Isabel redentora.
1889—A la juventud de Buenos Aires en el meeting de la Unión Cívica.
Un saco de harina.
1890—Meeting de protesta en la cancha de pelota.
A la memoria del doctor Guillermo Rawson.
Inaugurando los bajos relieves del sepulcro de Rawson.
Despedida á la patria.
1891—Candidatura de solución (Unión Cívica).
Candidatura de solución (Partido Nacional).
La ciencia del gobierno y el acuerdo político.
En el centenario del general Paz.
1892—Asilo de los Desamparados.
Entregando los restos del general Ballivián.
1894—A los alumnos de la universidad de Buenos Aires.
1895—Extradición de desertores.
1896—A la juventud, en su 75° aniversario.
Las memorias del general Paz.
1897—Mediación en la guerra civil del Uruguay.
En un meeting electoral.
En el centenario de Lavalle.
1898—Política sudamericana. Chile y la República Argentina.
1899—Monumento á Garibaldi.

La independencia del Ecuador.
1901—A los periodistas brasileños.
A la C. del ejército y armada en su 80° aniversario.
A la manifestación popular en su 80° aniversario.
1902—Inaugurando el monumento al doctor Eduardo Costa.

Títulos, cargos, empleos y nombramientos honoríficos

1839—Febrero 20—El general en jefe del ejército constitucional de la República Oriental le reconoce el empleo de alférez de artillería con antigüedad el 24 de febrero de 1838.

1839—Mayo 23—Empleo de ayudante mayor 2º del batallón núm. 1 de infantería (R. O. del U.)

1840—Agosto 5—Empleo de capitán de la compañía de artillería al ayudante mayor de la misma arma (ídem).

1846—Febrero 19—Grado de teniente coronel al sargento mayor de artillería (ídem).

1847—Octubre 22—Atendiendo á la capacidad y aptitudes del teniente coronel de artillería de la República Argentina, el presidente de Bolivia le admite al servicio de ella en su clase y arma.

1852—Marzo 26—El emperador del Brasil, queriéndole dar testimonio de su alta consideración con motivo de su asistencia al combate naval de Tonelero, le nombra oficial de la Orden de la Rosa, que otorga jerarquía y honores de coronel.

1853—Octubre 11—Le confirma el gobierno de Buenos Aires en su empleo de teniente coronel de artillería con antigüedad de 16 de Febrero de 1845 y en el empleo de coronel de la misma arma con antigüedad del 3 de Febrero de 1852 (batalla de Caseros).

1854—Mayo 20—Miembro de la Sociedad de Mayo, Buenos Aires.

1855—Junio 12—La asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata le nombra socio de número, en consideración á su mérito y recomendables cualidades.

1855—Julio 10—El Club del Progreso, fundado en Buenos Ai-

res el 1º de Mayo de 1852 «con objeto de reunir los caballeros más respetables, nacionales y extranjeros, para mantener y estrechar las relaciones personales, uniformar en lo posible las opiniones políticas por medio de una discusión deliberada y mancomunar sus esfuerzos por el progreso moral y material del país», le nombra socio.

1856—Junio 8—El Instituto Histórico Geográfico del Río de la Plata, de que fué uno de los fundadores en 1854, y cuyas bases orgánicas redactó, le nombró miembro de número.

1856—Octubre 20—La Sociedad de Geología de Berlín le reconoce socio honorario extranjero.

1857—Diciembre 18—La Sociedad Real Escandinava de Anticuarios (Copenhague) considerándole miembro nato por sus aptitudes especiales, le incorpora á su seno.

1858—Enero 1º—La Sociedad Tipográfica Bonaerense le reconoce miembro y socio protector.

1858—Abril de—Representante de la cámara de la provincia de Buenos Aires.

1859—Mayo 27—Coronel mayor de artillería del estado de Buenos Aires.

1860—Agosto 23—El Club del Plata le nombra socio.

1860—Octubre 21—El presidente de la Confederación Argentina le eleva al rango de brigadier general de sus ejércitos, en atención á los méritos y honrosos antecedentes militares que le distinguen.

1860—Noviembre 17—El Club Socialista Argentino (Paraná) le aclama socio honorario.

1861—Abril de—La Rhode Island Historical Society (Estados Unidos del Norte), le elige miembro honorario.

1861—Diciembre 31—Inscripto por aclamación en el catálogo de académicos ilustres de L'Academia d'Quirite (caballeros romanos), Italia.

1863—Febrero 6—El Instituto Histórico de Francia le elige miembro honorario.

1863—Febrero 14—Il saggio Collegio di Arcadia (Italia), le declara «arcade», denominándole «Volerindo Sedeate».

1863—Febrero 16—La Pontificia Accademia Tiberina (Italia), le nombra socio correspondiente.

1863—Marzo 16—La Insigne Artística Congregazione Pontificia di Virtuosi al Pantheon (Italia) le designa «virtuoso d'onore».

1863—Abril 15—El Instituto Politécnico de París le elige miembro honorario.

1864—Junio 30—La Logia Masónica de Buenos Aires le acuerda el Grado 33, y le elige miembro activo del supremo consejo.

1864—Noviembre 25—El presidente de la República de Chile le nombra miembro honorario de la Facultud de Humanidades de la Universidad Nacional.

1865—Febrero 15—El Instituto de Africa (París), le nombra su «President d'Honneur».

1865—Septiembre 21—El emperador del Brasil le acuerda la Gran Cruz de la Orden Imperial del Cruzeiro.

1865—Septiembre 30—La Logia Masónica del Rosario de Santa Fe le nombra miembro honorario «ad vitam».

1865—Octubre 4—El gobierno del Brasil le envía el diploma y medalla conferida á la División Imperial por la batalla de Caseros.

1867—Marzo 15—La Sociedad Paleontológica de Buenos Aires le reconoce socio activo.

1868—Enero 5—La Sociedad Estímulo Literario le nombra miembro honorario.

1868—Noviembre 30—El imperio del Brasil le concede el uso de la medalla conmemorativa de la rendición de Uruguayana, el 17 de septiembre de 1865.

1869—Mayo de—Senador nacional por Buenos Aires.

1869—Julio 19—La Sociedad de Beneficencia de Salta le nombra socio honorario.

1870—Marzo de—La Asociación Filantrópica de los heridos del ejército argentino en la guerra del Paraguay le presenta un testimonio de gratitud.

1870—Septiembre 16—La Asociación de Amigos de la Instrucción popular, de Mendoza, le nombra socio honorario.

1871—El Instituto Geográfico y Etnográfico del Brasil le reconoce como miembro.

1871—Febrero 25—La Sociedad Geográfica Italiana (de Firenze), le reconoce como miembro.

1872—Abril 16—El gabinete portugués de Leitura, de Río de Janeiro, le elige socio honorario y correspondiente.

1871—Noviembre 28—A Sociedade Villosiana de Río de Janeiro le elige socio honorario.

1872—Noviembre 2—El gobierno argentino le confiere el uso de la medalla conmemorativa de la campaña contra el Paraguay.

1873—Marzo 16—La St. Patrik Benevolent Society, de Buenos Aires, le nombra miembro activo.

1873—Mayo 3—La Academia de Bellas Artes de la República de Chile le inviste académico honorario.

1874—Enero 30—Se le concede el uso de la medalla de oro de primera clase, acordada por la municipalidad de Buenos Aires «á los que con riesgo de su vida se consagraron al alivio de sus semejantes en la epidemia de fiebre amarilla que sufrió esta población en 1871». El general Mitre y toda su familia fué atacada del flagelo después de «prestar muy importantes servicios» como consta en el diploma de la condecoración.

1874—Julio 2—La Academia Aráldica Genealógica Italiana (Italia), le reconoce su socio protector. El diploma trae el dístico siguiente, de Dante: *La stirpe non fa nobili le persone—Ma si le persone la stirpe.*

1874—Agosto 13—El Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades le nombra su vicepresidente honorario.

1875—Abril 15—La Sociedad Ensayos Literarios le nombra miembro honorario.

1875—Mayo 24—El gobierno argentino le concede el cordón de oro decretado en honor de los vencedores de Tuyuty (24 de mayo de 1866), que mandó en jefe.

1875—Septiembre 22—El mismo le acuerda el uso del escudo de oro por el asalto de Curupaytí (22 de septiembre de 1866).

1875—Diciembre 15—El Club Argentino le aclama socio.

1876—Julio 8—El Club Fomento de la Educación de Montevideo le reconoce socio fundador honorario.

1876—Septiembre de—El gobierno de la República Oriental del Uruguay le concede el uso de la medalla de honor correspondiente á su jerarquía, acordada á los vencedores de Yatay (17 de agosto de 1865).

1876—Noviembre 6—La sociedad de estudios Coronel Moreno, fundada en el Colegio militar por Alberto M. Biedma, el 3 de noviembre de 1876, le nombra socio honorario.

1877—Noviembre 20—La Sociedad Protectora del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires le designa su vicepresidente.

1878—Mayo 3—Diputado de la provincia de Buenos Aires á la honorable cámara de la nación.

1878—Agosto 30—La Sociedad Mayo, del Rosario de Santa Fe, le nombra socio honorario.

1878—Octubre 5—La sociedad arqueológica de Santiago (Chile), le nombra miembro correspondiente.

1879—Julio 26—La Asociación Bernardino Rivadavia (Biblioteca Popular) le nombra socio honorario.

1879—Octubre 1—El Tiro Nacional (en que se organizaron las fuerzas populares) le nombra socio fundador.

1880—Enero 1—El Instituto Geográfico Argentino le reconoce miembro honorario.

1880—Enero 17—El Centro Industrial Argentino le nombra colaborador activo del comité ejecutivo.

1880—Abril 5—La Sociedad Filantrópica Francesa del Río de la Plata le vota un título de gratitud.

1880—Abril 29—La Sociedad Vélez Sársfield, de Córdoba, le nombra socio honorario.

1880—Diciembre 6—Instalación de la capital definitiva de la república—La municipalidad de Buenos Aires le acuerda una medalla de oro de primera clase.

1880—Diciembre 26—La Comisión Central Cooperativa á la expedición del polo Sur le nombra uno de sus cinco miembros honorarios, siendo los otros: Roca, Sarmiento, Rawson y el ministro de Italia, barón de Fava.

1881—La exposición geográfica de Venecia le confiere mención honorífica por su obra *Ruinas de Tiahuanaco*.

1881—Abril 9—La Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras (España) le nombra académico correspondiente.

1881—Mayo 1º—La Societá Unione Operai Italiani, de la República Argentina, le discierne un título de gratitud.

1881—Septiembre 22—El tercer congreso geográfico internacional de Venecia le confiere una mención honorable por sus trabajos arqueológicos.

1881—Octubre 21—La Asociación Rivadavia, de Mercedes, le reconoce socio honorario.

1882—Enero 6—La Asociación Artesanos del Plata le aclama presidente honorario.

1882—Febrero 25—La Sociedad Universitaria de Montevideo le elige socio corresponsal.

1882—Agosto 30—La Societá Italia Unita, de Buenos Aires, le nombra socio protector.

1882—Septiembre 22—La Sociedad Pedagógica y Fomento de la Educación (Rosario de Santa Fe) le elige socio corresponsal.

1882—Octubre 31—La Sociedad Argentina Protectora de los Animales le reconoce miembro honorario.

1883—Enero 21—La Academia de Bellas Artes General Belgrano, le nombra miembro honorario.

1883—Agosto 4—El presidente de la república le confiere la jerarquía de teniente general de los ejércitos nacionales.

1883—Septiembre 17—El Club Militar de la República Argentina le reconoce socio activo.

1883—Septiembre 28—La Sociedad Geográfica Argentina le nombra socio protector.

1883—Octubre 28—La sociedad italiana Garibaldi (Azul) le nombra socio honorario en asamblea general.

1884—....—La Sociedad Protectora de Niños Desvalidos (Buenos Aires) le reconoce socio fundador.

1884—Enero 20—La Sociedad Académica Hispanoportuguesa, de Tolosa (Francia), le nombra socio correspondiente.

1884—Abril 15—La sociedad Sarmiento de Tucumán, le nombra miembro honorario.

1884—Agosto 25—La Asociación de Escritores y Artistas Españoles, de Madrid, le elige socio honorario.

1884—Diciembre 1º—La sociedad Italia, de Buenos Aires, le confiere el título de socio honorario.

1885—Marzo 16—La Facultad de derecho y ciencias sociales de la universidad de Buenos Aires, le nombra académico honorario.

1885—Mayo 27—La Asociación Literaria Argentina lo elige miembro honorario.

1885—Septiembre 14—La Sociedad Estímulo de Bellas Artes, lo nombra socio activo.

1886—Noviembre 15—El Círculo de Legionarios Garibaldinos de Montevideo, le aclama socio activo honorario por haber sido segundo jefe del escuadrón de artillería de la defensa de aquella plaza en 1846.

1887—Abril 7—La sociedad Argentina Protectora de los Animales (Corrientes), le nombra miembro honorario.

1887—Mayo 9—El Liceo Hidalgo de la República de Méjico le nombra socio correspondiente, en atención á su inteligencia y saber.

1887—Mayo 22—La Sociedad Protectora de los Animales de Turín (Italia), le reconoce miembro honorario.

1888—Junio 5—La Sociedad Amigos de la Educación (Córdoba), le nombra socio honorario protector.

1888—Noviembre 2—La Real Academia de la Historia de Madrid lo elige correspondiente.

1888—Diciembre 1º—La Sociedad de Beneficencia del Chaco Austral lo nombra socio protector.

1889—Mayo 1º—La comisión del templo de Ajó (Buenos Aires) le envía una medalla y un voto de gratitud.

1889—Julio 29—La Sociedad de Beneficencia de Formosa (Misiones) lo nombra socio honorario.

1889—Noviembre 4—Los masones de Patagones (Río Negro) le piden «su valiosísimo concurso para fundar una logia en aquel valle».

1889—Diciembre 5—El Instituto Histórico y Geográfico Brasileño le eleva de socio efectivo á la categoría de socio honorario.

1890—Enero 6—La Sociedad Artística de Bahía Blanca lo nombra socio honorario.

1890—Enero 8—El Centro Nacional, de Buenos Aires, lo proclama presidente honorario.

1890—Abril 15—La Sociedad Cervantes (Rosario de Santa Fe), lo nombra socio honorario.

1890—Mayo 25—La República de los Estados Unidos del Brasil le confiere el uso de la medalla conmemorativa de la campaña contra el Paraguay.

1890—Julio 1º—La asociación italiana Giordano Bruno, de Corrientes, le nombra socio honorario.

1891—Enero 14—La Real Academia Española, atendiendo á sus conocimientos lingüísticos, méritos literarios y demás circunstancias recomendables que le adornan, lo nombra miembro suyo en clase de correspondiente extranjero.

1891—Enero 15—Los Artesanos Unidos de Buenos Aires lo aclaman su presidente honorario.

1891—Febrero 18—La Fraternité, logia masónica, lo nombra miembro honorario por aclamación unánime.

1891—Marzo 29—La Trinity Historial Society (Norte América), lo nombra miembro honorario.

1891—Marzo 16—La Sociedad Véneta e Buenos Aires, le obsequia una medalla de oro.

1891—Junio 20—Se funda, bautizándole con la denominación de General Mitre, un centro pedagógico y literario en Villa Argentina (Rioja).

1891—Julio de—La convención del partido autonomista nacional en Buenos Aires y la convención de la unión cívica en el Rosario, lo proclaman candidato á la presidencia de la República.

1891—Julio 30—El Club Estudiantes de La Plata, le nombra presidente honorario.

1891—Agosto 15—La Sociedad La Argentina (Buenos Aires), le nombra su presidente honorario.

1891—Agosto 22—El centro científico literario del Rosario de Santa Fe, Guido y Spano, lo nombra socio protector.

1891—Noviembre 26—La Asociación de Guerreros del Paraguay de la República Argentina, le nombra presidente honorario.

1892—Mayo 18—La comisión para levantar la estatua de Vélez Sarsfield, en Córdoba, le nombra miembro.

1892—Julio 2—La Academia de Ciencias, de Lisboa, decreta que se le cuente en el gremio y congregación de los socios, que su nombre sea inscripto en las tablas; que se considere aumentados la dignidad y decoro de la academia por la ilustración de su talento y saber; y que debe usar y valerse de los privilegios y honores que gozan los demás.

1892—Julio 16—El Club Italoamericano de Génova, le envía sus profundos sentimientos de simpatía y amistad.

1892—Julio 24—La asociación caridad humana de Buenos Aires le nombra su presidente honorario y le envía un diploma de honor.

1892—Agosto 2—La Sociedad Hermanas de los Desamparados le nombra presidente honorario.

1892—Agosto 16—El centro literario Domingo F. Sarmiento, del Rosario, lo nombra socio honorario.

1892—Noviembre 7—El centro literario Avellaneda, de Tucumán, le elige presidente honorario.

1892—Noviembre 10—El Ateneo de Buenos Aires le reconoce miembro honorario.

1892—Diciembre 2—Presidente de la comisión argentina encargada de la repatriación á Bolivia de los restos del general Ballivián.

1893—Abril 7—La Biblioteca Popular de Rauch, le nombra socio honorario.

1893—Junio de—El congreso de los Estados Unidos de Norte América autoriza á la comisión de la Exposición Mundial de Chicago, á decretarle una medalla, por haber sido clasificadas las obras que presentó, por de gran valor é importancia histórica y literaria.

1893—Junio 4—Miembro fundador de la Junta Histórica y Numismática Americana, de Buenos Aires.

1893—Junio 12—El Instituto Libre de Enseñanza de Buenos Aires le nombra miembro honorario.

1893—Julio 12—La comisión para la fundación de una biblioteca en la ciudad de Chivilcoy le nombra miembro de ella.

1893—Julio 14—El centro José Mármol le designa socio honorario.

1891—El Instituto de Libre Discusión, de Buenos Aires, le nombra miembro honorario.

1894—Marzo 28— El Centro Protector de Estudiantes le nombra presidente honorario.

1894—Abril 12—El Centro Literario de la Juventud, Buenos Aires le nombra presidente honorario.

1894—Abril 24—La Sociedad Proteccionista Intelectual le nombra socio honorario.

1894—Mayo 11—Senador nacional por la provincia de Buenos Aires.

1894—Julio 5—La República Oriental del Uruguay le concede el uso de la medalla conmemorativa de la guerra del Paraguay.

1894—Julio 9—La intendencia de la capital federal le acuerda una medalla de oro por su cooperación á la realización de la Avenida de Mayo.

1894—Julio 30—La Unión Froebeliana Argentina del Paraná, le nombra socio honorario.

1894—Agosto 1º—El centro literario Nicolás Avellaneda de Buenos Aires le nombra socio honorario.

1894—Agosto de—Aa asociación Bernardino Rivadavia (Biblioteca Popular) le nombra presidente honorario.

1894—Octubre 22—El centro literario Vicente López y Planes le nombra socio honorario.

1894—Diciembre 5—El centro José Manuel Estrada, de Buenos Aires, le designa socio honorario.

1895—Enero 1º—La Biblioteca de la Policía de la capital federal le nombra socio protector.

1895—Enero 21—Miembro de la comisión central del segundo censo de la República.

1895—Enero 24—El centro literario Lucio Vicente López, de Buenos Aires, le nombra vocal honorario.

1895—Mayo 9—El centro literario Esteban Echeverría le designa presidente honorario.

1895—Marzo 17—El centro Tiro General Pedernera, de Villa Mercedes (San Luis), le nombra socio honorario.

1895—Agosto 24—Nombrado padrino de la bandera primer batallón de guardias nacionales de San Nicolás de los Arroyos.

1895—Agosto 25—El Círculo Nicolás Avellaneda le nombra socio honorario protector.

1895—Septiembre 2—La comisión del monumento á Cristóbal Colón le nombra miembro honorario y después le discierne el título de presidente honorario.

1895—Octubre 12—La comisión directiva del censo general de la República le confiere un testimonio de gratitud.

1895—Diciembre de—La municipalidad del partido General Sarmiento, provincia de Buenos Aires, da el nombre de General Mitre á una de las calles del pueblo cabeza del partido.

1896—Enero 2—El centro líterario Manuel Belgrano le nombra miembro honorario.

1896—Enero 24—El gobierno de la provincia de Tucumán le envía una de las medallas acuñadas en honor del general La Madrid.

1896—Febrero 6—La comisión para la erección del monumento á la memoria del Dr. Del Valle le nombra su presidente honorario.

1896—Febrero 13—La Facultad de filosofía y letras de la capital de la República le nombra su académico titular.

1896—Agosto—14—La comisión consultiva encargada de la erección del monumento á Rivadavia le nombra miembro.

1896—Septiembre 15—El centro literario Mariano Moreno le nombra socio honorario.

1896—Septiembre 23—El centro General San Martín le designa su presídente honorario.

1896—Octubre 19—La sociedad El Magisterio le nombra socio honorario.

1897—Noviembre 17—El Instituto Geográfico é Histórico de Bahía (Brasil) le nombra socio correspondiente.

1898—Enero 4—La sociedad Franklin (Biblioteca Popular), de San Juan, le nombra socio honorario.

1898—Marzo 12—Miembro de la convención reformadora de la constitución nacional.

Actualmente (21 de agosto de 1898), presidente del honorable senado de la nación argentina.

1898—Septiembre de—Presidente honorario de la comisión del monumento á Zinny: habiendo desempeñado en este año cargos de

carácter nacional tan importantes como el de miembro de la comisión internacional, que con los representantes de Chile debían discutir la cuestión delímites. La actitud del general Mitre fué honrosísima, resultando imposible la solución que se buscaba. En el curso de la discusión el general Mitre declaró á aquéllos que «era necesario de todo punto que Chile abandonase su política de conquista, que la convertía en una singularidad antipática entre las demás naciones sudamericanas».

1901—Junio 1º—El congreso de la nación dicta la ley disponiendo que la calle Piedad lleve desde el día 26 el nombre de Bartolomé Mitre.

1901—Junio 22—El gobierno nacional declara feriado el 26 de junio de 1901, en toda la República, asociándose al homenaje preparado en honor del general Mitre con motivo de su jubileo.

El jefe de policía de la capital resuelve poner en libertad, el día 26, á todos los contraventores que se hallen detenidos por causas leves, en homenaje al cumpleaños del general Mitre.

1901—Junio 24—El ministro de relaciones exteriores de Italia, á nombre del real gobierno, envía un telegrama asociándose al homenaje del jubileo, «agradecido á la constante amistad que ha profesado á Italia el ilustre y venerable personaje».

1901—Junio 25—En la mayoría de los pueblos de todas las provincias, las municipalidades resuelven dar el nombre del general Mitre á calles de sus respectivos municipios.

1901—Junio 26—Las 32 secciones del municipio hacen una salva de 21 disparos cada una á la salida del sol, por ser el día del jubileo del general Mitre. El ejército y la marina se adhieren en masa á la columna.

La comisión del jubileo coloca una placa de bronce conmemorativa en la casa en que nació el general Mitre, Suipacha y Lavalle.

Buenos Aires amanece embanderada y el pueblo todo desfila por ante la casa del general Mitre. Llegan de infinidad de pueblos comisiones de vecinos á saludar al venerable patricio. Recíbense millares de notas y telegramas asociándose al homenaje. El presidente de la república, ministros, legisladores y demás altas autoridades nacionales, asisten en corporación á casa del general Mitre. Igual cosa hacen los miembros del cuerpo diplomático. Recibe delegaciones de guerreros del Paraguay y delegaciones de todas las sociedades nacionales y extranjeras. Por la noche la ciu-

dad es iluminada en fiesta, y en la Opera hay función de gala. La dirección de correos y telégrafos pone en circulación una tarjeta postal especial, conmemorativa.

1901—Junio 27—El general Mitre continúa recibiendo durante varios días, regalos, notas, telegramas y delegaciones de pueblos de la República. Esto continùa por varios días.

1902—Mayo 31—El general Mitre renuncia el cargo de senador por la provincia de Buenos Aires, en los siguientes términos:

Buenos Aires, mayo 31 de 1902.—Al honorable senado de la nación: Respetuosamente presento ante V. H. la renuncia, que por consideraciones de interés público tenía aplazada, del cargo de senador por la provincia de Buenos Aires, que he tenido el honor de representar en el congreso nacional, á fin de que se provea en oportunidad la vacante que necesariamente tiene que producirse.

Tiempo hace que dí por terminada mi actuación en la vida pública, y habría renunciado definitivamente á toda figuración política en ella, si no hubiese aceptado la reelección de ese cargo, en homenaje del acuerdo de las diversas opiniones de todos los partidos de principios, que inspirándose en un sentimiento nacional se dignaron dispensarme espontáneamente sus votos.

Hoy que, después de la desaparición de la tiranía y de las luchas civiles que sobrevinieron, la familia argentina se halla felizmente unida en paz y libertad, con su orden institucional consolidado y cerrado el período de las agitaciones violentas, habiendo alcanzado el país una situación normal y estable, con su paz exterior asegurada, pienso que he cumplido mi tarea, después de haber concurrido en parte á esos resultados en la limitada esfera de mis facultades, por el espacio de sesenta y cinco años.

Así, pues, mi renuncia no tiene otra significación que la necesidad de un retiro impuesto por la ley del tiempo, sin renunciar por esto á la común tarea como ciudadano en el sentido del bien público.

Agradeciendo á mis honorables colegas de la cámara de senadores, las consideraciones que han tenido la benevolencia de dispensarme en el ejercicio de mis funciones, compartiendo sus trabajos legislativos, ruego tengan á bien aceptar la formal renuncia que hago del cargo de senador, teniendo en consideración que ella responde á una resolución definitiva y maduramente meditada.

Saludo respetuosamente al honorable senado de la nación.—*Bartolomé Mitre.*

La cámara tomó en consideración la anterior renuncia, y por unanimidad de votos resolvió no aceptarla, comunicándoselo así al general Mitre.

Después de cuatro días, el general insistió en su renuncia por medio de la siguiente comunicación:

Buenos Aires, junio 4 de 1902—Excelentísimo señor presidente del senado de la nación:—He tenido el honor de recibir su respetable nota de 31 del pasado mayo, por la cual se sirve comunicarme que el H. senado ha tenido á bien no aceptar la renuncia por mí interpuesta del cargo de senador por la provincia de Buenos Aires, en significación de lo que estima mi presencia en ese honorable cuerpo.

Este acto de benevolencia por parte del senado de la nación que me ha puesto en el caso de meditar nuevamente sobre mi decisión, es lo que más poderosamente habría influído en mi ánimo para desistir de mi renuncia, si ésta no respondiese, como dije antes, á una resolución definitiva, maduramente meditada, como necesidad impuesta por la ley del tiempo.

Por lo tanto, ruego á V. E. quiera hacer presente al honorable senado la súplica que interpongo, á fin de que se digne aceptar la renuncia que respetuosamente reitero, con la expresión de mi más profundo reconocimiento hacia mis honorables colegas, con quienes he compartido las tareas legislativas con todas sus responsabilidades.

Saludo á V. E. con mi más alta y distinguida consideración. —*Bartolomé Mitre.*

1905—Enero 10—El Ateneo de Santiago de Chile, deseando estrechar los vínculos entre los intelectuales de Sud América, lo nombra «miembro correspondiente de la institución».

1905—Junio 9—La sociedad Jurídico-Literaria de Quito, República del Ecuador, le acuerda el título de socio honorario y colaborador.

FOJA DE SERVICIOS DEL GENERAL MITRE

EMPLEOS	COMISIONES QUE DESEMPEÑÓ		FECHAS		
			DÍA	MES	AÑO
Soldado distinguido	A. militar de Montevideo	Fuerte de San José			1837
Alférez de artillería		República Oriental del Uruguay	24	Febrero	1838
Ayudante mayor 2º de infan.	B. Nº 1 de infantería	República Oriental del Uruguay	23	Mayo	1839
	Batalla de Cagancha	» » »	29	Diciembre	»
Capitán de artillería	Compañía de artillería	» » »	5	Agosto	1840
Sarg.to mayor de artillería	Campaña de A. Grande	Entre Ríos			1842
» » »	Sitio grande	Montevideo			1843-44
» » »	Instrucción práctica de artillería (aprobada)	» línea de fortificación	10	Julio	1844
Tte. cor grad. de artillería		» » »	19	Febrero	1846
	Al servicio del gobierno de	Bolivia	22	Octubre	1847
	Director del C. Militar	»			
	Combate de Lalava	»		Noviembre	»
	Batalla de Vitiche	»		»	»
	Escudo de benemérito en grado heroico	Por la batalla de Vitiche			
	Combate del Tonelero	Entre Obligado y San Nicolás	17	Diciembre	1851
	Campaña de Caseros en la artillería del grande ejército aliado	Buenos Aires—Caseros	17	»	1852
Coronel de artillería	Batalla de Caseros	» » »	3	Febrero	»
	En el campo de batalla	» » »	3	»	»
	Plana mayor activa desde		1º	Marzo	»
	Representante por la capital (Buenos Aires)	» » »	26	Abril	»
	Brigada de artillería de Buenos Aires, desde	Camp. Gral. Palermo de San Benito	1º	Mayo	»
	hasta	» » » » »	23	Agosto	»
	Jefe de la guardia nacional de infantería de la capital	Buenos Aires	14	Septiembre	»
	Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores.	» »	21	Octubre	»
	Idem ídem é interino de Guerra y Marina	» »	27	Noviembre	»
	hasta	» »	7	Diciembre	»
	Sitio de Buenos Aires				1852 53
	P. M. A.—Presidente de la comisión de fortificaciones de la capital	» »	17	Febrero	1853
	P. M. A.—Jefe del E. M. del ejército de la capital desde	» »	22	Marzo	»
	Combate de los Potreros de Langdon	» »	2	Junio	»
	Herida de bala en la frente	» »	2	»	»
	Plana mayor activa	» »	8	»	»
	Inspector general de armas (P. M. A)	En campaña	23	Agosto	»
	Representante por la capital	Buenos Aires	24	Septiembre	»
	» » » »	» »	11	Mayo	»
	Renuncia la inspección general de armas.	» »	14	Agosto	»
	Plana mayor activa	» »		Septiembre	1854
	Combate del Tala		8	Noviembre	»
	Jefe del E. M. del ejército de operaciones	En campaña	10	»	»
	Ministro de Guerra y Marina	Buenos Aires	22	Enero	1855
	P. M A. con nota «Ministro de la Guerra»	»		Febrero	»
	Idem ídem Idem	En campaña		Abril	»
	Combate de Sierra Chica	Sierra Chica	31	Mayo	»
	P. M. A. con nota «Ministro de la Guerra»	Buenos Aires	21	Junio	»
	Idem ídem idem	En campaña	14	Septiembre	1856

	Idem idem idem	En campaña	14	Diciembre	»
	Idem idem idem	Buenos Aires	15	Enero	1857
	Deja el Ministerio de Guerra y Marina	» »	5	Mayo	»
	Comisión consultora de gobierno	» »	6	»	»
	Representante por la capital	» »	4	Junio	»
	Jefe del regimiento 1° de infantería activa de Guardia Nacional de la capital	» »		Febrero	1858
	Comandante en jefe de la frontera norte de Buenos Aires		9	»	»
	Representante por la capital	» »	22	Abril	»
	Ministro de Guerra y Relaciones Exteriores	» »	16	Junio	»
	Idem ídem é interino de Guerra y Marina	» »	12	Noviembre	»
	Cesa el interinato de Guerra y Marina	» »	30	Diciembre	»
	Regimiento 1° de infantería de G. N. de la capital	» »	1°	Enero	1859
	Ministro de Guerra y Marina		10	Mayo	»
	Cesa en el Ministerio de Guerra y Marina		27	»	»
	Campaña de Cepeda				»
	General en jefe del ejército de operaciones	En campaña	27	»	»
Coronel Mayor	Del ejército de Buenos Aires		27	»	»
	P. M. D general en jefe del ejército			Junio	»
	P. M. D. con igual nota	Campaña de La Larga	1°	Julio	»
	» » » »	» en marcha		Septiembre	»
	Batalla de Cepeda	Cañada Cepeda (Buenos Aires)	23	Octubre	»
	Retirada á San Nicolás y combate naval	San Nicolás (Buenos Aires)	25	»	»
	General en jefe del ejército de la capital		29	»	»
	Renuncia el cargo		11	Noviembre	»
	P M. D. encargado del código militar	Buenos Aires	1°	Enero	1860
	Gobernador del Estado de Buenos Aires	» »	3	Mayo	»
Brigadier general	Del ejército de Buenos Aires	» »	21	Octubre	»
	Estado mayor de plaza con nota «Gobernador del Estado de Buenos Aires» hasta	» »		Junio	1861
	Campaña de Pavón	» » y Santa Fe			»
	General en jefe del ejército de operaciones			Julio	»
	hasta	Cuartel general en Rojas (Bs. Aires)		Agosto	»
	Batalla de Pavón	Campos de Pavón (Santa Fe)	17	Septiembre	»
	Ejército de Buenos Aires	Arroyo Dulce		»	»
	» » »	San Nicolás		Octubre	»
	» »	Campaña en Arroyito		Noviembre	»
	E. M. de plaza	Buenos Aires	1°	Febrero	1862
	Presidente de la República—E. M. de P.	» »	12	Octubre	»

Campaña del Paraguay

	General en jefe del ejército aliado	» »	1°	Mayo	1865
	Idem ídem ídem	Concordia	21	Agosto	»
	Rendición de Uruguayana	Uruguayana	18	Septiembre	»
	Medalla de la rendición de Uruguayana				
	General en jefe del ejército aliado	Paso de los Libres	28	»	»
	Banda de la orden imperial del Cruzeiro, por Uruguayana		30	»	»
	Medalla del Imperio del Brasil	Por la batalla de Caseros	4	Octubre	»
	General en jefe del ejército aliado	Arroyo Ombú	14	»	»
	Idem ídem ídem	Isla Alta (frente á Bella Vista)	25	Noviembre	»
	Idem ídem ídem	Ensenada	31	Enero	1866
	Idem ídem ídem	»	5	Febrero	»
	Pasaje del río Paraná por el ejército aliado	Paso de la Patria	16	Abril	»
	General en jefe del ejército aliado	Ruinas de Itapirú	19	»	»

FOJA DE SERVICIOS — *(Conclusión)*

EMPLEOS	COMISIONES QUE DESEMPEÑÓ		FECHAS DÍA	MES	AÑO
	Batalla de Estero Bellaco	Estero Bellaco	2	Mayo	1866
	Batalla de Tuyutí	Tuyutí	24	»	»
	Cordones de Tuyutí				
	Combate de Yataty-Corá	Tuyutí	11	Julio	»
	Asalto de Curupaytí	Curuzú	22	Septiembre	»
	Escudo de Curupaytí				
	Medalla conmemorativa (República Argentina)	Campaña de Paraguay (Ley)	26	»	»
	General en jefe del ejército aliado	Yataytí	16	Octubre	»
	Idem ídem ídem	»	21	Noviembre	»
	Idem ídem ídem	Tuyutí	24	Enero	1867
	Presidente de la República	Buenos Aires	7	Marzo	»
	General en jefe del ejército aliado	Tuyutí	28	Julio	»
	Idem ídem ídem	Tuyucué	13	Agosto	»
	Idem ídem hasta	»	31	Diciembre	»
	Presidente de la República—(P. M. P.)	Buenos Aires	22	Enero	1868
	Idem ídem hasta	» »	12	Octubre	»
	Plana mayor activa desde	» »	19	Noviembre	»
	Senador nacional por la provincia de Buenos Aires—P. M. A.	» »	1°	Septiembre	1871
	En comisión del Senado (P. M. A.)	Río Janeiro	1°	Junio	1872
	Plana mayor activa desde	Buenos Aires	1°	Enero	1873
	hasta	» »		Octubre	1874
	Baja		11	»	»
	Reincorporado (plana mayor activa)		8	»	1877
	Baja	» »	9	Julio	1880
	Reincorporado plana mayor activa	» »	18	Agosto	1883
Teniente general	(Ley de ascensos)	» »	18	»	»
	Plana mayor activa desde	» »	1°	Septiembre	»
	hasta	» »		Noviembre	»
	Historia de Belgrano y de la independencia argentina	» »			1886
	Medalla conmemorativa (República Oriental)	Campaña del Paraguay (protocolo)	13	Mayo	1888
	Medalla general (Brasil)	Campaña del Paraguay (convenio)	13	»	»
	Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana	Buenos Aires			1889
	Lista de O. S. desde	» »	1°	»	1890
	hasta	» »	31	Diciembre	1892
	Lista de O. generales desde	» »	1°	Enero	1893
	hasta	» »		Abril	1895
	Senador nacional por la provincia de Buenos Aires. Lista de O. generales	» »		Mayo	1895
	Senador nacional (reelecto).—L. de O. generales	» »		»	1901
	Renuncia de Senador	» »	31	»	1902